

El impacto de la revolución cubana sobre los productores de las letras hispanoamericanas: algunos casos representativos

Tesis profesional presentada por **Blanca Minerva Rivera Ojeda**

Maestría en Lengua y Literatura Hispanoamericana.

Departamento de Filosofía y Letras. Escuela de Artes y Humanidades, Universidad de las Américas Puebla.

Jurado Calificador

Presidente: Dr. Alfonso Montelongo Murillo

Vocal y Director: Dr. Pablo Felipe Sánchez López

Secretario: Dr. Raúl Manuel Calderón Bird

Cholula, Puebla, México a 17 de mayo de 2004.

Resumen

El presente trabajo estudia la relación que se estableció entre el régimen revolucionario cubano y los productores de las letras hispanoamericanas (escritores, poetas, intelectuales, etc.) durante los primeros doce años del gobierno castrista en la isla caribeña (1959-1971). Si bien el año que abre el espacio temporal cubierto en esta investigación no necesita mayores explicaciones, no ocurre lo mismo con el año que lo cierra: 1971 enmarcó el denominado “caso Padilla” (la detención y posterior autocrítica del poeta cubano Heberto Padilla), punto culminante de las tensiones que se habían venido manifestando en la vida cultural cubana como resultado del endurecimiento de la línea política adoptada por Castro. El “caso Padilla” trascendió las fronteras geográficas de Cuba y fue motivo de controversia entre las filas de intelectuales de distintas nacionalidades: las manifestaciones tanto de apoyo como de desaprobación no se hicieron esperar. A nivel continental podemos afirmar que ocasionó una escisión entre los artífices de las letras hispanoamericanas. Los casos de algunos de esos artífices son tratados de manera específica en este trabajo: Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez (estos cuatro como integrantes del grupo del *boom* de la narrativa hispanoamericana), Ángel Rama, Pablo Neruda, Mario Benedetti, José Revueltas y Jorge Edwards, entre otros. Se dedica también un espacio al estudio de las raíces históricas de la revolución cubana, con la creencia de que el conocimiento de éstas puede ayudar a comprender el rumbo que tomaron los acontecimientos en el campo específico de la cultura una vez que el régimen revolucionario se hubo instalado.

Revolución, Cuba, escritores, poetas, intelectuales.

Índice

Introducción	1
Capítulo I	
1. La revolución cubana	6
1.1. Conflictos internacionales: 1762-1898	7
1.2. Relación Cuba-Estados Unidos: 1898-1959	13
1.3. Las relaciones Cuba-Estados Unidos después de la revolución: 1959-1963	28
Capítulo II	
2. Política cultural del gobierno revolucionario cubano	37
2.1. Situación de los intelectuales	44
2.2. Dos órganos reguladores de la cultura: la UNEAC y el ICAIC	58
2.3. Publicaciones	63
2.4. La cultura occidental como amenaza	68
Capítulo III	
3. La revolución cubana y las letras hispanoamericanas	71
3.1. Fervor revolucionario hispanoamericano	81
3.2. La revolución cubana e Hispanoamérica en el marco de la guerra fría	101
3.3. La revolución cubana y el <i>boom</i> de la narrativa hispanoamericana	106
Capítulo IV	
4. Encuentros y desencuentros de algunos escritores e intelectuales con la revolución	114
4.1. Casos específicos	119
Conclusiones	146
Bibliografía	150

Introducción

¿En qué forma puede un fenómeno sociopolítico afectar la vida cultural de una nación o conjunto de naciones? Estudiando la historia de la literatura hispanoamericana –parte importante del acontecer cultural– encontramos ejemplos bastante claros del peso que sobre la creación literaria pueden llegar a tener los factores extraliterarios: sistemas de gobierno, modos de producción, estratificación social, conflictos armados, etc., son algunos de los elementos de la vida en sociedad que se han hecho sentir a través de la producción de muchos de nuestros escritores y poetas –sin que esto implique la creación de literatura comprometida: la conjunción de lo social y lo literario no deriva necesariamente en compromiso.

Precisamente esa conjunción sociedad-literatura fue un foco de debate en los ámbitos tanto político como literario durante toda la década de los sesenta en Hispanoamérica, gracias al recién logrado triunfo de la guerrilla revolucionaria cubana. Es necesario, sin embargo, tomar en cuenta que si bien el establecimiento del régimen revolucionario en Cuba en 1959 puede, hasta cierto punto, ser considerado un fenómeno de gestación y alcance internos, la adopción oficial del socialismo dos años más tarde tiene que verse como consecuencia de toda una serie de acontecimientos que se habían venido desarrollando a nivel continental y mundial desde tiempos anteriores al principio del siglo XX. A nivel continental tenemos el creciente poderío económico estadounidense, que obviamente derivaba en poderío político: la posición intervencionista que la nación con límites al norte de México había adoptado hacia la región hispana del territorio americano tenía raíces históricas que alcanzaban épocas tan tempranas como la consolidación de su independencia de Inglaterra en el siglo XVIII. Las manifestaciones de este intervencionismo fueron una constante en la historia

hispanoamericana, y Cuba resultó ser una de las naciones hispanoamericanas más afectadas. A nivel mundial, Estados Unidos se había visto involucrado ya en las dos Guerras Mundiales, con lo que su presencia en el concierto de las potencias internacionales se había consolidado. Gracias a la polarización económica que se había agudizado a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, con sus dos focos principales en la entonces Unión Soviética y los Estados Unidos, muchos países que no entraban en ese concierto de potencias comenzaron a adoptar estrategias que los aproximaban a la opción soviética (socialismo) o a la norteamericana (capitalismo). Para muchos de los países hispanoamericanos, que tenían la experiencia histórica de la anteriormente mencionada política intervencionista –y expansionista– de los Estados Unidos, y que además presentaban características económicas que les imposibilitaban identificarse con el modelo ofrecido por la Unión Americana, la opción que parecía más viable era la del socialismo. Y es precisamente en medio de la denominada “guerra fría” entre los representantes de ambos modelos económicos que se da el triunfo de la revolución cubana, y su sucesiva conversión al socialismo –con todo lo que ello implicó.

¿Cuál fue la repercusión de todo este panorama en la concepción que los artífices de las letras hispanoamericanas tenían acerca de su propia labor? El primer factor que es necesario considerar es el de la opinión personal de los intelectuales y creadores literarios; si bien es cierto que su campo de trabajo no tenía una relación directa con la problemática sociopolítica, también es cierto que como seres racionales no podían estar exentos de adoptar una posición ante el curso de los hechos. El segundo factor es justamente el de la opción de trasladar su posición al campo de la creación y crítica literarias; aquí es donde los senderos se bifurcan (adoptando una frase borgeana), ya que hubo quienes decidieron mantener su obra libre de toda manifestación de apoyo a una u otra causa, y hubo quienes en cambio consideraron su trabajo con las letras el

medio perfecto para manifestar su adhesión a la causa, mayoritariamente socialista, de Hispanoamérica.

Representante por excelencia de la causa socialista hispanoamericana fue durante la década de los sesenta el gobierno revolucionario cubano, lo que atrajo sobre él las miradas de la mayoría de los habitantes del resto del continente, entre ellos, por supuesto, los escritores e intelectuales. Sin embargo, la relación entre esta “esperanza frente al capitalismo” y los trabajadores del pensamiento y la palabra distó de ser fácil, debido principalmente al autoritarismo del régimen castrista, que por lo general no dejó mucho espacio para el ejercicio del libre albedrío por parte de quienes pretendían alinearse con él.

Esa relación llena de dificultades es la base que sustenta la elaboración del presente trabajo, el cual se concentrará en el estudio de las relaciones de un grupo de escritores e intelectuales de habla hispana (hispanoamericanos en su mayoría) y la revolución cubana durante el periodo que abarca desde el momento del triunfo de la guerrilla revolucionaria (1959) hasta el conflicto generado en el mundo cultural por el “caso Padilla” (1971). He basado la elección del espacio temporal que cubrirá la presente investigación en el hecho de que los años que van de 1959 a 1971 fueron decisivos en la formación de la política cultural del gobierno revolucionario cubano: durante esos años de un régimen revolucionario todavía joven se llevó a cabo la adopción de la doctrina socialista y la radicalización del pensamiento castrista, lo que ocasionó que sus relaciones con una gran cantidad de escritores e intelectuales se vieran afectadas de manera negativa. La tensión entre los representantes de la vida cultural y la política implementada por la revolución alcanza su punto máximo en 1971 con la detención y posterior autocrítica del poeta Heberto Padilla. Este conflicto ocasionó además una escisión dentro del propio grupo de los escritores e intelectuales, ya que

hubo quienes, a pesar del curso de los acontecimientos, decidieron no retirarle su apoyo al gobierno revolucionario, mientras los cimientos de la fe revolucionaria de otros se resquebrajaron ante las contradicciones que se iban haciendo cada vez más evidentes en el seno del régimen cubano. Es importante notar que la desilusión de gran parte de los representantes de la vida cultural hispanoamericana ante los hechos ocurridos en el marco del “caso Padilla” es directamente proporcional al tamaño de la esperanza que habían puesto en las posibilidades abiertas por la presencia de un régimen rebelde contra la cultura imperialista estadounidense; solamente tomando en cuenta la magnitud de esa esperanza podemos tener una idea de la magnitud de la decepción. Esto sirve para evidenciar la trascendencia que la revolución cubana alcanzó en el ámbito cultural de nuestro continente.

En lo que respecta al grupo de escritores e intelectuales representativos, he hecho una selección tratando de cubrir las tres posiciones que detecté como principales entre las adoptadas por las “personalidades culturales”: a) aquellos cuyo fervor revolucionario se mantuvo a través de los primeros trece años de ejercicio del poder revolucionario en Cuba; b) los que inicialmente se sintieron identificados con los ideales culturales de la revolución, pero que con el paso del tiempo se separaron de ellos; c) quienes desde el principio mostraron una actitud escéptica ante las políticas revolucionarias. Es pertinente aclarar que he llevado a cabo la selección guiándome por lecturas personales, y he tratado de ajustarla a las necesidades de extensión y tiempo disponibles para la elaboración de la presente investigación; por lo tanto, no pretendo que este trabajo sea exhaustivo, pero sí que sirva de base para el desarrollo de por lo menos algunas de las múltiples posibilidades de investigación que se abren al poner en perspectiva la relación existente entre lo que generalmente percibimos como un fenómeno puramente sociopolítico y el ámbito literario.

Los cambios de posición –si existen– de los escritores e intelectuales se estudiarán principalmente a través de textos de opinión explícita (entrevistas, artículos, cartas, manifiestos, etc.), por lo que la obra creativa de los escritores y poetas no será nuestro primer objeto de análisis a menos que presente de manera muy directa la opinión de su autor. Además de los capítulos que tratan específicamente la política cultural del gobierno revolucionario y su relación con los artífices de las letras, incluyo un capítulo que aborda la historia sociopolítica de Cuba desde antes de la obtención de su independencia de la corona española en 1898, ya que esto nos ayudará a entender mejor las causas –y consecuencias– del sentimiento antinorteamericano subyacente a la mayor parte de las decisiones tomadas por Castro desde el derrocamiento de Batista en 1959, así como el adjetivo de “agentes de la CIA” que en múltiples ocasiones le ha servido para calificar a quienes considera albergan ideas contrarias al pensamiento revolucionario –escritores e intelectuales incluidos.

Mis objetivos no contemplan la evaluación de la influencia de la revolución sobre autores cubanos, ya que debido a su complejidad y extensión ese tema por sí mismo sería la base para otro trabajo. Sí se tomarán en cuenta, sin embargo, los nombres y obras de escritores cubanos que sean pertinentes para desarrollar la investigación sobre los autores del resto de Hispanoamérica –tal es el caso del poeta Heberto Padilla.

Es así como presento esta investigación, esperando que despierte el deseo de saber más acerca de una historia que dista de haber cerrado su último capítulo.

Capítulo I

1. La revolución cubana

La revolución cubana: fenómeno social en cuyas causas y consecuencias encontramos una mezcla heterogénea de factores –políticos, económicos, culturales, etc.– y con distintos planos de proyección –local, regional, nacional, continental, intercontinental, etc. Echando un vistazo a las aguas de la historia social, es posible apreciar que en su curso no ha habido un solo fenómeno atribuible a factores perfectamente delimitados y aislables. Es cierto que se pueden trazar los acontecimientos a partir de cierto punto de referencia, que servirá para fijar el hilo conductor en nuestro seguimiento de los hechos; pero también es cierto que en el momento en que decidimos estudiar un acontecimiento social debemos estar conscientes de la imposibilidad de abarcarlo en su totalidad: las opciones de planteamiento, aproximación y seguimiento son tan diversas que en su combinación encontramos un universo casi infinito. En el caso del fenómeno que nos ocupa, esta regla no encuentra su excepción: la situación que intentó romper la revolución cubana tiene sus raíces en un momento histórico tan distante como el descubrimiento de nuestro continente. A partir de ese punto histórico comenzó toda una serie de acontecimientos que casi quinientos años después llevaría a un hombre llamado Fidel Castro a tomar la decisión de cambiar drásticamente el destino de Cuba.

Entre los puntos de referencia que seguiremos a través de esta primera aproximación al fenómeno cubano tenemos: a) la situación de Cuba como colonia española hasta finales del siglo XIX; b) el papel desempeñado por los Estados Unidos en la historia de la isla; c) la posición de los cubanos ante los intereses internacionales

que giraban en torno a su país. Cabe hacer notar la imposibilidad de separación estricta en el tratamiento de cada uno de los puntos arriba mencionados; baste un ejemplo: no se puede hablar de la Cuba colonial sin hacer alusión al interés que ya desde entonces Estados Unidos tenía en la isla. Si bien dedicaré espacios específicos al tratamiento de temas relacionados con cada uno de nuestros puntos de referencia, estoy consciente de que en el tratamiento de algunos se anticiparán elementos “pertenecientes” a momentos posteriores.

1.1. Conflictos internacionales: 1762-1898

Basándome en la importancia que a la ocupación británica de Cuba han dado varios estudiosos de la historia de la isla (Hugh Thomas, Michael J. Mazarr y Louis A. Pérez Jr., entre otros), he decidido comenzar este breve recuento histórico en esa fecha, marzo de 1762¹:

On 5 March 1762 an English expedition secretly left Portsmouth to capture Havana, capital of the Spanish colony of Cuba. It was the last campaign of a great war. England had won Canada and India from France. France, to stave off catastrophe, had badgered Spain to help her. England had declared war on Spain on 4 January. (Thomas 1)

Desde fechas que se pueden considerar tempranas en la historia de nuestro continente (recordemos que no fue sino hasta el siglo XV que entramos a los anales de

¹ De acuerdo con Pérez, el control de Inglaterra sobre La Habana fue breve –poco más de diez meses– pero por demás significativo para el posterior desarrollo de la historia de la isla (57-60).

lo que hoy se considera como “historia universal”), se comenzaron a desarrollar conflictos internacionales alrededor del destino de Cuba. Si bien para ese tiempo los Estados Unidos no existían aún como nación, las colonias británicas que ya tenían en sí el germen del futuro imperio capitalista, celebraron y participaron en el breve triunfo de Inglaterra sobre España: “The reaction in the [North American] colonies to the British victories was exultant: the governor of Boston announced that ‘above all, with hearts full of gratitude and amazement we must contemplate the glorious and important conquest of Havana’” (Mazarr 10-11). Lejos de disminuir, este interés en la anexión de Cuba al territorio norteamericano fue en aumento, y una vez que las colonias norteamericanas hubieron obtenido su independencia hicieron del asunto un tema de relevancia nacional². Una de las más claras evidencias de este deseo de expansionismo norteamericano a nivel continental durante las primeras décadas del siglo XIX fue la adopción de la denominada “Doctrina Monroe”, que derivó su nombre del entonces presidente de la Unión Americana, James Monroe. Descendiente intelectual de sus antecesores, Thomas Jefferson y James Madison, Monroe llevó un paso más allá la expresión de sus deseos expansionistas, involucrando en esta ocasión no solamente a Cuba –que todavía se encontraba en posesión de España– sino a todos los territorios hispanoamericanos recién liberados:

Because Europe was not directly involved in North or South American affairs, he [Monroe] argued, it should stay clear of them. Regarding the independence of the former Spanish colonies (which, recall, the United States had done little or anything to support), Monroe said, we could not view any interposition for the

² Mazarr relata cómo Thomas Jefferson, en una carta escrita tiempo después de haber terminado su periodo en el gobierno de la Unión, confiesa que: “I have ever looked on Cuba as the most interesting addition which could ever be made to our system of states” (16).

purpose of oppressing them [...] by any European power in any other light than as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States.

(Mazarr 27)

Adoptando la apariencia de una actitud amistosa y protectora de los intereses de los nacientes países hispanoamericanos, la Doctrina Monroe estaba destinada a eliminar cualquier posibilidad de intervención europea en el continente, con el propósito –no declarado– de convertirse en el único posible autor de esas “reprochables” intervenciones³. Ya desde entonces Estados Unidos estaba velando por el bienestar de los territorios que esperaba llegarían a aumentar su extensión geográfica en el continente⁴. En el caso particular de Cuba, la actitud tomada a través de la Doctrina Monroe era la de una paciente espera a que la isla se liberara por sí misma de su estado colonial. Debido a esto, explica Mazarr, la Doctrina era conocida en la isla como “la fruta madura”: “It essentially committed the United States to preserving Cuba on the Spanish vine until, like a ripe fruit, it fell into the American lap” (26). Las expectativas de que una vez liberada del sometimiento español, Cuba “caería en el regazo americano” se veían aumentadas debido al pensamiento anexionista de una parte de la población cubana. El grueso de estos anexionistas cubanos se encontraba en la burguesía azucarera, partidaria de la esclavitud, que veía la integración de Cuba a los Estados Unidos como una forma segura de mantener sus intereses intactos (Ruiz 26); después de todo, los estados norteamericanos del sur eran todavía una región que basaba su desarrollo económico en el esclavismo. Es posible establecer en este aspecto una

³ Mazarr rastrea la presencia de la Doctrina Monroe hasta tiempos tan recientes como la década de 1980, cuando: “Some American policy makers called for its reassertion in the face of growing Soviet influence in the Caribbean” (28).

⁴ Thomas detalla el caso de la denominada Guerra México-Americana (1846-1848), que resultó en la anexión de una parte importante de territorio mexicano (23).

analogía entre el sistema económico que sostenía la vida en el sur de los Estados Unidos y su contraparte en Cuba: ambos estaban basados en la explotación de esclavos que laboraban en campos de lo que se podría considerar monocultivo: algodón para los Estados Unidos y azúcar para Cuba. Debido a esto, los Estados Unidos contaban entre los principales promotores de la anexión de Cuba también a los esclavistas, quienes no consideraban una opción viable el esperar hasta que “la fruta madura” cayera en manos del país. Uno de los más fervientes apologistas del anexionismo fue John L. O’Sullivan, de quien afirma Mazarr:

O’Sullivan was the author of the phrase “Manifest Destiny” and was one of his strongest proponents. A believer in the superiority of the Anglo-Saxon race and all it meant for policy, O’Sullivan became a champion of Southern expansionism and defender of slavery. In the late 1840s, O’Sullivan’s main concern was the promotion of Cuban annexation. (38)

En el pensamiento de los esclavistas estadounidenses, la persecución del “destino manifiesto” de Norteamérica justificaba no solamente la explotación de los esclavos en los campos de cultivo, sino el sometimiento de las naciones americanas no anglosajonas, que por sus propios medios no podrían llegar a un estado de desarrollo que bajo la tutela de los Estados Unidos les estaba asegurado. Es por demás conocida la trascendencia que tuvo el problema de la esclavitud en los Estados Unidos: el estallido de la Guerra Civil en 1861 es su resultado directo. Este segundo gran conflicto bélico en la historia nacional norteamericana (el primero fue la revolución, a través de la cual

obtuvo su independencia) se debió a discrepancias entre los intereses económicos de los estados del sur y aquellos del norte⁵.

Si bien los partidarios de la anexión de Cuba a la Unión Americana representaban una minoría en la población de la isla, es importante observar que era la minoría que concentraba la mayor parte de la riqueza nacional. Esto no fue suficiente, sin embargo, para que alguno de los sucesivos presidentes de la Unión Americana se decidiera a promover abiertamente un levantamiento armado que terminara con la época colonial de Cuba, ya que, como hemos podido observar, España no era la única nación europea que se hubiera visto involucrada en la lucha: Francia e Inglaterra podrían, por distintos motivos, haber intervenido. Finalmente, en 1895, el movimiento independentista estalló en Cuba sin la intervención directa de la Unión Americana, la cual sin embargo, tres años después, ciertamente intervino para ponerle fin: “In July [1898] the United States intervenes in the Cuban war. One month later, Spain capitulates to the United States. In December, Spain and the United States sign the Treaty of Paris, whereby sovereignty of Cuba is transferred to the United States” (Pérez 390).

Antes de continuar, dediquemos un espacio a una figura decisiva no solamente para el inicio de la guerra de independencia, sino para el desarrollo de toda la historia cubana posterior: José Martí. Habiendo sido exiliado de Cuba en 1871, y después de pasar temporadas de desigual duración en España, París y México, finalmente arribó a los Estados Unidos, desde donde se dedicó a organizar la fuerza revolucionaria que más tarde se encargaría de encabezar la guerra independentista cubana. Parte fundamental de

⁵ Poniendo en perspectiva estas dos guerras, podemos encontrar ciertas semejanzas significativas con otros países que atravesaron, en cierta forma, momentos similares: independencia de la colonia y reestructuración de la base económica a través de conflictos armados. Entre esos países se encontrarían Cuba y México.

esta actividad en los Estados Unidos fue la fundación del Partido Revolucionario Cubano en 1892, entre cuyas bases se encontraba el propósito de “lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba” (Martí 47). Crítico severo de la forma de vida norteamericana (en la cual se encontró sumergido por más de diez años) y defensor de una modalidad de convivencia utópica entre todos los pueblos del continente, Martí estaba consciente del peligro que los partidarios del anexionismo, tanto en Estados Unidos como en Cuba, representaban para el futuro de independencia nacional que el Partido Revolucionario Cubano perseguía. En carta al General Máximo Gómez, redactada en Nueva York el 20 de julio de 1882, Martí planteaba ese problema:

Y aun hay otro peligro mayor, mayor tal vez que todos los demás peligros. En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de hombres, ayudados por los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. (Martí 29-30)

Muerto, sin embargo, a los pocos meses de haber iniciado la guerra de independencia, Martí no pudo ver el curso que tomaron los hechos tres años después, cuando para poder lograr su objetivo, Cuba tuvo que aceptar la ayuda de los Estados Unidos. Acerca de los protagonistas de los últimos momentos de la guerra

independentista, Thomas afirma: “Their position had not improved during the last two months and they were now fully prepared to accept U.S. help, even if there was a chance that annexation might follow” (363). A pesar de que la anexión oficial nunca tuvo lugar, a partir de que se firmó el Tratado de París los Estados Unidos adoptaron una estrategia de control sobre el destino de Cuba que muy poco se diferenciaba en ocasiones de la que aplicaban a los estados que eran oficialmente parte de la Unión.

1.2. Relación Cuba-Estados Unidos: 1898-1959

Estamos entonces ante el comienzo de la era “independiente” de Cuba en 1899. El Tratado de París, firmado en diciembre de 1898, resultó bastante provechoso para los Estados Unidos, ya que además de reconocer la independencia de Cuba “[it] ceded Puerto Rico, Guam, and the Philippines to the United States, the latter for a payment of \$20 million” (Mazarr 124). Una vez firmado el Tratado, comenzó el periodo de ocupación militar de Cuba por parte de los Estados Unidos, que se prolongaría desde el 1 de enero de 1899 hasta el 20 de mayo de 1902 (Mazarr 124,144). Durante este periodo de “reconstrucción”, los Estados Unidos ayudaron a la recién liberada isla a dar sus primeros pasos como territorio independiente. Pero detrás de esta “buena voluntad” de la Unión Americana, había otras razones para mantener un gobierno militar en la isla, ya que aún para ese tiempo la futura posición de Cuba en relación a la Unión estaba siendo discutida (Thomas 436). En estas circunstancias se pasó del gobierno de William McKinley al de Theodore Roosevelt (septiembre de 1901) en los Estados Unidos. Fue durante el gobierno de éste último que se decidió el retiro de las tropas norteamericanas de suelo cubano; así, en 1902, Cuba contaba ya con su primer presidente electo: Tomás

Estrada Palma. Pero la intervención de la Unión Americana en el destino político y económico de la isla distaba de haber terminado, ya que:

The United States found a legal basis for these interferences in what became known as the Platt Amendment. It granted American leaders the right and duty to intervene in Cuba to maintain a government capable of keeping order. That meant, in the final analysis, preserving the sort of political stability in which American economic interests could flourish and which could provide for Cuban independence. As might be expected from a young power just embarking on a controversial course toward globalism, the right to intervene was exercised fitfully, the duty to allow and create stability often ignored. (Mazarr 134)

Ruiz comenta que: “Whether by accident or design, during the Platt era Cuba fell into the hands of politicians friendly to America” (36). En este caso es muy poco probable que los Estados Unidos dejaran el destino de sus relaciones con el gobierno cubano al azar; así lo demuestra la toma del poder por Estrada Palma, “[who] placed tremendous emphasis on law and order, and admitted that annexation to the United States might be necessary if the Cubans could not adequately run their government” (Mazarr 145). Es cierto que Roosevelt no era un partidario del anexionismo, pero también lo es que durante su gobierno se instituyó la Enmienda Platt, y si bien tenía la intención de dejar el destino de Cuba en manos de sus gobernantes, su confianza en la capacidad de los políticos cubanos nunca fue total. Este sentimiento de desconfianza en la eficacia de un gobierno cubano autónomo se incrementó cuando en 1906 Estrada Palma pidió una nueva intervención estadounidense, ya que el conflicto en torno a las elecciones de ese año –en las cuales pretendía ser reelecto– había alcanzado límites de

violencia⁶. Claro que las elecciones fueron simplemente el punto en el cual se concentraron las tensiones que se habían venido acumulando a través de todo el gobierno de Estrada Palma; tensiones que, una vez más, estaban relacionadas principalmente con aspectos económicos. Acerca de la propiedad de la tierra para 1905, Pérez provee los siguientes datos: “A[n] estimated 60 percent of all rural property in Cuba was owned by individuals and corporations from the United States, with other 15 percent controlled by resident Spaniards. Cubans were reduced to ownership of 25 percent of the land” (197). Esta segunda intervención norteamericana en Cuba tuvo una duración de dos años: desde 1906 hasta 1908, cuando en elecciones organizadas por Charles Magoon –enviado por Roosevelt para tomar el control de la situación en 1906– José Miguel Gómez resultó electo para ser el nuevo dirigente del gobierno cubano. De acuerdo con Thomas, Gómez no contaba con la confianza de Roosevelt, quien “speculating on the likely course of events, argued that the ‘inertia and governmental incapacity of the new Cuban Congress [...] may very possibly prevent their re-enacting the [Magoon] laws even if they really wished to do so’” (504). A pesar de haber visto el término oficial de esta segunda intervención, el gobierno estadounidense aún consideraba a los dirigentes cubanos incapaces de crear el ambiente necesario para una nueva reglamentación que, surgida de los verdaderos intereses de los habitantes de la isla hubiera traído grandes avances en el ejercicio de la autonomía gubernamental. Lamentablemente, las especulaciones de Roosevelt en cuanto a la capacidad (o incapacidad) de Gómez en el papel de presidente se volvieron realidad, lo que llevó a una nueva crisis en 1912, último año de la presidencia de Gómez: “In 1912, Gomez was coming to the end of his term as Cuban president. He had presided over an

⁶ Refiere Mazarr cómo en una carta enviada a Roosevelt, en 1906, el senador Henry Cabot Lodge declara que: “Disgust with the Cubans is very general. Nobody wants to annex them but the general feeling is that they ought to be taken by the scruff of the neck and shaken until they behave themselves” (481).

administration characterized by fraud and corruption, and many segments of Cuban society opposed his rule. In May 1912 two disaffected groups rose up against him: blacks⁷ and the military” (Mazarr 160).

En esta ocasión, sin embargo, los dirigentes norteamericanos no deseaban intervenir, por lo que en un principio se limitaron a “amenazar” con una nueva ocupación (Mazarr afirma [160] que esa fue la estrategia seguida durante casi toda la administración de William Howard Taft en los Estados Unidos, 1909-1912). A pesar de que finalmente se vieron en la necesidad de enviar marines, su intervención directa no se hizo necesaria, y el año de 1913 vio asumir la presidencia de Cuba a Mario García Menocal. Ese mismo año Woodrow Wilson tomaba el poder en Washington. A pesar de ser considerado “progresista” y “liberal”, y de haber sido visto como el posible anulador de la Enmienda Platt, el idealismo de Wilson “was tainted with a sense of moral superiority” (Mazarr 161), con lo que justificaba la continuación del tutelaje norteamericano sobre Cuba. Por su parte, Menocal era conocido por su plena identificación con los Estados Unidos (Thomas 525), por lo que la relación entre el gobierno de ambos países se vio fortalecida. Además, es necesario recordar que la Primera Guerra Mundial tuvo lugar durante el periodo común de los dos mandatarios (tanto Menocal como Wilson fueron reelectos y ocuparon la presidencia por lo menos hasta 1920)⁸, lo que sirvió, en el caso de Estados Unidos, para poner a prueba el apoyo que Cuba podía ofrecer en momentos de conflicto: “Menocal entered the war quickly; in large part as a political gesture toward the United States”⁹ (Mazarr 168).

⁷ Thomas dedica un capítulo completo a lo que él denomina “The Negro Protest” (514-24).

⁸ La reelección de Menocal en 1916 se llevó a cabo bajo circunstancias dudosas y en un clima tenso dentro de la isla. Wilson, sin embargo, apoyó al presidente reelecto, principalmente debido a que Estados Unidos veía grandes ventajas al contar con un proveedor estable de azúcar en caso de entrar en la Guerra Mundial –como ciertamente hizo más tarde (Mazarr 167).

⁹ Parte de esta actividad cubana durante la guerra consistió en retener barcos alemanes en sus costas, además de recabar fondos para la Cruz Roja (Mazarr 168).

Una vez terminado el segundo periodo de Menocal, en las elecciones (dobles)¹⁰ de 1920, Alfredo Zayas resultó electo. Su periodo presidencial estuvo marcado principalmente por una crisis en el mercado del azúcar, ya que según Pérez: “Cuba had enjoyed extraordinary prosperity during and immediately after World War I. Sugar production expanded. Prices increased steadily during the war years [...] and soared dramatically after the war” (224). El periodo de prosperidad económica es conocido como “la danza de los millones”. Sin embargo, para 1920, este “boom” azucarero iba perdiendo fuerza, lo que resultó devastador para la economía cubana:

In fact there was plenty of sugar in the world on 1920. Europe was recovering. Prices in Cuba soon dropped. By the end of June sugar sold at a mere 17 ¼ cents, by the end of July at 15 ¼ cents, and by late August at 11 cents. In September it had dropped to 8 cents. By late November, sugar sold at only 4 ¾ cents and by Christmas the price stood at 3 ¾ cents. The sugar surplus in Cuba had been calculated in June as 460,000 tons, worth \$M230; in September 335,000 tons were left, worth only \$M75. (Thomas 544)

Debido a estas circunstancias, el gobierno de Zayas se caracterizó por un endeudamiento creciente con compañías norteamericanas, con lo que el interés por mantener una política intervencionista aumentó no solamente por parte del gobierno sino también de particulares estadounidenses. Cuando hubo terminado el régimen de Zayas y se llevaron a cabo las elecciones de 1924, Estados Unidos demostró qué tan interesado estaba en la estabilidad política de Cuba al apoyar de manera incondicional al

¹⁰ Nuevamente el resultado de las primeras elecciones fue de dudosa legitimidad, pero Zayas, con el apoyo de los Estados Unidos, triunfó también en la segunda ronda de comicios (Mazarr 170).

presidente electo: Gerardo Machado. Aun cuando ocho años más tarde Machado seguía en el poder a través de una política evidentemente dictatorial –Machado había primero extendido su periodo original de gobierno de cuatro a seis años por medios que distaban de ser legales (Thomas 585), para después, en 1929, ir por un segundo sexenio sin haber sido reelecto, con lo que su posesión del poder se extendería hasta 1935 (Thomas 587)–, Estados Unidos estaba dispuesto a intervenir para evitar un levantamiento armado en su contra. Siguiendo esta política “estabilizadora”, Franklin D. Roosevelt envió a Cuba en calidad de embajador al Secretario de Estado Sumner Welles en mayo de 1933: “Welles was instructed to offer a ‘friendly mediation’ of the United States government to Machado and the political opposition” (Mazarr 260). Esta mediación amistosa terminó, sin embargo, con la petición directa de Welles a Machado de que abandonara el poder (la situación en la isla había alcanzado ya puntos de violencia extrema), lo que hizo en el mes de agosto de 1933 (Thomas 624), para ser sustituido por Carlos Manuel Céspedes –por disposición de Welles.

El mandato de Céspedes fue, sin embargo, corto, ya que un mes después (septiembre de 1933) se llevó a cabo un golpe militar, dirigido por Fulgencio Batista, que lo depuso. A partir de esta fecha se suceden periodos presidenciales de muy corta duración, debido a una inestabilidad creciente en el ámbito político cubano: en 1933 Céspedes es sustituido por Ramón Grau San Martín; en enero de 1934 Batista sustituye a Grau con Carlos Mendieta; en 1935 Mendieta se ve obligado a renunciar debido a un levantamiento general y es sustituido por José A. Barnet; en 1936 Miguel Mariano Gómez es declarado presidente, pero en menos de un año es depuesto por Batista, quien lo reemplaza con Federico Laredo Bru. Éste último se mantiene en el poder hasta 1940, año en que Batista es electo presidente. En 1940, meses antes de las elecciones, se había proclamado la Constitución que se suponía debía terminar con el periodo de

inestabilidad política iniciado en 1933. Gracias a esto, las elecciones en que resultó triunfante Batista fueron consideradas las primeras elecciones realmente constitucionales y democráticas en la historia en Cuba.

En lo que respecta a las relaciones entre el gobierno de Batista y los Estados Unidos, es necesario tomar en cuenta que éstas se dieron en el escenario de la Segunda Guerra Mundial, durante la que nuevamente Cuba se adhirió a la causa estadounidense. El 9 de diciembre de 1941, dos días después del ataque japonés a Pearl Harbor:

The Cuban Congress declared war against Japan, and on 11 December Cuba declared war also against Germany and Italy. This was slightly gratifying to the U.S. and enabled Batista to confiscate German, Italian and Japanese balances; it gave him cause to ask for and be quickly granted emergency powers¹¹ –an internment camp was established at the Hacienda Torrens, twenty-five miles from Havana, where 1,370 Italians and 3,000 Germans were held for the duration of the war. (Thomas 729)

El desarrollo del mandato de Batista se dio sin mayores sobresaltos. Si bien la estabilidad económica no fue alcanzada y Cuba se vio una vez más en la necesidad de pedir préstamos a la Unión Americana, en general se puede decir que el pueblo cubano no esperaba mucho más del primer gobierno democrático en el aspecto económico: estaban más interesados en comprobar que era un gobierno realmente democrático – después de todo, la estabilidad política es el primer paso hacia la estabilidad económica. Debido a esto, cuando Ramón Grau San Martín llegó al poder después de las elecciones de 1944, el pueblo cubano celebró lo que parecía ser el comienzo de una sucesión

¹¹ Recordemos que la Enmienda Platt había sido abrogada en 1934.

presidencial democrática. Sin embargo, la elección democrática resultó no ser un antídoto en contra de la corrupción del candidato electo. La actuación de Grau como presidente pronto declinó hacia niveles de corrupción alarmantes, lo que provocó una escisión entre los miembros del partido que lo había llevado al poder (el Partido Auténtico). Fue en esta escisión que el entonces senador Eduardo Chibás fundó el llamado Partido del Pueblo Cubano (o Partido Ortodoxo), para presentar oposición a los “auténticos”. Sin embargo, las elecciones llevadas a cabo en 1948 pusieron a otro “auténtico” en el poder: Carlos Prío Socarrás. Acerca de las características de su gobierno, declara Mazarr: “Gangsterism and government inefficiency were common, and the economy was only stable because of strong world sugar demand” (219). Y sobre la actitud tomada por el gobierno estadounidense durante la administración de Prío, afirma que fue de apoyo durante la mayor parte del tiempo, debido a que el Departamento de Estado consideraba que “President Prio’s administration has shown a somewhat better disposition than that of his predecessor, President Grau, to work closely with the United States” (220). Muestra del verdadero interés que fundamentaba la actitud de Norteamérica hacia Cuba: no importaba qué tan corrupto mostrara ser el mandatario cubano en turno, mientras estuviera dispuesto a “trabajar” con ellos.

Preparándose para las elecciones que decidirían quién sería el próximo en ocupar la máxima posición en la estructura del gobierno cubano, Eduardo Chibás comenzó en 1951 una campaña abierta en contra de los “auténticos”, basada principalmente en la denuncia de la corrupción reinante durante los gobiernos de sus representantes¹². Sin embargo, debido a lo que puede ser considerado un “error de cálculo”, su campaña

¹² Un recuento detallado de los hechos alrededor de Chibás y el Partido Ortodoxo es presentado por Luis Aguilar León en “La «década trágica»”, texto recopilado en *La Habana 1952-1961: el final de un mundo, el principio de una ilusión*. Madrid: Alianza Editorial, 1994. 67-83.

terminó con su suicidio el 5 de agosto del mismo año. Acerca de las posibilidades de triunfo que Chibás tenía en caso de haberse postulado como candidato a la presidencia de Cuba, Guillermo Cabrera Infante establece que: “En diferentes *surveys* hechos a lo largo de 1950 y 1951, Eddy Chibás aparecía triunfante [...]; lo seguía, muy de lejos, el hombre de Prío, el decoroso y gris Carlos Hevia, y todavía más lejos, Fulgencio Batista, casi penoso a la saga” (201). De acuerdo con Cabrera Infante, el suicidio de Chibás facilitó el golpe militar dado por Batista (204), quien en marzo de 1952 se proclamó presidente.

La relación entre este segundo gobierno de Batista y Washington puede ser calificada, en general, como “cordial”, ya que una vez colocado en el poder, Batista no tuvo que esperar mucho tiempo para que Estados Unidos reconociera su posición y se iniciaran los tratos diplomáticos entre ambas naciones. Además, el hecho de que desde el inicio de su mandato Batista se declarara anticomunista fue bien visto por la Unión Americana:

Batista, in fact, moved quickly against the Communists, whose support he had occasionally enjoyed. In October 1953, he declared the Communist Party (PSP) illegal, and thus began running war with Communists and other opposition groups which would gradually emerge as Batista’s rule became more brutal. The United States helped with intelligence data from an anti-Communist agency in the Defense Department. It also provided military aid, in amounts rising from \$400,000 in 1953 to \$1.5 million in 1955 and 3.6 million in 1958. (Mazarr 223)

La cantidad de dinero invertida por los Estados Unidos en la ayuda militar prestada a Batista demuestra qué tan importante consideraba el combate anticomunista.

Además, se ha visto que mientras el presidente cubano en turno se mostrara dispuesto a no afectar los intereses norteamericanos en la isla, a Estados Unidos no le importaba demasiado la forma en que hubiera llegado al poder. En cuanto al pueblo cubano, los autores en que hemos basado este capítulo sobre la historia cubana coinciden en que no les fue muy difícil aceptar el cambio, ya que “Batista’s past democratic record did not make it far-fetched to suppose that ultimately some constitutional restoration would be achieved” (Thomas 791). Esta esperanza de retorno a la sucesión de gobiernos democráticos se fortaleció durante 1953, cuando Batista anunció que al año siguiente se celebrarían las elecciones que decidirían quién sería el siguiente presidente de Cuba. Por supuesto, él sería uno de los candidatos; y como su contrincante se postuló en esta ocasión Grau San Martín. Sin embargo, para prevenir una posible derrota, Batista se encargó de hacer arreglos en la organización de los comicios, por lo que Grau renunció a su candidatura, dejándole el camino libre a Batista, quien fue reelecto en noviembre de 1954 (Mazarr 225).

El año de 1953 fue también importante para el desarrollo posterior de la historia de Cuba debido a que vio el ataque al cuartel Moncada organizado por Fidel Castro. Casi desconocido en la escena política cubana anterior al 26 de julio de 1953, Castro aprovechó esta ocasión para entrar en ella de manera espectacular: “La acción del Moncada era un acto suicida desde un punto de vista táctico [...]. Fidel es consciente de que le reportará notoriedad, que le servirá para darse a conocer al país y pasar a conducir la lucha revolucionaria” (Frayde 102). Este acto suicida –que ciertamente culminó con la muerte de gran parte de los perpetradores– llevó a Castro a prisión, proceso que aprovechó para pronunciar su famoso discurso de autodefensa, del cual forma parte el siguiente fragmento:

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie; preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. ¡Condenadme, no importa, la historia me absolverá! (Castro, *La revolución cubana* 71)

Más tarde, en 1955, Castro saldría rumbo a México gracias a la amnistía general declarada por Batista (Aguilar León 76). Una vez en México, Castro se dedicaría a organizar las fuerzas armadas con las que planeaba llevar a cabo el nuevo golpe contra Batista.

Mientras tanto, la economía de Cuba prosperaba, a la vez que su dependencia de los Estados Unidos se incrementaba: “In 1955-56, 70 per cent of Cuba’s imports came from the United States: U.S. interests controlled 40 per cent of Cuban sugar production, 90 per cent of the telephone and electric industries [...], [and] U.S. banks held a quarter of all Cuban deposits” (Mazarr 226). Sin embargo, el bienestar económico no se reflejaba en la vida de la mayor parte del pueblo cubano, que tenía que conformarse con observar cómo el dinero circulaba en manos de los extranjeros. Este fue un factor de vital importancia para aumentar la tensión entre los grupos rebeldes y el gobierno de Batista, quien se vio obligado a adoptar medidas cada vez más drásticas para mantenerlos bajo control. De acuerdo con Jean Franco, el periodo de Batista se caracterizó por “una forma brutal de tratar a los opositores políticos, cuyos cadáveres no era raro encontrar flotando en la bahía” (124). Conocida además durante el gobierno de Batista como el “patio de recreo” de los Estados Unidos, Cuba veía cómo a sus habitantes se les ofrecían los ingredientes necesarios para la preparación del caldo de

cultivo que incubaría el sentimiento nacionalista y anti-estadounidense que ha caracterizado a la administración castrista.

Fidel Castro regresó a Cuba a finales de 1956 a bordo del *Granma*; habiendo desembarcado se refugió en la Sierra Maestra, desde donde dirigió el Movimiento 26 de Julio, que en 1958 fue el encargado de dar el golpe definitivo al régimen de Batista. Sin embargo, antes de ese golpe definitivo, se había llevado a cabo un intento fallido, organizado por el Directorio Estudiantil Revolucionario en 1957¹³. Aguilar León afirma que –al igual que el ataque al cuartel Moncada de 1953– este golpe tenía tintes suicidas, ya que su objetivo era penetrar el palacio presidencial y matar a Batista, pero también hace énfasis en el hecho de que los dirigentes del Directorio Estudiantil Revolucionario se “habían negado a aliarse con Fidel Castro por sus tendencias dictatoriales y comunistas”¹⁴ (78). Este punto es importante debido a que marca una línea de oposición a la línea revolucionaria castrista anterior a su triunfo, a la vez que evidencia la detección de una “tendencia comunista” en la persona de Castro, mucho antes de que declarara su adhesión a dicha doctrina económica.

En 1958 la situación en Cuba se estaba saliendo del control de Batista: la actividad de los grupos de oposición era cada vez más fuerte, debido al frente común que parecían estar formando –Thomas relata cómo el movimiento 26 de Julio estableció relaciones con el Partido Comunista, probablemente desde 1957 (980-81).

Reaccionando ante el giro que estaban tomando los acontecimientos, Batista había

¹³ Detalles acerca del Directorio Estudiantil Revolucionario son presentados en “La universidad, cuna de insurrección” de Jorge Valls (incluido en *La Habana 1952-1961*).

¹⁴ Otro dato proporcionado por Aguilar León sirve para demostrar cómo desde su época de dirigente guerrillero, Castro tenía inclinaciones dictatoriales: “En diciembre de 1957, la mayor parte de las organizaciones antibatistianas firmaron un acuerdo en Miami decidiendo cuestiones de táctica. Castro inmediatamente desautorizó a los supuestos representantes del 26 de Julio que habían aceptado el acuerdo y ratificó que «sólo el 26 de Julio está efectuando acciones a lo largo de la isla»” (79).

anunciado elecciones para el año de 1958, asegurando que en esta ocasión no se postularía como candidato (Thomas 977); sin embargo, esto no fue suficiente para cambiar el curso de los hechos, y la lucha armada dirigida por Castro desde la Sierra Maestra continuó. Decisiva resultó en este sentido la actuación de los Estados Unidos durante 1958, ya que en marzo decretó un embargo de armas sobre el gobierno de Batista: “No step by Castro could have so disheartened Batista. His old friends were seen to be deserting him. A position of neutrality, Batista complained [...], operated ‘against the constitutional regime of Cuba’. The embargo in effect gave belligerent status to ‘extremist groups’” (Thomas 985).

En diciembre de 1958 ocurrieron los acontecimientos que culminarían con el derrocamiento definitivo de Batista, quien abandonó la isla el 1 de enero de 1959, permitiendo así el arribo al poder de la guerrilla revolucionaria liderada por Castro.

Es difícil calificar como negativa o positiva la presencia de los Estados Unidos a lo largo de la historia pre-revolucionaria cubana; lo único que se puede afirmar con certeza es que en más de una ocasión el destino político-económico de la isla se vio fuertemente influenciado por las decisiones que tomaban los sucesivos ocupantes de la Casa Blanca. Otro hecho innegable es que si bien los Estados Unidos mostraron una fuerte tendencia intervencionista, también lo es que en momentos de crisis los mandatarios cubanos no tuvieron mucho problema en volverse hacia ellos para solicitar ayuda. A falta de un término más apropiado, podemos aplicar en este caso el concepto biológico de “simbiosis” para nombrar la relación entre los gobernantes de Cuba y Estados Unidos durante la era pre-revolucionaria cubana: ambas partes resultaban beneficiadas¹⁵, pero la relación de dependencia es aplicable solamente para la primera.

¹⁵ Es importante establecer una diferencia entre los gobernantes y el pueblo de Cuba, ya que en sus relaciones con Estados Unidos, el pueblo cubano pocas veces se vio beneficiado.

En lo que respecta a la Doctrina Monroe y a la Enmienda Platt, ambas pueden ser explicadas –no justificadas– a través del sentimiento de superioridad que subyace a la mentalidad de muchos representantes de la raza anglo-sajona: este sentimiento es fácilmente transmisible a sus políticas e instituciones. A través de la primera, la Unión Americana pretendió erigirse en protector continental: dudaba de la capacidad de los pueblos al sur de su territorio para defender la independencia que con tanto retraso (en comparación con la propia) habían adquirido. En el caso de la segunda, dudaba de la capacidad de los cubanos para dirigir su propio destino: ellos, los norteamericanos, tenían que estar atentos en todo momento a los errores en que el gobierno cubano pudiera incurrir. Además, con el tiempo se volvió obvio que la ayuda prestada por los Estados Unidos distaba de ser el gesto desinteresado que un país poderoso tenía para con sus vecinos –la filantropía nunca ha sido una de sus características–: en muchas ocasiones “defendía” los intereses hispanoamericanos con la vista puesta en sus intereses propios.

Antes de cerrar este apartado, es conveniente echar un vistazo a uno de los textos que Batista publicó algunos años después de su salida definitiva de Cuba: *Paradojismo*, publicado en 1963¹⁶. Uno de los objetivos principales del texto es desmentir la información contenida en el denominado “Papel Blanco”, redactado en los Estados Unidos a consecuencia de las “oleadas de mentiras tenebrosas” lanzadas por “la maquinaria de la Internacional Comunista” (Batista 39) a la caída de su régimen. Nueve puntos del “Papel Blanco” son los que Batista refuta, apelando en muchos casos a datos y cifras publicados por organismos internacionales tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO) –en una de las primeras páginas proporciona una síntesis en

¹⁶ *Paradojismo* fue el segundo libro publicado por Batista; el primero, *Piedras y leyes*, apareció en 1961.

cifras de lo que era Cuba en 1958, e incluye un capítulo de resumen estadístico con la intención de rebatir la idea generalizada acerca de la situación desastrosa en que se encontraba el pueblo cubano al triunfo de la revolución¹⁷. Además, en el proceso deja ver la decepción que le ocasionó la actitud adoptada por los Estados Unidos durante el último año de su régimen, aunada a la preocupación creciente –que, según él, todo el continente debía de compartir– por la introducción del comunismo en Hispanoamérica. Sus argumentos en contra del cuarto punto del “Papel Blanco” son un ejemplo de la combinación de los dos sentimientos (decepción y preocupación) arriba mencionados:

4.- “P.B.”: Que “el carácter del régimen de Batista en Cuba hizo casi inevitable una reacción popular violenta. La rapacidad de la dirección, la corrupción del Gobierno, la brutalidad de la Policía, la indiferencia del régimen, ante las necesidades de educación, atención médica, vivienda, justicia social y oportunidades económicas del pueblo; todo eso, en Cuba, como hubiera ocurrido en cualquier parte, constituía una manifiesta invitación a la revolución.”

[Respuesta de Batista] Todo, al parecer, indica la tendencia a justificar el castrismo y para justificarlo se injuria e insulta al que siempre cooperó, sin humillarse, con los Estados Unidos, sumiendo a su Gobierno en el albañal en que debieran estar, hundidos en sus deletéreas emanaciones, quienes apoyaron, sirvieron o ayudaron a instalar al monstruo rojo en Cuba. (Batista 45)

¹⁷ Como respuesta a uno de los puntos del “Papel Blanco”, Batista da su versión de los hechos en lo que respecta a la rápida construcción de obras públicas que se le adjudica al gobierno de Castro en los primeros años de su mandato: habla de la cantidad de edificios destinados a ser escuelas, hospitales o viviendas que bien ya estaban terminados o en proceso de construcción a finales 1958, por lo que afirma que “el castrismo se aprovechó de las obras que estaban listas para usarse” (52).

Sin embargo, como veremos más adelante, si este “Papel” buscaba limar asperezas entre el régimen castrista y el gobierno estadounidense, su efectividad fue nula a largo plazo, ya que la actitud (y la política) antinorteamericana revolucionaria no disminuyó un ápice. Castro tenía bien firme en su mente la imagen de la Unión Americana como participante activa en gran parte de los conflictos históricos de Cuba, y desconfiaba de todo movimiento llevado a cabo por el gobierno norteamericano, aun si parecía ser un gesto de apoyo a su causa. De hecho, este resentimiento histórico hacia Norteamérica, compartido por gran parte del pueblo cubano, se convirtió en un factor que Castro supo aprovechar desde el primer momento: contra el monstruo capitalista nada mejor que un régimen socialista. Lo que sí logró el “Papel” fue proporcionarle una oportunidad a Batista para que expusiera su versión de los hechos en un intento de sanear la imagen negativa que su derrocamiento y subsiguiente partida de la isla habían dejado en la memoria de las naciones que observaron el proceso.

1.3. Las relaciones Cuba-Estados Unidos después de la revolución: 1959-1963¹⁸

De acuerdo con Mazarr, Estados Unidos reconoció el gobierno de Castro ya el 6 de enero de 1959, convirtiéndose en el primer país en hacerlo (247); además, unos meses después (abril de 1959), Castro fue invitado a los Estados Unidos por el National Press Club, ocasión en la que conoció al entonces vicepresidente de la Unión Americana, Richard Nixon, quien más tarde declararía: “I was convinced Castro was either ‘incredibly naive about Communism or under Communist discipline’ and that we should treat him accordingly” (Mazarr 250). Creo que siguiendo el desarrollo posterior

¹⁸ Se toma en cuenta solamente ese periodo debido a que durante su transcurso tuvieron lugar los dos puntos máximos de tensión en la historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos: la invasión de Playa Girón (1961) y la crisis de los misiles (1962).

de los hechos en la Cuba castrista podemos observar que Castro dista de ser ingenuo, lo que, si hacemos caso a las posibilidades planteadas por Nixon, nos deja la segunda, que sugiere que Castro estaba ya desde entonces “bajo disciplina comunista”. Sin embargo, esto tampoco representa una hipótesis muy convincente, a pesar de que conocemos el proceso de radicalización que siguió su régimen con el correr del tiempo. Apoyando la idea de una “conversión comunista” de Castro llevada a cabo después del triunfo de la revolución, Ramon Eduardo Ruiz presenta la siguiente teoría¹⁹:

The affirmation of the socialist character of the Cuban revolution and Fidel’s subsequent embrace of Marxism-Leninism must be seen as part political, in part programmatic, but above all pragmatic. It was a way to obtain protection and support without which the revolution would have eventually faltered and inevitably collapsed. (327)

Parece ser que a pesar de los intentos norteamericanos por mostrarse amistosos hacia la causa revolucionaria, Castro nunca consideró el permanecer bajo la protección y guía de los Estados Unidos como una opción viable para la Cuba que ahora él gobernaba. Debido a esto, las primeras aproximaciones amistosas entre ambos gobiernos no duraron mucho. Una de las primeras “agresiones” contra los intereses de la Unión Americana instituidas por Castro fue la reforma agraria: parte importante de dicha reforma fue la nacionalización de terrenos que en su mayoría pertenecían a propietarios norteamericanos. Menos de dos meses después de la visita de Castro, el gobierno estadounidense mostraba ya sus primeras señales de impaciencia: “On June

¹⁹ El debate acerca del marxismo prerrevolucionario o posrevolucionario de Castro se tratará con más detenimiento en el siguiente capítulo.

11, the United States, growing increasingly tired of Castro's seizures of property, made its official response to the Agrarian Reform Law by expressing 'concern' over the lack of compensation for U.S. companies" (Mazarr 250). Además, también para el mes de junio, Castro había demostrado ya que su ansia revolucionaria iba más allá de las fronteras de la isla, ya que había comenzado a fomentar revoluciones en varios países geográficamente cercanos a Cuba –Panamá, la República Dominicana, Nicaragua y Haití fueron los primeros en sentir la expansión de los efectos de la revolución en Cuba (Mazarr 250) –y a la par de esta expansión se estaba llevando a cabo también lo que ha sido calificado como un proceso de “radicalización” de la actitud del gobierno castrista, especialmente en su política hacia los Estados Unidos²⁰. Reaccionando ante esta situación, la Unión Americana comenzó también a tomar una actitud marcadamente hostil hacia el régimen encabezado por Castro: “Begun in 1959 under Eisenhower, the covert war waged against Castro by the United States included everything from counterfeiting to biological warfare to assassination”²¹ (Mazarr 304). Esta hostilidad nacida durante el régimen de Eisenhower alcanzaría su máxima expresión en el de Kennedy, con la invasión a Playa Girón en 1961 –dicha invasión fue un proyecto que el gobierno de Kennedy heredó del de su antecesor.

La situación en Cuba se volvió aún más preocupante para Estados Unidos cuando a comienzos de 1960 se dio el primer acercamiento entre ésta y la Unión Soviética. En febrero de ese año el ministro soviético Anastas Mikoyan firmó un acuerdo comercial con Cuba, en el cual la URSS se comprometía a prestarle ayuda económica al régimen revolucionario durante los cinco años siguientes, así como a

²⁰ Como ejemplo de este proceso de radicalización, Mazarr señala que durante el verano de 1959: “The National Bank of Cuba tried to rob Americans by collecting U.S. checks that Castro's people had stolen from the mails” (251).

²¹ Tal vez de esta época se derive la paranoia castrista que identifica como agente de la CIA a todo aquel que no muestre una actitud de total sumisión a la voluntad “revolucionaria”.

comprar una gran porción de su producción azucarera (Mazarr 253) –este hecho parece apoyar la teoría de Ruiz presentada anteriormente: es posible que Castro se haya decidido a adoptar la doctrina socialista por las ventajas que ésta le reportaría en sus relaciones con la Unión Soviética. Sumergida en plena guerra fría, la Unión Americana percibió el peligro que un bastión comunista en América representaría para sus intereses; más aún si dicho bastión estaba controlado por Fidel Castro, quien aún antes de recibir el apoyo del bloque socialista había ya demostrado tener una disposición nada favorable hacia los Estados Unidos de Norteamérica. La anteriormente mencionada invasión a Playa Girón fue uno de los puntos máximos de tensión entre los regímenes cubano y norteamericano: la invasión se convirtió con el tiempo en uno de los motivos más importantes citados por Castro al hacer referencia a los intentos de sabotaje contra la revolución por parte del imperio capitalista; para los Estados Unidos –y especialmente para el presidente Kennedy– se convertiría en una acción vergonzosa por la facilidad con que había sido rechazada, además de que el apoyo internacional que se reunió alrededor de la causa cubana demostraba que la política norteamericana de intervencionismo se enfrentaba cada vez a más detractores. Entre los detractores de la actuación norteamericana, se encontraba, por supuesto, la Unión Soviética, la cual tomó las medidas necesarias para informar al presidente Kennedy que Cuba contaría con todo el apoyo soviético que fuera necesario (Thomas 1367). Esto anunciaba ya la posibilidad de que el asunto cubano se volviera una fuente de conflictos directamente relacionada con la guerra fría. Sin embargo, esto no fue suficiente para que Kennedy reconsiderara la situación y tratara de establecer lazos cordiales con Castro, y en febrero de 1962 “Kennedy initiated an embargo on all U.S. trade with Cuba with the exception, ‘on humanitarian grounds,’ of medicine and food” (Mazarr 324). A la par de estas medidas estadounidenses tomadas para aislar económicamente a Cuba, se desarrolló una relación

de apoyo creciente de la URSS hacia el régimen de Castro, quien para ese entonces ya había anunciado la raíz socialista de la revolución y había implementado las primeras políticas tendientes a desarraigar de Cuba cualquier vestigio de capitalismo –uno de los aspectos básicos en la instauración de un Estado es la creación de un sistema educativo que fomente su conservación; consciente de esto, Castro anunció a principios de 1962 “that Cuban schools would teach only strict Marxist-Leninist doctrine” (Mazarr 324).

En el mes de octubre de ese mismo año tendría lugar otro gran periodo de hostilidades militares entre Cuba y Estados Unidos, pero en esta ocasión la actuación de la Unión Soviética se encontraría entre las causas del conflicto; ese periodo ha pasado a la historia con el nombre de la “crisis de los misiles” o “crisis de octubre”. Entre los antecedentes de ésta encontramos el creciente estado de tensión interna en Cuba, donde las manifestaciones en contra del gobierno revolucionario se estaban volviendo cosa común. De acuerdo con Thomas, el estado de las cosas en la isla hizo temer a Castro un segundo ataque por parte de los Estados Unidos; pero más preocupante aún que el ataque era para Castro la posible reacción de los cubanos, de quienes no estaba seguro de poder obtener apoyo incondicional. Debido a esto, en junio envió a su hermano Raúl a Rusia, donde éste se entrevistaría con Khrushchev para pedirle protección militar para la isla. El resultado de estas entrevistas fue que:

Russia agreed to send an increased military force to Cuba, modern equipment, a number of short-range surface-to-air (SAM) missiles used for defence [...] and also some medium- and intermediate-range missiles capable of delivering nuclear and thermo-nuclear warheads on the U.S. and other targets in the Americas. (Thomas 1387)

La crisis se desató meses después, cuando “American U-2 reconnaissance planes flew over Cuba and photographed equipment and construction patterns common to Soviet medium-range nuclear missile sites” (Mazarr 325). Sin embargo, como expresa Thomas, las razones por las que Rusia decidió enviar misiles a Cuba distan de ser claras. Aumentando esta confusión se encuentran las distintas versiones de los hechos ofrecidas por Castro en varias ocasiones: en algunas afirma que la idea de enviar los misiles fue concebida por la Unión Soviética; en otras afirma que en realidad fue Cuba quien solicitó misiles de manera explícita, y en algunas más expresa que fue un acuerdo al que ambos países llegaron durante las pláticas llevadas a cabo en junio (Thomas 1387-93). La resolución que el presidente Kennedy tomó al respecto fue implementar una “cuarentena” sobre Cuba: se formaría una línea de bloqueo alrededor de la isla, y todos los barcos con capacidad para transportar material militar que pretendieran llegar a sus costas serían revisados por agentes estadounidenses. Esta resolución fue considerada insuficiente por muchos de los miembros del Congreso, quienes recomendaron medidas más drásticas. La URSS pareció darles la razón cuando Khrushchev declaró que el bloqueo no sería respetado (Mazarr 328-29). Al correr de los días la tensión militar se incrementó, al punto de que se temió el estallido de una guerra; pero finalmente todo se resolvió por medio de acuerdos entre los gobiernos de ambas potencias, y la crisis se dio por terminada el 28 de octubre²²: la Unión Soviética dio la orden de desmantelar los misiles y devolverlos a Rusia (Mazarr 345). A pesar de que este desenlace puede ser considerado una prueba de racionalidad de las partes en conflicto, el resultado no satisfizo a Castro, quien de acuerdo con Thomas: “In a famous ‘private’ speech at the University [...] accused Khrushchev of lack of *cojones*” (1414).

²² Los textos de Mazarr y Thomas contienen un seguimiento detallado de los hechos desarrollados durante la crisis de los misiles. Mazarr dedica el capítulo 12 (323-51) y Thomas los capítulos CVIII, CIX y CX (1385-1419) al tema.

Esto sirve para demostrar que lo que en realidad le interesaba a Castro era la posibilidad de ver a los Estados Unidos caer ante la URSS en caso de que la guerra se hubiera desatado. Este sentimiento antinorteamericano evidenciado por Castro fue considerado por el embajador estadounidense en Cuba de 1959 a 1961, Philip W. Bonsal, como el origen de muchas de las decisiones que el dirigente cubano tomó una vez que la revolución hubo triunfado: “Through all of Castro’s gyrations, the only constant has been his determination to free Cuba from American influence (which he equates with domination) even at the eventual cost of submitting his country to the Soviet Union” (citado en Ruiz 18).

Después de la crisis de los misiles, las relaciones entre Cuba y Estados Unidos regresaron a su estado “normal”: las acciones hostiles disminuyeron en magnitud, pero no por esto dejaron de existir. Sin embargo, un cambio en la actitud personal de Kennedy se empezó a hacer notorio a partir de 1963, como lo demuestra un fragmento de las declaraciones hechas a un periodista francés en ese año:

I believe that there is no country in the world, including any and all the countries under colonial domination, where economic colonization, humiliation and exploitation were worse than Cuba, in part owing to my country’s policies during the Batista regime. I believe that we created, built and manufactured the Castro movement out of whole cloth without realizing it [...]. I will go even further: to some extent is as though Batista was the incarnation of a number of sins on the part of the United States. Now we shall have to pay for those sins. (citado en Mazarr 345-46)

Asesinado poco después, Kennedy no tuvo tiempo de traducir en hechos la actitud declarada en palabras. Después del asesinato de Kennedy, Lyndon Baines Johnson asumió el poder en los Estados Unidos, y siguiendo la línea de acción tomada en la última etapa del régimen de su antecesor, asumió una actitud conservadora en sus relaciones con Cuba: “The administration concentrated on the maintenance of the economic embargo and on the isolation of Cuba from the hemisphere” (Thomas 1481). Obviamente la situación entre ambos países dista de estar libre de conflictos aún en nuestros días²³, pero después de esos primeros años, que dan la impresión de haber estado dedicados a medir la fuerza del enemigo, la actividad militar parece haber sido descartada como posible solución.

En lo que respecta a los lazos entre la URSS y Cuba, continuaron existiendo después de la crisis de los misiles, pasando por alto las críticas que Castro lanzó en contra de los rusos por su decisión de retirar la ofensiva en el último momento. Thomas considera que a pesar de que el temperamento de Castro lo convirtió en un “aliado verbalmente inestable”, en la mayoría de los momentos cruciales tuvo que apearse a las decisiones tomadas por la Unión Soviética (1474). A cambio de esta “fidelidad”, Cuba gozó del apoyo financiero de Rusia, que resultó crucial en muchas ocasiones, hasta la desaparición de la Unión Soviética.

Habiendo trazado a grandes rasgos la historia de Cuba desde 1762 hasta 1959, podemos afirmar que el estallido de la revolución fue un fenómeno cuyas raíces profundas alcanzaban épocas mucho más lejanas que la del régimen inmediato anterior, el de Batista. Si bien el determinismo histórico es un concepto altamente discutible, creo que, en general, es aplicable en esta ocasión para explicar muchos de los eventos

²³ A este respecto Mazarr refiere la siguiente anécdota: “Nikita Khrushchev told a story about a poor Russian peasant who learned by necessity to live with his unitary goat. Cuba, he said, was America’s goat. ‘You are not happy about it, you won’t like it, but you’ll learn to live with it’” (353).

desarrollados en la Cuba que engendró la revolución castrista, así como en el régimen que esta implantó una vez que hubo triunfado. El hecho de haber pasado de un colonialismo histórico dependiente de España a una forma de neocolonialismo dependiente de los Estados Unidos sembró en el ánimo de los cubanos un deseo de ruptura total con la nación que, en cierta forma, había estado controlando el rumbo de los acontecimientos alrededor de Cuba desde que, todavía con el nombre de Nueva Inglaterra, obtuviera su independencia más de un siglo atrás. El hecho de que todos los gobernantes de la Cuba “independiente” hubieran tenido que ser designados –o aprobados en el mejor de los casos– por el gobierno norteamericano, fue una razón lo suficientemente fuerte para que Castro, revolucionario nacionalista, justificara su arribo al poder por medios violentos, y prolongara su estadía allí por un tiempo que ahora puede parecer eterno. Como se dijo al principio, es humanamente imposible alcanzar el entendimiento total de un fenómeno, sobre todo cuando se trata de un fenómeno social, pero sin duda el poner los hechos en perspectiva es de gran utilidad cuando intentamos explicarlo.

Capítulo II

2. Política cultural del gobierno revolucionario cubano

La política cultural adoptada por el gobierno revolucionario en Cuba durante sus primeros doce años estuvo caracterizada –al igual que el resto de sus políticas, tanto exteriores como interiores– por una inestabilidad que diversos autores (Franco, Santí, Cabrera Infante, Sábato 1972, Rama 1971, Rodríguez Monegal 1975, etc.) han abordado desde muy variados puntos de vista (políticos, económicos, sociales, etc.). Tal inestabilidad se puede atribuir a la falta de experiencia presentada por los líderes revolucionarios en lo relacionado con la dirigencia del destino de una nación: consideremos que si bien Castro había tenido bastante tiempo para planear el golpe de Estado que derribó a Batista, es poco probable que durante ese lapso haya adquirido una clara idea del curso que había que seguir una vez que el objetivo primario hubiera sido alcanzado¹. Además, hay que tener en mente que aun la más aparentemente infalible planeación aplicada a fenómenos sociales presenta un alto porcentaje de riesgo de inoperatividad, debido principalmente a que la sociedad cambia a la par de los individuos que la conforman.

En cuanto a la incógnita acerca del momento en que Castro decidió que la revolución cubana sería una revolución socialista, aún es motivo de controversia; prueba de esto son las distintas versiones que encontramos al tratar de reunir material para construir la fundamentación de una opinión propia. De lo que no hay duda, es de la fecha y la ocasión que Castro aprovechó para anunciar la ideología socialista que

¹ El estudio de teoría política y económica no garantiza el dominio del aspecto práctico: el enfrentarse a la realidad propia siempre modifica (para bien o para mal) las concepciones adquiridas a través del legado teórico de otros.

guiaría al pensamiento revolucionario cubano² (sin aclarar si tal había sido el caso desde el principio, o si el curso de los hechos lo había vuelto una necesidad no prevista): la víspera de la invasión estadounidense a Playa Girón (Bahía de Cochinos). Entre las versiones de que podemos disponer para formar un juicio razonado están las diametralmente opuestas de Luis Aguilar León y Adolfo Sánchez Rebolledo, a las cuales se puede agregar una tercera, que quizá por ser menos apasionada presente una mayor objetividad, la de K.S. Karol.

En “La «década trágica»”, Luis Aguilar León³ afirma que en 1961 “Fidel Castro confesaría que había sido siempre marxista-leninista y que lo seguiría siendo hasta su muerte. Con una certera e inusitada sinceridad, el Líder Máximo añadió que había ocultado ésa su ideología fundamental porque de haberla proclamado antes no hubiera podido llegar a la victoria” (83). Agrega más adelante que Castro, quien “el 16 de enero de 1959 había jurado sobre la tumba de Chibás⁴ que no era comunista”, ahora “se sentía tan firme en el poder [que] podía exhibir a la luz pública la sentencia de muerte para la democracia cubana” (83).

En el polo opuesto está Adolfo Sánchez Rebolledo, quien en la nota preliminar a *La revolución cubana*, recopilación de escritos y discursos de Castro, escribió que:

Fidel Castro, en efecto, no era marxista. No descubrió el marxismo sino una vez que hubo dirigido con éxito la revolución armada que destruyó el aparato militar y represivo del Estado burgués [...] Resolver los problemas de Cuba a favor y

² Fidel Castro. *La revolución cubana*. México: Era, 1972. 310-29.

³ Exiliado cubano (*La Habana 1952-1961* 288).

⁴ Eduardo Chibás, fundador del Partido del Pueblo Cubano, denominado también “ortodoxo”, al cual perteneció Castro en su juventud (Clerc 86).

con el concurso de las masas oprimidas, como el criterio fundamental de la revolución, fue lo que abrió paso ulterior al socialismo. (12-13)

Tomando en cuenta la naturaleza de los textos en los que incluyen sus opiniones, podemos afirmar que tanto Aguilar León como Sánchez Rebolledo tienen una posición bastante bien definida –y bastante evidente–, desde la cual expresan su concepción de los hechos. Vayamos ahora al texto de Karol, quien más que una opinión, parece limitarse a ofrecer un testimonio de lo que ocurrió durante la Decimoquinta Asamblea General de las Naciones Unidas, celebrada en Nueva York en septiembre de 1960:

Other progressive leaders also took part in the famous Fifteenth General Assembly of the United Nations, but Fidel was clearly Khrushchev's favorite [...]. "Fidel Castro is not a communist; but he will be in one or two years, thanks to American pressure," he told reporters [...]. Since his previous visit to New York in April 1959, he [Castro] had come a long way. He no longer accused the Soviet bloc of suppressing freedom nor repeated his old slogan, "No bread without liberty; no liberty without bread." Though he did not admit to being a Communist, he let it be understood that the decision was his alone: he challenged the Monroe Doctrine and denied that the United States had the right to prevent Cuba from choosing its allies or principles. (Karol 188)

Esta actitud de Castro durante la Asamblea es perfectamente coherente con las declaraciones que el Che Guevara hace en un artículo de octubre de 1960 titulado "Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana" (incluido en *Obra revolucionaria*). En dichas declaraciones señala que el pensamiento de los líderes

revolucionarios ha evolucionado gracias a su experiencia con el pueblo, y que ahora, como consecuencia natural, su posición ha devenido marxista. El Che refuerza su punto con la siguiente analogía: “Nuestra posición cuando se nos pregunta si somos marxistas o no, es la que tendría un físico al que se le preguntara si es ‘newtoniano’ o a un biólogo, si es ‘pasteuriano’” (Guevara 507-08). ¿Qué cosa más lógica para un revolucionario que encontrar los fundamentos de su actividad en los principios marxistas? Pero Castro parecía no pensar así todavía en agosto de 1956, cuando a través de una carta le comunicaba al director de la revista cubana *Bohemia* que: “Hace apenas cinco semanas tuve que enviar un artículo a esa revista, porque a raíz de nuestra detención en México el señor Luis Dam, entre otras cosas, se hizo eco en su reportaje de la imputación de que yo era miembro del Instituto Mexicano-Soviético y militante del Partido Comunista” (Castro, *La revolución cubana* 93).

Es importante tomar en cuenta el tiempo y las circunstancias en que se pudo haber originado la decisión de Castro de darle un giro socialista al recién instaurado gobierno revolucionario, ya que esto se reflejaría más tarde de manera directa en todos los aspectos de la política gubernamental, incluyendo el aspecto cultural, que es el que ahora nos ocupa.

Comencemos tomando el presupuesto de que la revolución cubana no fue concebida como revolución socialista desde el principio⁵: esto puede ayudar a explicar los cambios en la actitud hacia la cultura que mostró el gobierno de Castro durante sus dos primeros años de gestión. Parece que desde el momento del triunfo de la revolución en 1959, hasta la celebración de las reuniones del gobierno con los intelectuales en junio de 1961, la relación entre la intelectualidad y los artistas con el régimen castrista no

⁵ K.S. Karol dedica un capítulo titulado “The Russians arrive” al establecimiento del vínculo socialista entre la entonces Unión Soviética y Cuba.

había presentado grandes problemas. Detectando esta libertad inicial, contrastante con el posterior endurecimiento de la política cultural, José Miguel Oviedo expresa acerca de la producción teatral en Cuba: “El teatro cubano presenta un caso interesante de escisión debido al proceso revolucionario iniciado en 1959 que, al comienzo, produce y apoya un verdadero renacimiento del género, pero luego lo limita o censura por razones ideológicas, forzando a algunos autores a buscar el exilio” (Oviedo 283).

La palabra clave en la afirmación de Oviedo es “escisión”, ya que, efectivamente, la actitud del gobierno revolucionario parece haberse escindido a partir de 1961. Aun Guillermo Cabrera Infante, detractor vehemente de la actuación general del gobierno castrista, da cuenta en su testimonio de los años que estuvo al frente de *Lunes* (suplemento cultural del diario *Revolución*) de la poderosa influencia que alcanzó a tener una publicación que se podía considerar todo menos ortodoxa en términos socialistas –“Teníamos el credo surrealista por catecismo y en cuanto estética, al trotskismo, mezclados, con malas metáforas o como un coctel embriagador” (Cabrera Infante 94)–; Cabrera Infante habla de un auge sin precedentes en la historia de las publicaciones culturales cubanas, lo que los llevó incluso a convertirse en los “inquisidores” del arte y la literatura en la isla:

Esto se llama también inquisición y puede ocasionar que muchos escritores se paraliquen del terror. La revista, al contar con el aplastante poder de la Revolución (y el gobierno) detrás suyo, más el prestigio político del Movimiento 26 de Julio, fue como un huracán que literalmente arrasó con muchos escritores enraizados y los arrojó al olvido. (94)

De haberse propuesto el objetivo inicial de un régimen socialista, Castro no hubiera siquiera permitido que un foro de expresión intelectual llegara a adquirir la fuerza que tomó *Lunes* al amparo de su régimen inicial⁶. De manera bastante coherente con la teoría de una adopción de la doctrina socialista posterior al derrocamiento de Batista, esto es durante los años 1960-61, tenemos las anteriormente aludidas reuniones del gobierno con los intelectuales en la Biblioteca Nacional, donde Castro pronunció sus “Palabras a los intelectuales”, que pueden ser resumidas en la tan conocida frase “Con la revolución, todo; contra la revolución, nada” (17). La primera de estas reuniones (16 de junio) se lleva a cabo exactamente dos meses después de la fecha en que Castro declarara ante el pueblo la línea socialista del gobierno revolucionario. Es interesante el hecho de que en esas “Palabras a los intelectuales”, Castro hiciera referencia a la inexperiencia imputable a todos los dirigentes del movimiento revolucionario, haciendo patente el hecho de que él también era un aprendiz en cuestiones de dirigencia política:

En realidad esta es una revolución que se gestó y llegó al poder en un tiempo, que puede decirse “record” [...]. Una de las características de la Revolución ha sido, por eso, la necesidad de enfrentarse a muchos problemas apresuradamente. Y nosotros somos como la Revolución, es decir, que nos hemos improvisado bastante. (8)

Aparte de la connotación un tanto negativa que la palabra “improvisación” trae consigo, aún más tratándose de asuntos que atañen al destino de un pueblo entero, estas palabras nos pueden llevar a derivar la adhesión cubana al bloque socialista de una

⁶ Karol presenta un par de comentarios positivos que *Lunes* mereció de parte tanto del Che Guevara como de Castro en 1960 (239).

actitud que está basada más en la oposición a todo lo que representen o apoyen los Estados Unidos, que de una planeación que tomara en cuenta las necesidades reales del pueblo cubano. Esta impresión de cambio súbito se ve reforzada, además, por el énfasis que Castro había puesto en su negación de todo matiz marxista-leninista de la revolución cubana en los años inmediatamente anteriores a 1961, cuando consideraba el adjetivo “comunista” como una calumnia⁷. De esta adopción repentina de los principios socialistas por parte del líder revolucionario, sin haber militado jamás en alguno de los partidos comunistas hispanoamericanos, y después de haber renegado del credo socialista en foros internacionales de gran importancia, surgirá la nueva política cultural de su régimen, tendiente a demostrarle a la Unión Soviética su adhesión y ganarse su simpatía, ya que era ésta la que al final tenía el poder para aceptar o rechazar a Cuba como miembro del bloque socialista internacional. Así, la amenaza a la libertad en el campo de la cultura y las artes se originó en el repentino giro socialista que Castro decidió darle al recién establecido régimen revolucionario:

Needless to say, the Communists posed an even deadlier threat to intellectual life. To them the Cuban situation was quite intolerable. How could a country that called itself socialist and wished to form an integral part of the Soviet bloc allow ordinary bookshops to display heretical works that were bound to embarrass and offend all the comrades who had rushed over from Eastern Europe to the aid of the Revolution? Quite apart from the works of Trotsky, all the books banned in the Soviet Union –from *Doctor Zhivago* to Kafka and Joyce– were spread out provocatively for all to see. (Karol 236-37)

⁷ Véase Juan Arcocha, “El viaje de Sartre”, en *La Habana 1952-1961* (234).

Una vez que Cuba fue aceptada como nación socialista, la Unión Soviética le brindó su apoyo al gobierno castrista en todos los aspectos que le fue posible, lo cual le daba también el derecho a opinar en cada uno de ellos. Testimonio de este patrocinio soviético en la vida cultural cubana es proporcionado una vez más por Cabrera Infante, quien afirma que durante el tiempo que estuvo desempeñando el cargo de segundo secretario en la embajada cubana en Bruselas recibía su pago “en dólares, sí: como el de todos los diplomáticos cubanos: pagados por el Narodny Bank de Moscú: el mismo banco que paga los premios de Casa de las Américas a extranjeros” (57).

2.1. Situación de los intelectuales

A partir del momento en que se hizo oficial la adopción de la doctrina socialista, todos los esfuerzos del gobierno revolucionario se concentraron en encaminar al pueblo hacia su aceptación. Sin embargo, uno de los grupos que más dificultades presentaría en este aspecto era precisamente el de los escritores, artistas e intelectuales en general, debido principalmente a la procedencia burguesa de la mayoría de quienes se dedican a las actividades del pensamiento –actividades que desde un punto de vista estrictamente materialista, no aportan mucho al progreso de las masas trabajadoras. De ahí el énfasis puesto tanto por Castro como por el Che Guevara en la necesidad de crear una verdadera “conciencia revolucionaria” entre el grupo de intelectuales cubanos. A este respecto son particularmente reveladoras las palabras del Che Guevara en un artículo titulado “El socialismo y el hombre en Cuba” (marzo de 1965), redactado para *Marcha*:

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios [...]. Las nuevas

generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni “becarios” que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. (Guevara 636)

Pero más allá del grupo social del que puedan proceder los intelectuales, el hecho de que su material de trabajo sea el pensamiento presenta ya un peligro latente para cualquier tipo de absolutismo, ya que la crítica social más fuerte suele provenir precisamente de ellos. Debido a esto el núcleo de artistas e intelectuales cubanos se ha visto dividido entre aquellos que accedieron a integrarse y trabajar activamente en la defensa del régimen revolucionario, y los que en algún momento u otro tuvieron dificultades con él y terminaron por exiliarse física o espiritualmente de la isla.

Acerquémonos primero al grupo de quienes pudieron adaptar su posición de intelectuales a las exigencias del régimen castrista, y en ocasiones se convirtieron en sus fervientes defensores. Entre ellos encontramos a José Antonio Portuondo, quien era ya un intelectual activo dos décadas antes del triunfo de la revolución cubana. Si bien es capaz de comprender la presencia del arte “no comprometido” en Cuba en épocas anteriores al régimen castrista, su valoración de tales expresiones artísticas parte de una postura completamente marxista. Así, hablando de una exposición de arte abstracto que se llevó a cabo en la isla durante el régimen de Batista, afirma que: “Lo predominante en aquella exposición, no era un arte de contenido político, sino un arte esencialmente abstracto, con lo cual el abstraccionismo reafirmaba su condición de expresión de

protesta frente a la decadencia capitalista” (Portuondo, *Itinerario estético de la revolución cubana* 10-11). Y discierne enseguida que si bien en cierta manera la estética marxista comparte con el abstraccionismo esa actitud de rebelión contra “la alienación del hombre burgués”, la primera está un paso más adelante que el arte abstracto en cuanto a su expresión. Siguiendo esta línea de pensamiento, y si hacemos caso a la opinión que según Emir Rodríguez Monegal (“La nueva novela vista desde Cuba” 655-56) y Seymour Menton (150) expresa Lourdes Casal en su recopilación de documentos sobre el “caso Padilla”, de que después del triunfo de la revolución José Antonio Portuondo publicaba artículos bajo el seudónimo de “Leopoldo Ávila”, no es de extrañar que uno de dichos artículos, publicado en *Verde Olivo*, y extraído por Menton de la recopilación de Casal, contenga ataques directos contra Guillermo Cabrera Infante:

«Y es que microfacción y contrarrevolución son la misma cosa. Y tal vez Caín⁸, a pesar de su irrelevancia, por un complejo de causas, le ha hecho un daño a nuestra cultura de que aún muchos no se han despejado. Fue este Mr. Kein el primero en abrir el cauce al individualismo, la vanidad, la superficialidad y la extravagancia en el arte. Contaminó a más de un trepador que aún sigue dando guerra. Pero es útil analizar este caso y observar cómo siempre actitudes como la suya terminan en el basurero de la contrarrevolución». (citado en Menton 150-51)

Después de leer la lista de faltas cometidas por Cabrera Infante, tenemos una idea del tipo de arte que goza de la aprobación de Portuondo. Habiéndose convertido en

⁸ Menton aclara que el seudónimo de Cabrera Infante como crítico de cine era [Guillermo] Caín, 150.

uno de los más tenaces defensores de la estética marxista y del arte comprometido, Portuondo encarna una de las faltas que Rodríguez Monegal identifica como características de la “estrategia cultural” cubana en lo tocante a la crítica del arte: “Esa estrategia crea o destruye valores por métodos que no son estrictamente críticos” (“La nueva novela vista” 661). Esto se puede constatar en el prólogo de Portuondo al poemario *Tengo* de Nicolás Guillén, publicado en 1964. Todos los comentarios que hace respecto al trabajo del poeta están encaminados a manifestar que ése es el tipo de poesía que se debe escribir en Cuba: una exaltación continua de la gesta revolucionaria y de Fidel Castro⁹.

Ejemplar en lo tocante al contenido de las ideas expresadas es la charla que en 1969 tuvo lugar entre un grupo de seis intelectuales comprometidos –no puedo decir revolucionarios, ya que haciendo uso de su filosofía marxista, ellos son los primeros en cuestionar su verdadera esencia revolucionaria¹⁰. Tres de ellos son cubanos: Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet y Edmundo Desnoes; y tres son originarios de otras latitudes latinoamericanas: Roque Dalton¹¹, René Depestre y Carlos María Gutiérrez. Uno de los puntos más interesantes que abordan en su plática es precisamente el del papel que un intelectual debe desempeñar en la sociedad, y cómo este papel varía dependiendo de si la sociedad en que se desarrolla es capitalista o socialista. En la opinión de Fernández Retamar, el intelectual que se encuentra sumergido en una sociedad burguesa cree que uno de sus roles es el de ser crítico de la misma. Pero, continúa el pensamiento de Fernández Retamar, eso no pasa de ser una mera ilusión, ya

⁹ Algunos de los versos de Guillén que cita Portuondo en el prólogo: “Son más en una mazorca / de maíz los prietos granos, / que Fidel Castro y sus hombres / cuando del *Granma* bajaron”

¹⁰ Esta plática fue editada y publicada más tarde por Siglo XXI bajo el título de *El intelectual y la sociedad*.

¹¹ Poeta salvadoreño perteneciente al Ejército Revolucionario del Pueblo, a manos de cuyos miembros fue fusilado en 1975 al ser acusado de traición. Véase el texto de Rama, “Roque Dalton asesinado”, incluido en *Recopilación de textos sobre Roque Dalton* (Cuba: Casa de las Américas, 1986), así como la serie de testimonios incluida en el mismo libro.

que “*en la práctica*, permanece con frecuencia integrado al sistema, que lo retiene y usa a través de sus editoriales, revistas, incluso en algunos casos premios, cargos, etc.” (Dalton et al. 88)¹². Así, el intelectual hace solamente una crítica “de pantalla”, que sirve para perpetuar la imagen de libertad que el régimen capitalista necesita: el sistema lo compra con cargos y premios. Pero aún antes de que Retamar expresara su opinión acerca de la naturaleza ficticia de la crítica en la sociedad capitalista, Ambrosio Fornet había declarado que en un régimen socialista esta facultad de crítica está reservada solamente para el revolucionario, y tilda de gusano¹³ a cualquiera que no sea auténticamente revolucionario y pretenda alzar su voz contra el régimen: “Es verdad que los gusanos critican como locos [...], pero lo hacen por la libre y en tanto que gusanos: no engañan a nadie” (Dalton et al. 58). A estas dos concepciones se suma la de Roque Dalton, quien consideraba que lo que marca la principal diferencia entre la labor del intelectual en Cuba y en el resto de Latinoamérica es la ausencia de líderes revolucionarios, como Castro y Guevara, que muestren el camino a seguir, por lo que se puede decir que en general, Latinoamérica sufre de “*una crisis de dirección*”¹⁴ (22). Resumiendo la idea de Dalton: la amplitud del campo de acción del intelectual es determinada en proporción inversa a la capacidad de liderazgo del gobernante en turno. Y agregando su punto de vista, Carlos María Gutiérrez retoma una idea expresada por Fernández Retamar y asevera que: “Si el intelectual revolucionario [...] piensa que su conciencia crítica puede pasar a través de la ordalía de una revolución y seguir siendo su principal mérito, no ha cumplido esa mutación que tú [Retamar] mencionabas” (Dalton et al. 83).

¹² Las citas de la conversación publicada bajo el título de *El intelectual y la sociedad* se harán con referencia a Roque Dalton.

¹³ Existe una tendencia muy fuerte entre los defensores del régimen cubano a identificar a quienes no comparten su postura con miembros “despreciables” del reino animal: gusanos y ratas parecen ser las opciones más populares.

¹⁴ Cursivas del original.

De esta forma, un grupo de intelectuales integrados a la revolución llegó a la conclusión de que su situación en una sociedad que se rige con principios socialistas es mejor que la de sus colegas en sociedades capitalistas, ya que por lo menos ellos (los que actúan de acuerdo con los lineamientos de la revolución cubana), no viven engañados con una falsa idea de libertad; libertad que además no necesitan gracias a que sus líderes tienen la capacidad suficiente para llevar ellos solos el destino del pueblo a buen puerto. Podemos ahora imaginar el enorme sacrificio que la sumisión total de la conciencia individual en aras del bien común representa para un intelectual. Sacrificio que en la Cuba contemporánea a esta plática se estaba llevando a cabo, ya que en palabras de Carlos María Gutiérrez, el reto de

la construcción del socialismo, en medio del cerco imperialista, exige una rigidez de marco, no diría un maniqueísmo de situación, pero sí una acusada delimitación en el campo de maniobras del intelectual. Impone además, por propia definición y salvaguarda, una solidez ideológica (sin ello no habría tarea revolucionaria, no habría ortodoxia revolucionaria). (Dalton et al. 30-31)

Este último comentario sintetiza la relación existente entre el régimen revolucionario y los intelectuales que decidieron sumarse al esfuerzo de la creación de un estado socialista en Cuba. Engrosando en algún momento las filas de intelectuales cubanos comprometidos con la causa revolucionaria, encontramos a Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Lisandro Otero –Carpentier y Otero desempeñaron cargos burocráticos al servicio del gobierno castrista.

En el otro “bando”, el de los escritores e intelectuales que no han estado dispuestos a someter su conciencia crítica a la causa revolucionaria, encontramos en

primer término a Guillermo Cabrera Infante, de quien se utilizaron ya algunas citas en páginas anteriores. De ellas se desprende que Cabrera Infante comenzó su vida en la Cuba revolucionaria como un intelectual integrado al régimen: director de *Lunes* de 1959 a 1961, Cabrera Infante afirma que al foro de expresión que representaba dicha publicación se le otorgaban grandes libertades. Sin embargo, a partir de 1961, cuando se suscita la polémica en torno a *PM*¹⁵ (un cortometraje vinculado de distintas maneras al semanario dirigido por Cabrera), y *Lunes* es clausurado, las relaciones del escritor con el régimen revolucionario se comienzan a deteriorar. De acuerdo con José Miguel Oviedo, los problemas de Cabrera Infante con el gobierno de la isla se originaron “por su incorregible independencia cultural” (355); independencia que lo llevó a conclusiones muy poco alentadoras acerca del régimen revolucionario una vez que se presentaron los primeros síntomas represivos de las manifestaciones culturales¹⁶:

1962 – Todavía desempleado, G.C.I. comienza a ser visto como un exiliado interno. Prepara un libro con sus críticas de cine y escribe para ellas un prólogo, un epílogo y un interludio, para convertir a *Un oficio del siglo XX* en una pieza de ficción ligeramente subversiva. El libro se propone que la *única* forma en que un crítico puede sobrevivir en el comunismo es como ente de ficción. A la manera bolchevique, es desterrado de la capital política. Pero La Habana es todavía una versión latina de Moscú y en vez de exiliarlo en Siberia es enviado de *attaché* cultural a Bélgica. (Ortega et al. 16-7)

¹⁵ El caso de *PM* se tratará más ampliamente en las siguientes páginas

¹⁶ En entrevista otorgada a Rita Guibert, Cabrera Infante afirmaría años más tarde: “No creo que el escritor sea un misionero, ni siquiera creo que el escritor tiene deberes como tal. El único deber, si hay uno del escritor, es escribir lo mejor posible” (19).

Sea como fuere, este enfriamiento de relaciones desembocó en el exilio de Cabrera Infante en 1965; exilio desde el cual ha hecho todo menos olvidarse de sus experiencias intelectuales y diplomáticas¹⁷ bajo el régimen castrista. Gran parte de estas experiencias se encuentran concentradas en *Mea Cuba*, recopilación de artículos y cartas (principalmente) redactados en el irónico –y en ciertas ocasiones nostálgico– estilo que un intelectual en conflicto con la ortodoxia socialista puede permitirse usar para criticarla cuando ésta se ha instalado en su país de origen. Baste citar el título de algunos de sus “ensayos y artículos” (llamados así por él), para dar cuenta del tono en el cual se encuentran escritos: “La Castroenteritis”, “La castradura que dura”, “Los poetas a su rincón”, “Y de mi Cuba, ¿qué?”, “El ave del paraíso perdido”, etc.

Otro caso bastante conocido, y que tuvo más eco a nivel internacional que el de Cabrera Infante, es el del poeta Heberto Padilla –quien también se encontraba entre los colaboradores de *Lunes*. A diferencia de Cabrera Infante, Padilla permaneció más tiempo en la isla, pero finalmente la abandonó en 1981. Siendo miembro del grupo que organizaba el suplemento cultural de *Revolución*, era de esperarse que también se viera afectado por su clausura¹⁸ en 1961, pero varios autores coinciden en que su “caso” se inició en realidad “a fines de 1967, al elogiar públicamente en Cuba *Tres tristes tigres* y atacar *Pasión de Urbino*, de Lisandro Otero, que era entonces Vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura” (Rodríguez Monegal, “La nueva novela vista” 655). Es por esto que Cabrera Infante puede derivar el “caso Padilla” de “la dialéctica comunista: el que no elogia a un miembro del partido, es enemigo del partido.” (113). Esto podría parecer exagerado, pero en un gobierno donde se espera que los intelectuales tomen

¹⁷ Recordemos que Cabrera Infante mantuvo su puesto de secretario en la embajada cubana de Bruselas de 1963 a 1965

¹⁸ Las reuniones en la Biblioteca Nacional en 1961 y las “Palabras a los intelectuales” de Castro pueden ser consideradas como el juicio y la sentencia, respectivamente, del grupo que trabajaba en la elaboración de *Lunes de Revolución*.

posturas como las anteriormente comentadas de José Antonio Portuondo, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet y Edmundo Desnoes, no es tan descabellada la idea de que la actitud de “intelectual rebelde” de Padilla se hubiera hecho intolerable al criticar la obra de uno de los miembros de la burocracia del régimen. Pero la nota crítica de la novela de Otero va más allá del alcance puramente literario, extendiéndose hasta tocar temas tan “delicados” como la esencia revolucionaria de quienes bajo el régimen aplican de manera dogmática la filosofía marxista:

Ciertos marxistas religiosos aseguran por ahí que el revolucionario verdadero es el que más humillaciones soporta: no el más disciplinado, sino el más obediente; no el más digno, sino el más manso. Allá ellos. Yo admiraré siempre al revolucionario que no acepta humillaciones de nadie y mucho menos a nombre de una revolución que rechaza tales procedimientos. (citado en Rama, “Una nueva política cultural en Cuba” 60)

Nótese que Padilla hace uso de varios de los pilares ideológicos de la revolución cubana: disciplina, dignidad y entereza. El principio que Castro pone en la base tanto del levantamiento guerrillero como del gobierno revolucionario es el de la inquebrantabilidad del carácter de los revolucionarios verdaderos –así se llegó a derrocar a Batista y de la misma manera se espera triunfar contra la política que los Estados Unidos han tratado de imponerle a Cuba. Padilla usa sus palabras de tal manera que no se le pueda acusar de “contrarrevolucionario”, ya que en realidad parece exaltar la esencia del carácter de los verdaderos revolucionarios. Tal vez sea por esto que un evento de tal magnitud (enmarcándolo en la vida cultural de Cuba), no haya desatado ninguna catástrofe inmediata sobre Padilla: solamente agregó unas cuantas páginas al

historial del poeta como crítico de la ortodoxia intelectual socialista. Sin embargo, un año después, en 1968, la catástrofe sí se desataría, en ocasión del otorgamiento del premio “Julián del Casal” de ese año a su poemario *Fuera del juego*. Después de haberse dado a conocer el veredicto del jurado, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) declaró que los poemas contenidos en el libro de Padilla eran contrarrevolucionarios, y condicionó su publicación a la inclusión de un prólogo en que se advertía al lector de la esencia negativa que subyacía a todo el trabajo:

Padilla tiene la vieja concepción burguesa de la sociedad comunista (y) trata de justificar –(con) ficción y enmascaramiento– su notorio ausentismo de su patria en los momentos difíciles en que ésta se ha enfrentado al imperialismo y su inexistente militancia personal; convierte la dialéctica de la lucha de clases en lucha de sexos [...] sugiere persecuciones y climas represivos, identifica lo revolucionario con la ineficiencia y la torpeza; se conmueve con los contrarrevolucionarios y con los que son fusilados por sus crímenes contra el pueblo y sugiere complejas emboscadas contra sí que no pueden ser índice más que de un arrogante delirio de grandeza o de un profundo resentimiento.

(fragmento del prólogo a *Fuera de juego* citado en Cabrera Infante 42)

Ángel Rama adopta una posición bastante objetiva en todo lo relacionado con el “caso Padilla” en su artículo “Una nueva política cultural en Cuba”, y notando la ausencia de otros fundamentos que no sean los ideológicos para la censura del poemario de Padilla, escribe que “es un excelente poeta que luego de una búsqueda formal muy tensa llegó en *Fuera del juego* a su madurez artística” (59). Sin embargo, para esas fechas ya habían tenido lugar la detención y la autocritica de Padilla –ambas son

también abordadas por Rama. Durante su autocrítica¹⁹, Padilla se lamentó no solamente de haber escrito poemas como los incluidos en *Fuera del juego*, sino que su arrepentimiento alcanzó tiempos más lejanos: los de su defensa de Cabrera Infante en 1967. Ahora describe a Cabrera Infante como un resentido social, de origen humilde, amargado y “enemigo irreconciliable de la revolución”²⁰ (98). Después de dicha autocrítica, Padilla permaneció en Cuba diez años más, hasta que, de acuerdo con Cabrera Infante, gracias a que “admiradores suyos en los EE.UU [...] habían pedido al senador Edward Kennedy que intercediera en su favor ante Fidel Castro” (123), finalmente pudo dejar la isla en 1981.

Pero además de Cabrera Infante y Padilla existen muchos otros escritores, artistas e intelectuales que han tenido diferencias en ocasiones irreconciliables con el gobierno revolucionario. Uno de ellos es Antón Arrufat, quien se hizo acreedor al premio “Julián del Casal” en la categoría de teatro por su obra *Los siete contra Tebas* el mismo año en que Padilla lo obtuvo por *Fuera del juego*. Pero la coincidencia no para allí, ya que tampoco esta resolución del jurado les pareció apropiada a los miembros de la UNEAC, por lo que fue también censurada. El caso de Arrufat no alcanzó las proporciones del de Padilla, pero de acuerdo con José Miguel Oviedo:

Obtener el premio resultó, así, casi un estigma que lo convirtió en un personaje incómodo dentro de los estrictos parámetros que regían la actividad intelectual revolucionaria. Vivió en el ostracismo, tuvo que aceptar un oscuro puesto en la

¹⁹ La autocrítica sigue la línea del siguiente fragmento: “Yo, bajo el disfraz de un escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la revolución [...]; era yo, verdaderamente venenoso y agresivo y acre contra la revolución” (*Libre* 97-98)

²⁰ Véase la transcripción de la autocrítica de Padilla en *Libre* (97-118). Otra de las autoacusaciones de Padilla concierne a su colaboración con K.S. Karol; el poeta afirma haberle proporcionado a Karol “pomposos análisis de la situación política cubana, le hablé siempre [...] con un ánimo crítico amargo, contrarrevolucionario” (101).

Biblioteca Nacional que le permitió sobrevivir y dejó de publicar por casi quince años. (284)

Seymour Menton afirma que a consecuencia de estos dos conflictos originados por la actuación del jurado convocado por Casa de las Américas “las Fuerzas Armadas Revolucionarias organizaron su propio concurso literario para 1969” (153), en el cual los criterios de calificación estarían basados en la orientación política de las obras. Esto demuestra que la cultura en Cuba realmente estaba alcanzando a todos los sectores de la población: hasta el ejército tenía facultad de organizar certámenes literarios. El problema residía precisamente en el hecho de que en ese caso no serían los méritos literarios los que determinarían al ganador del concurso; se estaba buscando en realidad la redacción de panfletos socialistas.

Pero el régimen castrista no sólo impuso la ortodoxia ideológica a todos los que se consideraran revolucionarios verdaderos, sino que les exigió además ortodoxia sexual: muestra de ello está contenida en la Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, celebrado en 1971 (fragmento incluido en *Política cultural* bajo el título de “La actividad cultural”). En este caso el asunto atañe directamente a los intelectuales, ya que es en relación a ellos que se hace la Declaración, que sigue la línea de este fragmento: “Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales, en expresiones del arte revolucionario, alejados de las masas y del espíritu de nuestra Revolución” (52). Abordando esta faceta de la política cultural revolucionaria, Cabrera Infante ofrece una lista de los escritores y artistas que fueron perseguidos por “delitos sexuales”: “Presos Virgilio Piñera, José

Triana, José Mario [...]; Arrufat destituido como director de la revista *Casa*, etc., etc.²¹

(40). Uno de los escritores que logró alejarse del régimen cubano antes de que la cacería de homosexuales se desatara en la isla es Severo Sarduy, quien “a fines de 1959 partió para Francia, becado por el gobierno para estudiar crítica de arte” (Echavarría 291) y no regresaría jamás. Si bien es conocido principalmente por su novela *De donde son los cantantes*, Sarduy ya había sido notado en la escena literaria internacional antes de que ésta fuera publicada (gracias a *Gestos*, su primera obra), como lo demuestra una entrevista otorgada a Emir Rodríguez Monegal en 1966²²—un año antes de la publicación de *De donde son los cantantes*. Su relación con intelectuales “europeizantes”, con ejemplos máximos en Rodríguez Monegal y Fuentes, se convertiría en un motivo más de crítica por parte de los voceros culturales del régimen revolucionario. Entre esos voceros encontramos a Roberto Fernández Retamar, quien intentando hacer gala de su vena crítica revolucionaria en su ensayo *Calibán*, califica a los tres (Fuentes, Rodríguez Monegal y Sarduy) como agentes de la CIA, para después invalidar la labor crítica de Rodríguez Monegal por su “pesantez profesoral”, y la de Sarduy por su “mariposeo neobarthesiano” (123) —extrañamente, los términos que él usa para invalidarlos distan de tener validez crítica, ya que parecen más un despliegue de su ingenio poético que de una reflexión seria. En el caso específico de la crítica a Sarduy, Echavarría afirma que Fernández Retamar “se burla gratuitamente [...] dándole un matiz ‘homofóbico’ al ataque por las sugerencias groseras que sus palabras tienen para

²¹ Cabrera Infante dedica todo un artículo al caso de Calvert Casey: “¿Quién mató a Calvert Casey?” (163-94), e incluye en “Entre la historia y la nada” una mención al caso de Reinaldo Arenas, quien “se suicidó en un Nueva York que de irresistible pasó a ser imposible. Era el exiliado total: de su país, de una causa, de su sexo, y murió peleando contra el demonio. No ha habido un anticastista tan pertinaz y tan eficaz” (241). Véase *Necesidad de libertad* de Reinaldo Arenas (México: Kosmos, 1986).

²² Recopilada en *El arte de narrar* (Caracas: Arte, 1968).

cualquier cubano”²³ (294). De esta forma encontramos un prejuicio (sexual) en la base de un trabajo cuyo objetivo anunciado es precisamente atacar prejuicios (culturales). Una vez más, podemos hacer referencia a José Antonio Portuondo, quien encuentra la justificación de esta actitud homofóbica del régimen castrista en sus raíces marxistas y martianas. Así lo evidencia la cita de Martí que incluye en las últimas páginas de su *Itinerario estético*: “¡La justicia primero, y el arte después! ¡Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las finezas de la imaginación, y en las elegancias de la mente!” (55) –es particularmente interesante el hecho de que en la cita se encuentre identificada la actividad mental con la feminidad, aunque sea en el marco específico de “tiempos sin decoro”.

Lo que el caso anterior evidencia es la base no-literaria sobre la que intentaban hacer crítica literaria dos de los más prominentes intelectuales revolucionarios cubanos. Emir Rodríguez Monegal deriva lo que él califica como “fracaso de la crítica cubana” de “sus ataques, o sus omisiones y silencios [...], [y] de su promoción social de ciertas obras”, y establece una analogía entre el caso cubano y el que en algún momento se dio en la Unión Soviética, donde se promovió a “Konstantin Simonov (quién se acuerda hoy de él) o a Mijail Sholójov (quién lo lee a pesar del Premio Nobel)” (“La nueva novela vista” 656). También en este aspecto se hace patente la principal motivación de la política cultural adoptada por Castro: el cuestionamiento de todo cuanto presente visos de capitalismo, y especialmente la oposición a su paradigma, los Estados Unidos. Advirtiendo los riesgos que esto implica, Ángel Rama señaló en 1971 que existía un aspecto que estaba “siendo manejado con suma imprudencia por los partidarios de la

²³ Roberto Echavarría agrega que: “El caso de Fernández Retamar es más complicado y turbio. En una entrevista que le hice en 1978 [...] esbozó una especie de desagravio al decir que *Calibán* no sólo era un panfleto, sino un “montón de palabras más o menos airadas” (295-96). Esto sería consecuencia de lo que en páginas anteriores del mismo texto refiere Echavarría: el cambio de actitud de algunos escritores cubanos después del “fracaso de Fidel Castro.” (293).

posición oficial cubana: es el que dice que cualquier crítica pública o cualquier discrepancia sirve al enemigo: a la derecha y al capitalismo” (“Una nueva política” 50).

2.2. Dos órganos reguladores de la cultura: la UNEAC y el ICAIC

Una de las características de la política reguladora de la cultura en Cuba ha sido precisamente la creación de organismos que representan los intereses del gobierno: ellos son los encargados de salvaguardar la ortodoxia socialista en el terreno de las expresiones artísticas y culturales. Dos de los más importantes en este aspecto han sido la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), y el Instituto Cubano de Artes y Ciencias Cinematográficas (ICAIC). Ambas organizaciones han sido protagonistas de polémicas al realizar sus actividades de control de la producción literaria y cinematográfica, respectivamente.

La creación de la UNEAC, en 1961, puede ser considerada un resultado directo del endurecimiento incipiente del régimen castrista –comentado en las primeras páginas de este capítulo–, ya que a partir de su creación la UNEAC se convertiría en centro de convergencia de la ortodoxia intelectual cubana. Acerca de lo que implica la creación de una organización de esa especie, recuerda Juan Arcocha las palabras de Sartre, quien a pesar de haber quedado maravillado con la persona de Castro durante su primera visita a Cuba, advirtió: “No permitan bajo ningún concepto que les impongan la creación de una Unión de Escritores. Sería el principio del fin” (238). Teniendo en cuenta las palabras de Sartre, se puede pensar que el fin comenzó demasiado pronto en la vida intelectual de la revolución cubana.

En cuanto a los temores de un dogmatismo cultural que se dejaba sentir en las esferas de intelectuales cubanos durante la primera década del régimen revolucionario

(y habiendo tenido ya un síntoma alarmante: la clausura de *Lunes*), la publicación oficial de la UNEAC, *Unión*, incluía en su número 4 (octubre-diciembre 1965) dos artículos que abordaban el tema de forma directa. En el primero, titulado “Notas para una estética marxista”, leemos:

Dicho de otro modo, el partido obrero, el partido revolucionario, debe tener una política cultural. Decir que tiene una política cultural, no significa automáticamente que se va a imponer determinada concepción a los artistas, o que se les va a prohibir realizar determinados ensayos experimentales. En otras palabras, que la política cultural implica el peligro de un dogmatismo, que puede caer en él, pero que esto no es fatalmente inevitable. (Gisselbrecht 18)

En el segundo artículo, titulado “A propósito del carácter específico del arte”, Michel Troche se refiere al caso particular de los artistas franceses de aquella época, pero sus palabras bien pueden ser la expresión de la situación por la que estaban atravesando sus contemporáneos cubanos: “Cuando contemplan la posibilidad de un porvenir comunista, temen algunos artistas llegar a ser víctimas de una especie de «dirigismo» cultural que los obligara a orientar su creación en un sentido determinado” (148). La diferencia es que para los artistas cubanos ese porvenir comunista no era ya una mera posibilidad, sino una realidad más que evidente, y ese «dirigismo» cultural había comenzado a hacerse sentir años atrás.

De manera bastante congruente con el dirigismo cultural, los talleres editoriales de la UNEAC no se dedicaban solamente a la edición de la revista *Unión*, sino que además representaban una opción de publicación para las obras de los escritores y poetas cubanos. Claro que las obras tenían que ser revisadas y aprobadas primero, y en

un segundo momento podían ver la luz pública. Uno de los libros que llegaron a manos de la UNEAC alrededor de 1965 para su publicación fue *Paradiso*, de José Lezama Lima²⁴. Rodríguez Monegal hace un recuento de los hechos, y califica el manuscrito de Lezama Lima como “un libro maldito” desde el punto de vista oficial de la UNEAC, ya que “en momentos en que el Gobierno cubano había decidido la persecución de los homosexuales [...], Lezama entrega una novela que presenta [...] las actividades homosexuales de algunos de sus protagonistas” (“La nueva novela vista” 652). Y continuando, Rodríguez Monegal reseña cómo, “incapaces de afrontar una decisión definitiva, la UNEAC decide consultar a la autoridad suprema” (653); es así que solamente después de contar con la aprobación de Castro, *Paradiso* fue publicada en una tirada reducida. Lo que es importante destacar es la supeditación que toda decisión tocante a “problemas” culturales tenía con respecto a asuntos políticos. Esta homologación de dirigencia política y dirigencia cultural es la raíz de todos los casos de desencuentros entre la intelectualidad cubana y el gobierno revolucionario –que para aumentar las dificultades, se encontraba (y aún se encuentra) concentrado en una sola persona.

Mario Benedetti, en su contribución al libro *Literatura y arte nuevo en Cuba*, toca el tema de la crítica literaria en el marco del gobierno revolucionario:

En Cuba, las pocas veces en que alguien deja constancia de su violento desacuerdo con una obra cualquiera, el ambiente se escandaliza, la bóveda generacional se estremece. Es curioso comprobar que un país que ha hecho de la

²⁴ Cabrera Infante ofrece un panorama subjetivo acerca de la homosexualidad de dos autores cubanos contemporáneos, José Lezama Lima y Virgilio Piñera, en “Tema del héroe y la heroína”, incluido en *Mea Cuba* (405-43).

lucha armada poco menos que un evangelio, muestre sin embargo en los medios culturales una total falta de costumbre a la agresividad crítica. (27)

Lo que no menciona Benedetti es que en Cuba toda crítica al campo cultural está basada en principios gubernamentales: no es que los escritores no estén acostumbrados a la “agresividad crítica”; lo que ocurre es que cuando se da el caso de un “violento desacuerdo con una obra cualquiera”, el asunto no para en el desacuerdo, sino que por lo general tiene consecuencias directas en la vida del autor de dicha obra. Claro ejemplo de esto es el anteriormente referido “caso Padilla”, durante el cual se puso en marcha no solamente el aparato de regulación cultural –materializado en este caso en la UNEAC–, sino también el de regulación ideológica y política.

Una polémica desatada gracias a la intervención del ICAIC no alcanzó la misma magnitud que la del “caso Padilla”, pero también tuvo consecuencias importantes a nivel interno, principalmente como síntoma de las restricciones que se podían esperar a partir de ese momento (1961) en lo tocante a la libertad de expresión. En este caso se trata del “juicio” llevado a cabo en contra de los productores y realizadores del cortometraje *PM*, entre los cuales se encontraban Guillermo y Sabá Cabrera Infante. El punto que más revuelo levantó en este caso fue la total ausencia de fundamentos para las acusaciones levantadas contra el filme, que de acuerdo con Guillermo Cabrera Infante: “Dura apenas 23 minutos y es una suerte de documental poético, sin aparente línea argumental, que recoge las maneras de divertirse de un grupo de habaneros un día de fines de 1960” (74). Pero para Cabrera Infante el verdadero objetivo de las acusaciones contra *PM* era afectar al grupo de *Lunes*, ya que el cortometraje se encontraba directamente relacionado con el semanario, y no solamente por los lazos de sangre existentes entre el realizador del primero y el jefe del segundo, quien afirma que:

“Todo se realizó al margen del ICAIC (o sea, la burocracia del cine) en los laboratorios de nuestro canal, pero en forma totalmente abierta” (98-99). Sin embargo, en los tiempos en que Castro había decidido que toda actividad cultural en el interior de la isla debía estar regida por los organismos que con esa finalidad se estaban fundando, esta creación concebida y realizada al margen del ICAIC podía ser considerada un signo de rebeldía incipiente. Fue por esto que convocó a las reuniones con los intelectuales, en ocasión de las cuales estableció los lineamientos a que debían apegarse todos los escritores, intelectuales y artistas: plena libertad formal, pero lineamientos ideológicos completamente rígidos. Acerca de las acusaciones que se levantaron en contra de *PM* durante esas reuniones, nos dice K.S. Karol:

Some said it was too sexy, others that it featured too many Negroes, and yet others that it gave quite the wrong impression of Cuban life and merely provided the enemy with ammunition. In fact, when a copy of the film was discovered abroad, no counterrevolutionary organization rushed to buy it, and neither did American television, doubtless because *PM* does not lend itself to anti-Cuban propaganda. (241)

Lo único que parece dejar en claro la existencia de organizaciones como la UNEAC y el ICAIC en Cuba es que la institucionalización de un régimen totalitario es uno de los métodos más efectivos para extender el control sobre todos los aspectos de la vida del pueblo²⁵.

²⁵ Algunas otras de las instituciones mencionadas por Cabrera Infante son: ORI –Organizaciones Revolucionarias Integrales; SERINT-CONINT –Servicio de Inteligencia y Contra-Inteligencia; CDR –Comités de Defensa de la Revolución; MINREX –Ministerio de Relaciones Exteriores; MINED –Ministerio de Educación; MININT –Ministerio del Interior; INIT –Instituto de la Industria Turística, etc.

2.3. Publicaciones

Pero además de la creación de esas dos instituciones regidoras de la vida artística cubana, también se fueron creando (aunque algunas más tarde desaparecieron) diversas publicaciones periódicas, foros de expresión que pudieran servir como ejemplo de la amplitud del campo de acción que se les estaba proporcionando a los pensadores y artistas que fueran capaces de responder a las inquietudes del pueblo.

Entre estos pioneros de la condensación del interés popular estuvo precisamente *Lunes*, publicación de la cual ya se ha hablado bastante en el presente capítulo. Además de *Lunes*, algunas otras publicaciones que entraron en circulación por primera vez durante o antes de la década del sesenta son la ya también mencionada (y citada) revista *Unión de la UNEAC*, *El caimán barbudo* –suplemento literario de *Juventud Rebelde*–, y la que más difusión alcanzó a nivel internacional, *Casa de las Américas* –que continúa en circulación hasta nuestros días.

Casa de las Américas es una institución creada por el gobierno castrista inmediatamente después de su triunfo, cuya finalidad era servir de eje alrededor del cual girara la vida cultural de Cuba. En general, la creación de este instituto, exactamente en el año del triunfo de la revolución, es considerada un verdadero logro en el campo de la cultura a nivel internacional: “Para romper el bloqueo, Cuba crea en 1960²⁶ una institución, Casa de las Américas, que por algunos años se convertirá en el centro revolucionario de la cultura latinoamericana” (Rodríguez Monegal, “La nueva novela vista” 649).

²⁶ Existen divergencias en cuanto al año en que se fundó Casa de las Américas. Durante el Informe del Comité Central del Partido Comunista de Cuba al Primer Congreso del Partido (fragmento incluido bajo el título de “La cultura” en *Política cultural*), Castro señala 1959 como el año de su fundación (72).

Desde sus primeros años de existencia, Casa de las Américas estaría bajo la dirección de Haydée Santamaría, una de las pocas mujeres que se vieron involucradas en la lucha armada revolucionaria. Figura fundamental del itinerario revolucionario, Haydée se unió a las fuerzas de insurrección antibatistianas a través de su hermano Abel Santamaría, junto a quien combatiría en el asalto al Cuartel Moncada en 1953. Ambos cayeron presos después del asalto: Abel fue ejecutado y Haydée permaneció presa durante siete meses, después de los cuales se dedicaría a actividades clandestinas de apoyo al Movimiento 26 de Julio, dirigido por Castro desde la cárcel primero y después desde el exilio en México (“Recuerdo y Homenaje” 115-18). José Luis Balcárcel presenta un recuento de las actividades realizadas por Santamaría una vez que el régimen revolucionario se hubo establecido: “Fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Presidió la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Dirigió la Casa de las Américas” (Balcárcel 31). Icono de la revolución, Santamaría se suicidaría veintiún años después del triunfo de la guerrilla castrista, el 28 de julio de 1980²⁷. En cuanto a las circunstancias de su muerte, si bien afirmó Juan Almeida en ocasión del entierro de Santamaría que: “Por principio los revolucionarios no podemos estar de acuerdo con el suicidio; la vida del revolucionario pertenece a su causa y a su pueblo” (5), en una recopilación de documentos realizada por la revista *Casa* para conmemorar el quinto aniversario del fallecimiento de la heroína revolucionaria leemos: “De las sombras a que empezó a ser arrojada en 1953 salió la mano que la asesinó en 1980. ¿Era la suya? ¿O no era más bien una de aquellas bestiales que castraban novios y arrancaban ojos de hermanos vivos?” (“Haydée entre el fuego y la luz” 3). Reconociendo la importancia que la figura de

²⁷ La fecha “oficial” del suicidio de Haydée Santamaría proporcionada en los documentos de Casa de las Américas es el 28 de julio; sin embargo, en *Necesidad de libertad*, Reinaldo Arenas afirma que “Haydée Santamaría se dispara un tiro el 26 de julio de 1980 en La Habana” (201).

Santamaría representó para la difusión cultural bajo el gobierno revolucionario, Castro llegó a aseverar: “Hay que decir que el trabajo que ella realizó en muchos campos, pero sobre todo al frente de Casa de las Américas, ha tenido una extraordinaria repercusión en el campo de la cultura, en la cultura de la América Latina”²⁸ (Castro, “Acercas de Haydée Santamaría” 3)

En cuanto a la revista *Casa de las Américas*²⁹, al igual que el instituto al cual servía como órgano de difusión, era también un instrumento que conjugaba en perfecta armonía los intereses políticos revolucionarios con la expresión artística. Acerca de ésta nos dice Jean Franco:

Casa de las Américas celebraba los movimientos de liberación del Tercer Mundo, el del Poder Negro en Estados Unidos, al guerrillero heroico y la tradición de antiimperialismo latinoamericana emprendida por Martí [...]. Atractivamente ilustrada, *Casa de las Américas* respondía al viejo sueño de la *avant-garde* de cerrar la brecha entre la vida y el arte y de fomentar el compromiso con la causa de la emancipación; situaba a Latinoamérica como aliada de otras naciones del Tercer Mundo en la lucha contra el imperialismo. Representaba una nueva geografía cultural, cuyo centro se había apartado drásticamente de Europa. (66)

Prueba de la importancia de la publicación es la lista de escritores e intelectuales que desfilaron entre sus colaboradores. Algunos de ellos son Jean Paul Sartre, Julio

²⁸ Muestra de la repercusión que la muerte de Santamaría tuvo dentro de los círculos culturales latinoamericanos es la cantidad de cartas, poemas y demás escritos recopilados por *Casa de las Américas* en dos ocasiones: en el número 124 (ene-feb 1981) y en el número 150 (may-jun 1985).

²⁹ Véase la entrevista otorgada por Haydée Santamaría a Jaime Sarusky, publicada bajo el título de “Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra revolución. Habla Haydée Santamaría.” *Casa de las Américas* 171 (nov-dic 1988):4-15.

Cortázar, Juan Rulfo, Mario Benedetti, David Viñas, Mario Vargas Llosa, Pablo Neruda, Juan José Arreola, Rodolfo Walsh, Ángel Rama etc. –la lista puede prolongarse bastante.

Después de la clausura de *Lunes*, en 1961 y hasta 1965, la revista *Casa* estuvo dirigida por Antón Arrufat, bajo cuya coordinación, de acuerdo con Cabrera Infante, “llegó a ser la publicación literaria en español de más calidad en América después de *Sur*, que dirigieron Borges y Victoria Ocampo” (109). A partir de 1965, la dirección de la revista pasa a manos de Roberto Fernández Retamar, con quien “empieza, aunque tal vez no por su iniciativa, un endurecimiento de la línea ideológica de la revista” (Rodríguez Monegal, “La nueva novela vista” 649-50). Muestra de este endurecimiento es la “Declaración del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*” (Benedetti et al. 1969) que aparece en el número 53 (marzo-abril 1969), donde se hace un llamado a todos los latinoamericanos a tomar una actitud antiimperialista más drástica y decidida, ya que en general, a diferencia de Cuba, el resto de América Latina presenta un estado de “inmovilismo o regresión”. Tomando una medida aún más drástica, “a partir del número 67 (julio-agosto 1971) el Comité de Colaboración es abruptamente eliminado de la revista” (Rodríguez Monegal, “La nueva novela vista” 650).

Un par de meses antes de que se diera este rompimiento entre *Casa de las Américas* y su comité de colaboración, se había celebrado el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (abril de 1971), durante el cual Castro había demostrado su cada vez más radical posición ante la amenaza que para la cultura cubana representaba el bloque occidental. Extrañamente, en esta ocasión, en lugar de buscar la adhesión de figuras internacionales que hubieran podido hacer eco de la causa revolucionaria más

allá de las fronteras de la isla, el régimen cubano terminó por acusarlos de neocolonizadores:

La Revolución cubana contó desde el primer momento con la solidaridad de todos los pueblos y de la parte más valiosa de la intelectualidad internacional. Pero junto a quienes se unían honestamente a la causa revolucionaria [...] se insertaron intelectuales pequeñoburgueses pseudoizquierdistas del mundo capitalista que utilizaron la Revolución como trampolín [...] Estos oportunistas intentaron penetrarnos con sus ideas reblandecientes, imponer sus modas y sus gustos e, incluso, actuar como jueces de la Revolución. (“La actividad cultural” 56)

Recordemos que la detención de Heberto Padilla había tenido lugar en marzo de ese año, y que en mayo Castro recibiría la carta de sesenta y dos intelectuales expresando “nuestra vergüenza y nuestra cólera” por la autocrítica del poeta que “sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias” (*Libre* 124)³⁰. Si tomamos toda esta sucesión de eventos que afectaron de manera negativa la proyección internacional del gobierno revolucionario, podemos decir que en 1971 se dio la culminación del proceso que se había iniciado diez años antes, cuando en 1961 Castro declaró públicamente que la línea ideológica de la revolución cubana era el socialismo.

Con la pérdida de su comité de colaboración internacional, la revista *Casa de las Américas* sufrió un enorme deterioro en la calidad de su contenido. Ese hecho, aunado al escepticismo con que ahora se mira la esencia revolucionaria del gobierno castrista,

³⁰ Véase *Libre* (124-25) para una transcripción completa de dicha carta.

ha desembocado en la pérdida de su privilegiado estatus de condensador máximo de la vanguardia literaria en Hispanoamérica.

2.4. La cultura occidental como amenaza

Si bien es cierto que el gobierno revolucionario adoptó desde su triunfo una actitud de protección propia y ataque contra el bloque occidental, es cierto también que la mayor parte de sus esfuerzos antiimperialistas han tenido en la mira a los Estados Unidos. Obviamente, esos esfuerzos antiimperialistas se han dado en todos los aspectos de la vida del pueblo cubano, con su principal campo de batalla en el nivel económico³¹. Pero como parte de su táctica antiimperialista, Castro implementó también una batalla en el campo cultural (muestra de eso es la recién aludida Casa de las Américas y todas sus actividades), ante la cual el gobierno de los Estados Unidos respondió con la creación –principalmente a través del patrocinio– de otras tantas publicaciones y congresos culturales a nivel internacional.

Siendo la máxima potencia capitalista a nivel mundial, era de esperarse que los Estados Unidos trataran de ahogar todo brote de sistemas socialistas en cualquier punto del planeta (máxima expresión del intervencionismo anticomunista: la guerra de Vietnam). Por eso, cuando el fervor socialista en Latinoamérica desembocó en la declaración del gobierno revolucionario cubano de su raíz marxista-leninista, los Estados Unidos lo consideraron la posible punta de lanza de toda una serie de levantamientos en distintos países del continente, con la consecuente instalación de regímenes socialistas.

³¹ Recuérdese que durante el gobierno de Batista, La Habana estaba considerada como el centro de diversiones de los Estados Unidos.

En el campo cultural, la solidaridad inicial de una gran parte de los intelectuales latinoamericanos con la causa revolucionaria era también motivo de preocupación para los Estados Unidos, ya que Cuba se había convertido “desde el punto de vista de la *intelligentsia* latinoamericana, en el único territorio de América libre del imperialismo norteamericano” (Rodríguez Monegal, “La nueva novela vista” 648). Y a pesar de que el principal objetivo de Norteamérica era la hegemonía económica, la importancia de la cultura se hacía también obvia, ya que por lo general los cerebros de los intelectuales sirven de incubadoras para ideas peligrosas, en ocasiones demasiado contagiosas, que pueden terminar por infectar a la mayor parte de la población³². Y si a esto agregamos el apoyo que la Unión Soviética estaba prestando a la recién convertida nación socialista, los Estados Unidos tenían más de una razón para querer ponerle fin a la situación.

Es así que, tomando como bandera la libertad de expresión, que es uno de los primeros puntos afectados bajo un régimen socialista, los Estados Unidos comenzaron una campaña cultural internacional tendiente a ganarse el favor del mayor número posible de intelectuales; todo esto en el marco de la guerra fría³³:

Durante la guerra fría Estados Unidos presentaba sus intervenciones culturales como una defensa de la libertad contra la censura, mientras que, en un plano por completo diferente –en lo que se proclamaba como una guerra de «valores»–, la Unión Soviética defendía un realismo en el que lo «real» era definido como lucha de clases y la «paz» se volvía *táctica* política. (Franco 9-10)

³² En contraposición a las opiniones expresadas en la plática publicada bajo el título de *El intelectual y la sociedad*, esto demuestra la capacidad de los intelectuales de ser la conciencia crítica de la sociedad.

³³ El tema de la guerra fría será tratado con mayor profundidad en el capítulo siguiente.

Uno de los contraataques más conocidos de los Estados Unidos en el campo de las publicaciones culturales fue la creación de *Mundo Nuevo*, publicación que los intelectuales comprometidos con la revolución cubana no cesarían de llamar “nido de agentes de la CIA”. También en el frente cultural encontramos la organización del llamado Congreso por la Libertad de la Cultura, que trataba de crear un contrapeso a la efervescencia cultural surgida en torno a los congresos y concursos artísticos organizados en Cuba. De acuerdo con Jean Franco, el “cebo” para atraer a los intelectuales y artistas a eventos de este tipo era “no sólo la libertad, sino la inclusión en la cultura «universal»”³⁴ (10).

Tratando de ubicarnos en el punto más objetivo posible, digamos que, efectivamente, los Estados Unidos desplegaron una gran cantidad de recursos para atraer la atención de los intelectuales en peligro de ser seducidos por la revolución cubana, y evitar así una reacción en cadena que hubiera podido unir al grueso de los ideólogos hispanoamericanos en su contra. Pero también admitamos que el régimen castrista abusó del calificativo “agentes de la CIA”, y al aplicarlo con exagerada prodigalidad solamente consiguió el alejamiento de intelectuales que le hubieran hecho un bien enorme a la causa revolucionaria. Es difícil decir ahora si la aplicación de una política cultural tan rígida se encontraba entre los planes iniciales del régimen castrista, o si ésta se fue formando a consecuencia de los hechos que se suscitaron en la isla. Lo que sí se puede afirmar es que quizá la única herencia de Castro al campo de la vida artística y literaria cubanas sea una paranoia cultural que puede tener consecuencias de mucho más largo alcance que su propio régimen.

³⁴ El tema del Congreso por la Libertad de la Cultura y sus nexos con la revista *Mundo Nuevo* serán abordados de manera específica en el capítulo siguiente.

Capítulo III

3. La revolución cubana y las letras hispanoamericanas

En el capítulo anterior vimos cómo la implantación de un gobierno socialista en Cuba trajo consigo consecuencias que afectaron de manera evidente el rumbo literario cubano, uno más de los aspectos del devenir de una sociedad: todas las actividades de la vida cubana tuvieron que volverse hacia el objetivo de la promoción de la causa revolucionaria. Pero el rumbo adoptado por el gobierno revolucionario tuvo consecuencias perceptibles más allá de los límites geográficos de la isla, debido especialmente al eco que la causa revolucionaria encontró en el resto de los países de la América hispánica. Pero así como no fue fácil para la mayoría de los escritores e intelectuales cubanos –y de hecho para algunos fue imposible– asimilar este cambio que incidía de manera directa en su campo de acción, tampoco lo fue para sus contrapartes en el resto de los países americanos de habla hispana –aunque para estos la relación no fuera tan directa. Pero, ¿cuál era precisamente el estado de las letras hispanoamericanas en el momento del triunfo de la causa revolucionaria en Cuba? En este caso es importante saberlo, ya que las ideas estéticas que rigen la obra de un escritor o artista pueden entrar en franca colisión con las expectativas que la sociedad tiene acerca de su obra en un momento histórico determinado¹ –o en este caso, quizá más que con las expectativas, con las exigencias que la posibilidad de un futuro socialista para Hispanoamérica imponía a todos los miembros de la sociedad contemporánea al triunfo de la revolución cubana. En cuanto a doctrina estética, los escritores hispanoamericanos

¹ Véase el segundo capítulo de *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, de Jean Franco, “Los manifiestos comunistas”.

no podían olvidar el fallido desarrollo que el denominado “realismo socialista” había tenido cuando se intentó implantar como forma de expresión del arte socialista². Es por esto que aún antes del triunfo de la revolución cubana, los escritores se debatían en torno a esta idea; esto lo hace ver Enrico Mario Santí, al afirmar que los años de la década de los cincuenta:

Eran los años en que se debatía, a raíz del ascenso de Kruschef, la vigencia del realismo socialista como doctrina estética. En México, donde la herencia revolucionaria mantenía candente el tema, se le debatía en muchos foros. Todavía en 1965 Octavio Paz recordaba en el prólogo a la primera edición de *Puertas al campo* que ese había sido “un periodo indeciso de las artes y las letras mexicanas: nacionalismo, arte social, esfuerzos solitarios de unos cuantos poetas y pintores.” (178)

Pero aun quitándole el adjetivo de “socialista”, el realismo era una etapa en la literatura hispanoamericana que se estaba tratando de superar desde hacía ya más de una década. De hecho, para el año de 1959 se podía ya trazar el itinerario seguido por algunas constantes que habían caracterizado el desenvolvimiento de nuestra expresión literaria: la pugna entre compromiso social y libertad artística, la casi siempre reprochada tendencia a seguir modelos y corrientes extranjeros junto a la búsqueda de una visión auténticamente hispanoamericana, y los debates que la inclusión o exclusión

² Como ejemplo de debate alrededor de lo que por algunos escritores fue considerado como una posibilidad de regresión a la estética del realismo socialista en el marco de la revolución cubana, véase *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* (México: Siglo XXI, 1970), polémica sostenida entre Oscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa.

de elementos ajenos a la realidad suscitaban en nuestros círculos de intelectuales –por mencionar algunos ejemplos.

Extrañamente, la década de 1940, que es alrededor de –y durante– la cual se comienzan a dar a conocer las obras que cambiarán totalmente nuestra forma de pensar acerca de la literatura hispanoamericana, está marcada por un conflicto bélico internacional de enormes proporciones: la Segunda Guerra Mundial. “Son los años de la literatura comprometida, del arte militante, de la competencia imperialista de dos colosos culturales”, nos recuerda Rodríguez Monegal evocando “los poemas bélicos de *Tercera residencia*” y la proyección y realización de *Canto general* de Neruda (“Tradicción y renovación” 140-41). Cruce entre estas dos tendencias (la renovación literaria y las raíces sociales que aún subyacían a una parte de las obras gestadas durante, y aún después de, la década de los 40) es *El Señor Presidente*³, de Miguel Ángel Asturias. Si bien Asturias había terminado *El Señor Presidente* desde la década anterior (1932), la novela no vio la luz pública hasta 1946, ya que: “En 1946 ocurría en toda Hispanoamérica un intenso proceso de renovación en las corrientes intelectuales del continente [...]. Era el momento adecuado para presentar la obra. Tal vez unos años antes no hubiera sido apreciada” (Lanoël-d’Aussenac 44). El punto que me interesa rescatar de esta aseveración hecha por Lanoël-d’Aussenac es que ya en la década de 1940 el panorama literario hispanoamericano estaba en proceso de transición: existía un ambiente cada vez más propicio para la presentación de obras que no hubieran encontrado cabida en lo que hasta la década de 1930 era considerado como “literatura hispanoamericana.” Debido a esto muchos de los escritores percibieron una amenaza a

³ En la novela se da el caso de un tema de profundas raíces sociales (la dictadura hispanoamericana) tratado en una forma que incorpora elementos de corrientes estéticas completamente “europeizantes”, tales como el surrealismo y el expresionismo.

la libertad creativa en el regreso al realismo literario que un ambiente como el creado por la implantación de un régimen socialista en Hispanoamérica podía haber requerido.

Es necesario, además, recordar que en esta ocasión uno de los países cuya participación tuvo más impacto en el rumbo que tomaron los acontecimientos después de la Segunda Guerra Mundial fue Estados Unidos. Si bien para ese tiempo los Estados Unidos eran ya una potencia, puede decirse que su entrada triunfal en el panorama económico y político mundial se dio en el momento de su entrada al conflicto armado. Pero debido a que su entrada se vio enmarcada por la violencia, y finalmente la guerra armada vino a ser sustituida por una guerra ideológica en la cual Estados Unidos se colocó como uno de los contendientes principales, su actitud fue también fuertemente cuestionada. Situación bastante peculiar ante estos acontecimientos es la de Hispanoamérica, cuya experiencia con los imperios internacionales (y especialmente con los Estados Unidos) había dejado consecuencias que todavía se pueden sentir en nuestra realidad cotidiana. Este recelo contra los imperios y las consecuencias de su existencia es uno de los factores que más adelante influirían en la adhesión de gran parte de la intelectualidad hispanoamericana a la causa cubana. Sin embargo, la situación distaba de prestarse para una toma de decisión fácil por parte de los intelectuales y escritores: por un lado tenían el camino de la “militancia literaria” en las filas revolucionarias –apoyar al régimen socialista cubano a través de su actitud y obra–, lo que por cuestiones que se trataron más arriba no era una opción muy atractiva para gran número de los escritores hispanoamericanos; por el otro lado tenían la opción de aceptar como único compromiso válido el adquirido con las letras, lo que implicaba muchas veces seguir el juego al lado de los Estados Unidos, que ciertamente implementó varias políticas culturales (becas, congresos, invitaciones a universidades estadounidenses) que

le permitieron acercarse a la intelectualidad hispanoamericana en un afán por contrarrestar el efecto cultural que la revolución estaba teniendo en el continente⁴.

Esta situación de tensión en que se encontraron los escritores e intelectuales se deriva precisamente del material con el cual trabajan: el pensamiento. Porque si bien se supone que en momentos de tensión social no hay grupo que escape de verse involucrado, y no hay nadie que se pueda considerar exento de tener una opinión razonada, es de los intelectuales de quienes se espera un entendimiento más profundo, que en cierta forma ilumine al resto de la sociedad y le ayude a comprender la situación⁵. Sobre todo ante un régimen totalitarista, si el escritor decide asumir de manera directa este papel que la sociedad le pide, se convierte en un “activista social”, y puede gozar de bastante prestigio mientras su interpretación de los hechos coincida con lo que la sociedad espera escuchar. El problema se presenta cuando el razonamiento del escritor comienza a diferir respecto a la opinión común –o respecto a la opinión que el grupo en el poder fomenta en la sociedad: equivocado o no, es considerado una molestia más que un catalizador de ideas.

Para complicar aún más la situación que se venía desarrollando en el panorama literario hispanoamericano, nos encontramos con que la década de 1940 vio también “la popularización del existencialismo (o los existencialismos), y esto bastaría para demostrar que para el escritor el compromiso fundamental no podía sólo ser político, o estratégico” (Rodríguez Monegal, “Tradición y renovación” 141). Figura central del

⁴ Pero no caigamos en una visión maniqueísta de la situación: es cierto que ambas opciones se excluían, y que en cierta forma los escritores e intelectuales se encontraban ante una disyuntiva; pero también es cierto que hubo escritores e intelectuales que “se las ingenieron” para mantenerse como partidarios de la revolución cubana a la vez que gozaban de los beneficios que el bloque occidental ofrece para el desarrollo de la cultura –entre ellos podemos contar a Cortázar, a quien dedicaremos un espacio más amplio más adelante.

⁵ Para ver un planteamiento bastante claro acerca del papel del intelectual en la sociedad, publicado en el seno de la revolución cubana, véase “El compromiso del intelectual” de Paul Barán, en *Casa de las Américas* 7 (jul-ago 1961): 14-21.

existencialismo fue Jean-Paul Sartre, cuya actividad literaria y filosófica estuvo dedicada a demostrar “[that] men [...] direct their own affairs and must be held responsible for the course of their history, individual and collective” (Brée 30). Surgido de la crisis en que la conciencia europea quedó sumergida después de la Segunda Guerra Mundial, el existencialismo hizo objeto de sus reflexiones las contradicciones existentes entre lo que el ser humano en realidad era y lo que proclamaba ser, ya que en esta diferencia yacía el potencial para llevar a cabo actos tan terribles como los que la guerra había enmarcado:

The widespread interest in Sartre made clear how shaky current standards appeared to many. The crisis had been long in the making and has often been analyzed. World War II dramatized it. In a culture undergoing great pressures, traditional responses no longer sufficed. Whole collectivities lived the violent contradictions between proclaimed standards and facts. Thence a prevalent uneasiness and sense of guilt, a vague sense of inadequacy. (Brée 31)

Precisamente el sentimiento de culpabilidad era uno de los ejes alrededor de los cuales giraba la filosofía existencialista: “El derrumbamiento de los cuadros sociales, políticos, nacionales, ideológicos y espirituales que daban hasta ese momento consistencia [...] a la vida individual, condujo al hombre a tomar conciencia de su responsabilidad personal” (Gorri Goñi 105); la responsabilidad de una catástrofe de la magnitud de la Segunda Guerra Mundial solamente podía ser puesta sobre el ser humano. Esta toma de conciencia de la responsabilidad personal es la que llevó a Sartre, intelectual nacido en una familia burguesa, a renegar de su origen social e irse acercando cada vez más a la doctrina marxista: “Hasta los años 50, antes de la

identificación creativa de Sartre con el marxismo, el existencialismo de izquierda – ‘filosofía de la libertad’ – había sido ya una implacable crítica inmanente de la ‘razón burguesa’” (Echeverría y Castro 8). Si la clase dirigente en la sociedad europea era la burguesía, en ella recaía más que en nadie la responsabilidad por la situación que había desembocado en la guerra, en su seno debería haberse llevado a cabo la reflexión necesaria para desviar el curso de los hechos que culminaron en el conflicto armado. Figuras principales en esta reflexión que no se llevó a cabo deberían haber sido los intelectuales, por lo que en la filosofía existencialista Sartre planteaba la necesidad de crear una conciencia de compromiso social en los intelectuales; si la afirmación de Brée en su interpretación del existencialismo sartreano es correcta, los intelectuales parecen tener una carga extra sobre sus hombros, esto es, guiar con su actividad al resto de los hombres por el camino que les permita trazar una historia libre de conflictos tales como las guerras mundiales: “It is true that in the immediate postwar years in France too, masses were in motion, revolution was in the air, intellectuals were ‘committed’ –and surely none contributed more toward the new climate than did Sartre” (Dunayevskaya 191). Fue precisamente a consecuencia de su convicción en la necesidad de promover la actividad intelectual socialmente comprometida, que Sartre visitó Cuba durante los primeros años del régimen castrista –hecho que ya fue mencionado en el capítulo anterior, con ocasión del comentario hecho por Sartre acerca de la creación de una unión de escritores. Si bien la revolución cubana distó de ser un fenómeno de alcances internacionales comparables a los que tuvo la Segunda Guerra Mundial, no por eso deja de ser un acontecimiento que estremeció los cimientos del “ser hispanoamericano”, actualizando en el contexto de nuestro continente el tema del papel de los intelectuales en situaciones en que la conciencia social necesita orientación.

Pero, como hemos visto, a partir de la década del 40, gran parte de los productores de obras literarias en Hispanoamérica decidieron darle prioridad a su compromiso con las letras, comenzando a experimentar en el nivel temático y estructural de su trabajo. Las innovaciones en el campo de la temática literaria hispanoamericana tienen que ver principalmente con una nueva concepción del realismo que hasta entonces la había caracterizado: “La aparente pérdida de su actitud comprometida con el contorno será compensada con la visión e interpretación del mundo íntimo del hombre, que hasta entonces faltaba en su más profunda dimensión ontológica y existencial al realismo americano” (Roa Bastos 53). Ahora el foco de atención no será un entorno lleno de individuos, sino el individuo puesto en un entorno dentro del cual interactúa y que no solamente lo afecta, sino que también se ve afectado por él. A diferencia de los autores de lo que Vargas Llosa llamó novela primitiva, en donde “una naturaleza magnífica y temible, descrita con minucia y trémolos románticos, preside la acción [...] y es el verdadero héroe que sustituye y destruye al hombre” (186), la temática de esta nueva narrativa se centrará en el factor humano. Este aparentemente simple cambio de foco traerá consigo una increíble cantidad de consecuencias en la forma de hacer literatura en Hispanoamérica, ya que de la intrincada red de relaciones humanas surgirá un horizonte de posibilidades casi infinito. Además, al hacer al individuo el eje alrededor del cual se desarrolla la obra, se hará necesario comenzar a explorar de manera más profunda el elemento psicológico de los personajes, lo que exigirá un nivel de destreza creativa más alto: el ser humano es multifacético, por lo tanto, para poder no retratar, sino recrear de manera convincente uno sólo de sus rasgos, el escritor tendrá que echar mano de todo los recursos a su alcance.

Otro de los puntos que se señala como característico en estas obras complejas que giran en torno al factor humano es su contenido crítico. A consecuencia de la profundización en las aguas de lo inherentemente humano ha surgido también el cuestionamiento del entorno; los autores pueden aprovechar que la literatura ha alcanzado un nivel de madurez suficiente para expresar dudas, temores y críticas a través de ella. Los personajes cuentan ya con la dimensión psicológica suficiente para poder ponerlos en situaciones en que sus reacciones no se pueden predecir —esto implica que los escritores han tenido que alcanzar la madurez suficiente para darles independencia de pensamiento a los personajes. Ángel Rama hace una breve lista de los autores que se pueden inscribir en esta tendencia crítica de la narrativa que surgió a mediados del siglo pasado: José Donoso, Rodolfo Walsh, Salvador Garmendia, Carlos Fuentes, Marta Lynch, David Viñas, Guillermo Cabrera Infante, Jorge Edwards, Ricardo Piglia y Mario Vargas Llosa son algunos de los que menciona (*La novela en América Latina* 159). Si bien algunos de ellos no llegaron a figurar en la escena literaria anterior al triunfo de la revolución cubana, es evidente que su obra en cierta manera (histórica) es descendiente de la de aquellos que fueron causa y encarnaron la consecuencia de los cambios.

Es así que, para 1959, la semilla de lo que más tarde se llamaría “nueva narrativa hispanoamericana” ya se encontraba germinando. No es de extrañar, entonces, que a pesar del entusiasmo suscitado por el triunfo de la revolución entre los escritores, en la mayoría de los casos estos no consideraran la posibilidad de poner su obra al servicio directo de doctrinas políticas, según lo exigía la causa socialista adoptada a partir de los

primeros años del gobierno revolucionario⁶. Además, es necesario tomar en cuenta que el proceso de renovación que estaba sufriendo la narrativa hispanoamericana conducía a la paulatina “profesionalización” del los escritores: el que un autor pudiera vivir de las ganancias obtenidas por la venta de sus libros era un hecho sin precedentes en la historia literaria hispanoamericana⁷; esto le otorgaba cierta independencia con respecto a las demandas de compromiso suscitadas alrededor de su labor. La prioridad para muchos de los escritores hispanoamericanos en los albores de la década de los sesenta era la renovación literaria: sabían que los parámetros de valoración de su obra tendían a alejarse cada vez más de la anterior escala que tenía el reflejo fiel de la realidad social como base⁸. Por demás está decir que esta nueva forma de narrativa requeriría una nueva forma de crítica, sustentada en fenómenos internos de la obra, no tanto en las exigencias que una determinada situación social presentara. Esta visión chocaba de manera más que evidente con la estética valorada positivamente por un régimen como el cubano, en el cual se seguía el modelo de crítica denominado “análisis marxista”:

Con demasiada frecuencia, en los análisis marxistas, se ha visto a los intelectuales como meros ejecutantes de los mandatos de las Instituciones (cuando no de las clases) que los emplean, perdiendo de vista su peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre

⁶ Ya Henríquez Ureña, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949. México: FCE, 1964) identificó a Martí como “el último de los grandes hombres de letras en la América Hispánica que fueron al mismo tiempo dirigentes políticos” (165-66).

⁷ Respecto al “trabajo intelectual pagado”, afirma Viñas que hubo un momento en que era visto “como un escándalo, un abuso de confianza o una suerte de infracción ontológica. Porque que un escritor hablase de *dinero* [...] era considerado un lapsus o una obscenidad” (25-26).

⁸ Véase el apéndice que Enrico Mario Santí agrega a “La invención de Lezama Lima”, que incluye una encuesta realizada por la *Revista Mexicana de Literatura* en 1956. En ella se aborda el tema de los valores sociales y los valores literarios “en sí”.

todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas. (Rama, *La ciudad letrada* 30)

De esta manera, divididos entre quienes veían en la revolución social la mejor forma de definir las características de nuestra narrativa, y quienes pensaban que la revolución en el campo de las letras era ya una forma de coadyuvar al cambio social – sin que esto implicara incluir en las obras alusiones directas a hechos o denuncias políticos–, iniciaron el contacto con una revolución socialista en Hispanoamérica nuestros escritores e intelectuales.

3.1. Fervor revolucionario hispanoamericano

Para entender el entusiasmo que un evento como el triunfo de la revolución cubana suscitó no solamente entre las capas de intelectuales y escritores de las sociedades hispanoamericanas, sino en grupos de muy variada índole (cuyos campos de acción se derivan de la economía, la política, y la sociología, principal pero no exclusivamente), es necesario echar un vistazo a la polarización que se había estado desarrollando, durante muchos años ya, entre la América anglosajona y la América hispánica⁹. Comencemos por la básica diferencia existente entre la ideología de los habitantes de los Estados Unidos y los habitantes de Hispanoamérica: habiendo sido la de los primeros heredada del espíritu inglés, los habitantes de la Norteamérica anglosajona se dedicaron desde el primer momento de su existencia nacional a

⁹ La propia forma de colonización varió de manera dramática de un extremo al otro del continente: mientras los ingleses se dieron a la tarea de exterminar a los habitantes nativos de Norteamérica (los pieles rojas), los españoles se ocuparon en convertirlos, y en cierta forma, integrarlos al nuevo panorama internacional.

desarrollar una sociedad en la que la competencia, especialmente en el ámbito económico, culminaría con la creación de un potencia capitalista que tomaría el conocido “sueño americano” por estandarte. Con el esfuerzo individual en la base de sus valores, los Estados Unidos buscaron desde el principio ocupar un lugar preponderante en el panorama internacional, con su eje principal en el poderío económico. Por otro lado, encontramos a los países colonizados por la corona española, cuya confusión en cuanto a su propia identidad ha sido objeto de numerosos estudios; países que una vez lograda su independencia no tuvieron la frialdad de mente necesaria para establecer una jerarquía de valores bien definida, para planear sus destinos de acuerdo con prioridades que hubieran servido de guía en esos momentos iniciales. La confusión creada en Hispanoamérica desde el momento de su nacimiento como tal hizo que nos enfrentáramos a la “libertad” sin un plan para aprovecharla¹⁰. Dos de nuestros pensadores que convirtieron la cuestión de “ser hispanoamericano” en el eje de su actividad fueron José Martí y José Enrique Rodó. Las ideas de Martí han sido ya abordadas en el primer capítulo de este trabajo; baste ahora con señalar uno de los vínculos existentes entre su pensamiento y el de Rodó: la percepción en los Estados Unidos de una sociedad con principios diametralmente opuestos a los que deberían sustentar el desarrollo de los países hispanoamericanos. Haciendo una clara alusión al modo de vida norteamericano, Rodó afirma en *Ariel* que:

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del

¹⁰ Estas diferencias de fondo entre los orígenes de la ideología de los Estados Unidos y la de Hispanoamérica es abordada de manera bastante interesante, a pesar del su notorio maniqueísmo, por José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (México: Solidaridad, 1969).

espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos [...] para millones de almas civilizadas y cultas a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad en definitiva material. (18)

Es obvio que al regirse por lineamientos contrarios al espíritu que intelectuales como Martí y Rodó identifican en lo originalmente hispanoamericano, la Unión Americana ha sido considerada en distintos momentos una amenaza para la consecución del destino histórico de “Nuestra América”.

Mientras tanto, en la práctica y fiel a su política hegemónica, Estados Unidos se ha dedicado durante gran parte de su historia a confirmar las ideas de Martí y Rodó. Es bien conocida la histórica tendencia norteamericana a intervenir en asuntos internacionales que considera le traerán algún provecho directo, o le ayudarán a eliminar posibles amenazas a su posición privilegiada en el panorama mundial. Ejemplos de esta política intervencionista de los Estados Unidos son la Doctrina Monroe y la Enmienda Platt –tratadas en el primer capítulo de este trabajo–, su participación en ambas guerras mundiales, las invasiones que en distintos momentos ha lanzado contra países que sabe son económica y militarmente más débiles, su persecución a nivel mundial de la causa socialista –con uno de los ejemplos más cercanos precisamente en Cuba–, ya que en algún momento dicha causa representó un verdadero peligro a la esencia y existencia del sistema capitalista –del cual los Estados Unidos se han vuelto paradigma.

Para Hispanoamérica, que comparte el territorio continental con los Estados Unidos, todo este despliegue de poder llevado a cabo por un solo país en diversas áreas de la vida internacional no pasó inadvertido –más aún cuando ella misma había sido objeto de dichos despliegues en repetidas ocasiones. Debido a esto, cuando se presentó

la que hasta el momento era la posibilidad más fuerte de cambiar el orden del poderío internacional, muchos de los habitantes de Hispanoamérica se mostraron entusiastas. Es entonces cuando hace su entrada triunfal la revolución socialista en Cuba –se ha vuelto ya un lugar común el decir que dicha revolución se llevó a cabo en un país que se encuentra a solamente noventa millas del del gigante capitalista. Así lo describe Juan Marinello en su obra *Creación y revolución*, en donde además asevera que:

Un acontecimiento de gran jerarquía histórica atraviesa estas páginas: la Revolución cubana encabezada por Fidel Castro. Como por primera vez goza nuestro continente de un movimiento libertador situado en las vertientes del acontecer mundial, la referencia al magno suceso americano mira con frecuencia hacia perspectivas lejanas, pero no ajenas; clara señal de su singular tamaño.

(12)

El fervor revolucionario de un cubano es evidente a través de las líneas de Marinello, pero es necesario reconocer que dicho fervor no fue exclusivo de muchos de sus connacionales. Entrando ya en el terreno literario e intelectual, podemos afirmar que al menos durante el primer lustro del régimen revolucionario en Cuba, gran parte de la denominada *intelligentsia* hispanoamericana se solidarizó con este brote de rebelión anticapitalista¹¹, si bien, según veremos más adelante, el nivel y las áreas en que los intelectuales permitieron que el entusiasmo socialista afectara su labor varía de forma bastante notoria.

En el grupo de intelectuales no cubanos que expresaron con bastante énfasis su inicial adhesión a la causa revolucionaria cubana encontramos a Pablo Neruda, Mario

¹¹ Véase “La nueva novela vista desde Cuba”, de Rodríguez Monegal.

Benedetti, Carlos Fuentes, Ángel Rama, Mario Vargas Llosa, José Revueltas, Julio Cortázar, José María Arguedas, Gabriel García Márquez, etc. La lista es bastante larga, y se tratarán de manera más detallada los casos particulares de algunos de los escritores e intelectuales listados en el capítulo siguiente. Pero por ahora, baste con que tomemos algunos de los nombres más representativos, tanto por la enorme consideración que les mereció la causa revolucionaria como por su importancia para el desarrollo de la “nueva narrativa” hispanoamericana y el *boom* –tema que nos ocupará al final de este capítulo.

El primero de ellos es Carlos Fuentes, de quien afirma Jean Franco que:

Después de asistir en Belgrado a la conferencia de los países no alineados, Carlos Fuentes escribió: «Con su acción de vanguardia, la Revolución cubana ha abierto aquí el camino para que en el futuro nuestros países superen la presión unilateral que Estados Unidos ejerce a través del sistema panamericano». Tras visitar Cuba, descrita por él en el periódico mexicano *Política* como el «primer territorio libre de América Latina», Fuentes apoyó con entusiasmo la Revolución cubana, así como el efímero Movimiento Mexicano de Liberación Nacional. (57-58)

Igual testimonio del entusiasmo de Fuentes con la revolución cubana y con la persona de Castro da José Donoso en su *Historia personal del boom*, quien con una admiración que en ocasiones raya en la idolatría, describe cómo el Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción en 1962 “quedó fuertemente politizado” (57) a causa de la presencia de Fuentes, quien durante su viaje en tren a Concepción le había dicho que “después de la Revolución Cubana, él ya no consentía hablar en público más que de política, jamás de literatura; que en Latinoamérica ambas eran inseparables

y que ahora Latinoamérica sólo podía mirar hacia Cuba” (56). Y si bien esta adhesión se mantuvo a pesar de algunas de las manifestaciones más obvias del endurecimiento de la política cultural de dicho gobierno, esto se debe a que esas manifestaciones no se conocían en toda su profundidad a nivel internacional (la clausura de *Lunes*, el exilio de Cabrera Infante y la persecución de homosexuales: puntos comentados en el capítulo anterior). Prueba de este apoyo incondicional a la causa revolucionaria por parte de Fuentes en un momento en que los conflictos internos habían cambiado ya las relaciones entre el gobierno y los escritores e intelectuales cubanos, es la carta que en febrero de 1967 enviara a Fernández Retamar, la cual aprovecha para reafirmar su “permanente solidaridad con la Revolución Cubana que, como sabes, no data de ayer ni ha sido escasa en pruebas” (Fuentes, “Cartas a la Casa” 134). Dichas pruebas de solidaridad habían sido ya puestas en entredicho de manera pública a través de uno de los órganos de difusión cultural más fuertes con que contaba la revolución: la revista *Casa de las Américas*, que en el número 38 (1966) había dado a conocer en sus páginas una “Carta abierta a Pablo Neruda” (Carpentier et al. 131-35), reprochándole su asistencia al Congreso del Pen Club llevado a cabo ese mismo año; congreso en el cual Fuentes y Rodríguez Monegal fueron participantes más que activos —especialmente porque para esos años ya Rodríguez Monegal estaba al frente de *Mundo Nuevo*, revista con la cual Fuentes colaboró en muchas ocasiones¹². Ya para 1969, cuando en su libro *La nueva novela hispanoamericana* Fuentes incluye otra declaración en la que respecta a la revolución cubana, se puede percibir un cambio en su tono:

Presionado por estas contradicciones, sofocado el sueño de la “civilización moderna” por el encuentro del capitalismo norteamericano y las oligarquías

¹² Los casos de Neruda y Rodríguez Monegal se tratarán con más detalle en el siguiente capítulo.

criollas, el intelectual de América Latina sólo ve la perspectiva de la revolución. En las últimas décadas, y sobre todo a partir del triunfo y el ejemplo de la revolución cubana, la inteligencia de nuestros países se sitúa, mayoritariamente, en la izquierda. Pero ni el anhelo ni la pluma del escritor producen por sí mismos la revolución y el intelectual queda situado entre una historia que rechaza y una historia que desea. (29)

Es importante notar el tono más objetivo de esta mención de la causa revolucionaria cubana, ya que a pesar de que habla del “ejemplo y triunfo de la revolución cubana”, al final añade una nota que deja ver cierto desencanto con los resultados no alcanzados por dicha revolución: “El intelectual queda situado entre una historia que rechaza y una historia que desea”: algo deseado es algo no obtenido, y si Fuentes usó estas palabras para describir la situación de los intelectuales hispanoamericanos, parece implicar que estos aún se encontraban esperando una revolución que originara la historia deseada. En 1971, durante el “caso Padilla”, Fuentes se unió a los firmantes de las dos cartas enviadas a Castro –la primera expresando consternación; la segunda, conocida como la “carta de los sesenta y dos intelectuales”, comunicando “vergüenza y cólera” (*Libre* 124). Además, Fuentes emitió por lo menos en una ocasión su opinión personal acerca de los sucesos ocurridos alrededor del “caso”:

La pequeñez de la revolución cubana nos empequeñece a todos los latinoamericanos y el caso tragicómico del poeta Heberto Padilla es un caso de enanismo repugnante, indigno de Cuba, de la revolución e incluso de sus

pasajeros representantes (porque la revolución en Cuba es irreversible y durará más que Heberto Padilla o Fidel Castro). (*Libre* 131)

Diferencia enorme es la que existe entre la carta enviada a Retamar en 1967 y esta última declaración pública de Fuentes sobre la magnitud e importancia de la revolución cubana para el destino de Hispanoamérica –sin mencionar su afirmación de que Fidel era solamente uno de los “pasajeros representantes” de la revolución.

Mario Vargas Llosa es otro de los escritores que durante algún tiempo se mantuvieron fieles a la causa revolucionaria. Si bien sus manifestaciones de apoyo no fueron tan entusiastas y difundidas como las iniciales de Fuentes, este hecho no resta importancia a su solidaridad. Uno de los actos que evidencian la aprobación de la política cultural cubana por parte Vargas Llosa se lleva a cabo a través de una omisión que Rodríguez Monegal señala en “La nueva novela”: al escribir un artículo acerca de *Paradiso*, Vargas Llosa ignora todo punto relacionado con el contenido homosexual de la novela. Esto, de acuerdo con Rodríguez Monegal, es algo bastante grave, ya que el tratamiento de temas homosexuales en dicha novela de Lezama Lima es “tan importante para el desarrollo narrativo de *Paradiso* como para su formulación de una ideología cultural y una teoría de la escritura poética” (“La nueva novela vista” 653).

Sin embargo, esta fidelidad en los actos mostrada por Vargas Llosa no fue lo suficientemente convincente para el régimen cubano por mucho tiempo. Esto lo podemos ver en un comentario que Vargas Llosa mereció de parte de Roberto Fernández Retamar:

Cuando veo, por ejemplo, en una entrevista concedida por Mario Vargas Llosa, desde los Estados Unidos [...], cuando yo leo aquí que el papel “que debe

cumplir un escritor dentro de cualquier sociedad es una función crítica permanente”, me doy cuenta, con un ejemplo muy concreto, de cómo un compañero que vive fuera del ámbito de la Revolución empieza a mostrarnos claramente la divergencia, la abertura de compás en el uso de un lenguaje. (Dalton et al. 80)

Esta “divergencia [...] en el uso del lenguaje” es ya indicio de que el pensamiento expresado por Vargas Llosa no es considerado del todo favorable desde la perspectiva cultural cubana. De hecho, el rompimiento total de las relaciones entre Vargas Llosa y el gobierno revolucionario se daría dos años después, de manera mucho más espectacular que el de Fuentes¹³. Así lo muestra el intercambio de correspondencia sostenido entre Vargas Llosa y Haydée Santamaría, directora de Casa de las Américas. En carta del escritor a Santamaría escrita el 5 de mayo de 1971, Vargas Llosa anuncia su renuncia al comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*, y la cancelación de un curso que tenía proyectado impartir en Cuba a principios de 1972. Esto a consecuencia de la actitud tomada por Castro para con la intelectualidad internacional después del “caso Padilla”: “Comprenderá que es lo único que puedo hacer luego del discurso de Fidel fustigando a los «escritores latinoamericanos que viven en Europa», a quienes se nos ha prohibido la entrada a Cuba” (*Libre* 122). La respuesta de Haydée Santamaría descarga toda una serie de reproches en contra de Vargas Llosa; reproches que van desde su colaboración en la mencionada carta a Castro, pasando por su negativa a donar el importe del premio “Rómulo Gallegos” que

¹³ Ambas rupturas se relacionaron de manera directa con el “caso Padilla”, ya que Vargas Llosa, al igual que Fuentes, se encontraba entre los firmantes de las cartas que el grupo de intelectuales europeos y latinoamericanos enviaron a Fidel mostrando su desacuerdo con las acciones llevadas a cabo en el marco de dicho “caso”.

obtuvo en 1967 a la causa revolucionaria del Che Guevara, hasta la puesta en duda de su verdadero interés en la causa revolucionaria durante sus últimas visitas a la isla: “Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de Casa de las Américas, que por supuesto no obtuvo, para la desprestigiada revista *Libre*” (*Libre* 122-24). Como ya se dijo, en la citada carta de Vargas Llosa a Santamaría, éste renunciaba al Comité de *Casa de las Américas*, poniendo punto final a su relación tanto con la revista como con el gobierno encabezado por Fidel Castro. Esta actitud de Vargas Llosa fue criticada también por un grupo de escritores peruanos –Alejandro Romualdo, Reynaldo Naranjo, Winston Orrillo, Gustavo Valcárcel, Washington Delgado, Alejandro Peralta, entre otros– que con ocasión del “caso Padilla” enviaron a Cuba una escrito titulado “Llamamiento de los premios nacionales de literatura del Perú a los intelectuales de la América Latina”. En dicho texto, además de afirmar que: “Creemos nuestro ineludible deber de escritores manifestar nuestra plena solidaridad con los postulados del socialismo que hoy ejemplifica la patria de Martí” (Romualdo et al. 145), el grupo de escritores dedica a Vargas Llosa líneas del siguiente tono:

Creemos que dentro de esta campaña tendiente al desprestigio de la imagen de la Revolución Cubana, la carta del escritor Vargas Llosa no es sino un capítulo más de ella, que no representa la opinión general de la intelectualidad revolucionaria peruana. Como escritores que vivimos en los avatares de la Revolución Latinoamericana, desde dentro, y no desde “capitales de la cultura occidental”, debemos manifestar a la opinión pública mundial, que la línea de Vargas Llosa y de algunos otros “exiliados voluntarios” no es ni ha sido nunca una línea de combate. (145)

Interesante planteamiento de la situación es el que hacen los escritores peruanos, ya que de hecho usan la postura de Vargas Llosa para sustentar la suya propia, llegando a asegurar que a ellos no les sorprende ni decepciona la actitud del autor de *La ciudad y los perros*, pues conocían de antemano que su relación con la revolución cubana era la de un “turista de concursos literarios” (145).

El tercer representante de la (en distintos momentos) entusiasta intelectualidad hispanoamericana ante el fenómeno de la presencia de un régimen socialista en Hispanoamérica es Julio Cortázar, quien se las arregló para contar con la aprobación del gobierno castrista a pesar de ser uno más en el grupo de los escritores latinoamericanos radicados en Europa –a este respecto, es importante el hecho de que la firma de Cortázar no haya estado entre las que aparecían al final de la carta de protesta de los sesenta y dos intelectuales. Pero más peso aún que el hecho de su establecimiento en Europa pudo haber tenido su ideología estética: siendo uno de los más fuertes promotores de la literatura fantástica, Cortázar supo mantener –en la mayoría de los casos– su credo estético sin afectar los lazos que lo unían a la causa revolucionaria cubana. Una de las excepciones es el cuento “Reunión” contenido en *Todos los fuegos el fuego*, donde Cortázar abandona totalmente la línea de la narrativa fantástica¹⁴ para convertir el relato en una especie de encomio de la causa revolucionaria. Ficcionalizando los hechos ocurridos entre el desembarco del núcleo de la guerrilla castrista y su arribo a la Sierra Maestra, Cortázar identifica al narrador de la historia con el Che Guevara: el cuento rebosa de planteamientos ideológicos pro-revolucionarios, desde identificar al dictador contra quien se organizan los guerrilleros con un babuino, hasta comparar al

¹⁴ Otra ocasión en que Cortázar inclina la balanza creativa a favor del compromiso social es en el *Libro de Manuel* (1973), a pesar de que en la primera página de dicho *Libro* advierte que: “Los propugnadores de la realidad en la literatura lo van a encontrar más bien fantástico, mientras que los encaramados en la literatura de ficción deplorarán su deliberado contubernio con la historia de nuestros días” (11).

orquestador de la rebelión (un personaje que representa a Castro) con un Moisés que “separa las tierras de las aguas para que al fin, alguna vez, nazca una patria de hombres en un amanecer tembloroso, a orillas de un tiempo más limpio” (Cortázar, “Reunión” 70). Pero si la obra literaria de Cortázar presenta algunos ejemplos de excepciones a la línea fantástica que por lo general siguió, en lo que toca a sus pronunciamientos extraliterarios la excepción se convierte en regla, ya que Cortázar fue un promotor incansable de la idea de que el compromiso revolucionario no es irreconciliable con la libre creación literaria. Ejemplo de uno de sus discursos conciliadores de la narrativa no explícitamente comprometida y una fe sincera en la revolución se da en el marco de su contribución a la recopilación de textos titulada *Literatura y arte nuevo en Cuba*:

Por mi parte, creo que el escritor revolucionario es aquel en quien se fusionan indisolublemente la conciencia de su libre compromiso individual y colectivo con esa otra soberana libertad cultural que confiere el pleno dominio de su oficio. Si ese escritor, responsable y lúcido, decide escribir literatura fantástica, o psicológica, o vuelta hacia el pasado, su acto es un acto de libertad dentro de la revolución, y por eso es también un acto revolucionario aunque sus cuentos no se ocupen de las formas individuales o colectivas que adopta la revolución.

(Cortázar, “Algunos aspectos” 274)

Respondiendo a una encuesta realizada por *Casa de las Américas*, Cortázar envió una carta a Fernández Retamar en 1967 –publicada en el número 45 de la revista (nov-dic 1967)–, donde hacía una apología del efecto que la revolución cubana había tenido en su vida. La carta desborda de adjetivos glorificantes y alusiones afectivas al pueblo cubano, pero baste decir que en dicha carta Cortázar declara su “convicción en

un futuro socialista de la humanidad” (9). Si bien Cortázar deja ver a través de su texto que su corazón está con la causa socialista, tiene buen cuidado de aclarar que su cerebro sigue siendo el de un “cronopio que [...] escribe, para su regocijo o su sufrimiento personal, sin la menor concesión, sin obligaciones ‘latinoamericanas’ o ‘socialistas’ entendidas como *a priori*¹⁵ pragmáticos” (9). Pero el momento de hacer (nuevamente) concesiones, de escribir respondiendo a obligaciones latinoamericanas, y en gran medida socialistas, llegó para Cortázar en ocasión del ya mencionado “caso Padilla”. Como ya se dijo anteriormente, se negó a aparecer entre los firmantes de la carta de protesta dirigida a Castro¹⁶; y dando una muestra más de solidaridad, escribió un poema titulado “Policrítica en la hora de los chacales”, en el cual se suma a la voz que denuncia a los enemigos de la revolución cubana, chacales que solamente están a la espera de alguna oportunidad para atacar: “Fabricarán una vez más la mentira que corre, la duda que se instala” (*Libre* 126), dice uno de los versos. El valor literario del poema es nulo, y creo que también lo es el valor político que Cortázar intentó darle: el mensaje que trata de transmitir parece bastante forzado, y a pesar de la energía que pretendió infundirle insertando conceptos y frases “impactantes” –entre las que se encuentran “basura”, “semen”, “tripas”, “mierda autóctona”, “reputa madre que los parió”, “se masturba”, etc.–, el efecto que logra dista de ser profundo.

Un par de años antes, en un debate abierto entre Cortázar y Óscar Collazos principalmente (pero también con la participación de Vargas Llosa) en las páginas de

¹⁵ El plural “*a priori*” es del original.

¹⁶ Sin embargo, sí firmó un telegrama enviado a Haydée Santamaría y una primera carta enviada a Castro con motivo de la detención de Padilla. La diferencia entre esos dos primeros documentos y la carta de los 62 intelectuales reside en que esta última era una protesta por el curso que habían tomado los hechos –la autocrítica de Padilla–, mientras que los anteriores expresaban solamente consternación ante la inesperada detención del poeta, pero reafirmaban su confianza en que tanto el régimen como la Casa de las Américas se encargarían de hacer justicia a Padilla. La situación específica en que fue enviado el telegrama a Santamaría es descrita por Juan Goytisolo en “El gato negro de la Rue de Bièvre.” *Vuelta* 124 (marzo 1987): 14-17.

Marcha, se había tratado de manera directa la concepción estética y la posición política de Cortázar. Óscar Collazos, que fue quien inició el debate, afirmaba al “analizar” un fragmento de *La vuelta al día en ochenta mundos* que: “El planteo de Cortázar, entre líneas, es simple: autorizar, ‘legalizar’, dar no sólo como posible sino también como válida esta dicotomía, esta escisión del ser político y del ser literario. Pero también sentar un profundo menosprecio por la realidad que pone en entredicho” (Collazos et al. 15).

Partiendo de esa hipótesis inicial, Collazos desarrollaba toda una línea de pensamiento de acuerdo con la cual la escritura de Cortázar hacía todo menos reflejar el compromiso revolucionario que en otros medios se preocupaba tanto por anunciar. Este debate continuó con las respuestas de Cortázar y Vargas Llosa, y finalizó con una contrarrespuesta de Collazos a Cortázar. A pesar de la razón que podría concederse –al menos en parte – a los argumentos de Collazos, a través del desarrollo del debate Cortázar se vio en ventaja debido a que su respuesta venía expresada en una prosa argumentativa cuidadosamente elaborada, con la cual se encargó de invalidar de manera bastante efectiva los puntos hechos por su detractor. Podemos citar como ejemplo un fragmento en el que Cortázar refuta la idea expresada por Collazos de que los escritores latinoamericanos sufren del “complejo de inferioridad del colonizado” (31):

Ninguno de los novelistas que cita, incluido el que esto escribe, tiene el menor sentimiento de inferioridad frente a la cultura extranjera, ni como creador ni como teorizador, y precisamente porque no lo tiene es capaz de inventar, aprovechar o perfeccionar las técnicas más diversas con una total naturalidad y autenticidad, sin siquiera ocurrírsele que coinciden o derivan de experiencias literarias foráneas. (39-40)

En lo tocante a la inclusión de Cortázar en el grupo de intelectuales radicados en Europa, bastante ilustrativo es otro debate que tuvo lugar en esta ocasión con José María Arguedas, quien precisamente después de haber leído la mencionada carta que enviara Cortázar a Retamar en 1967, publicó una crítica al “cosmopolitismo” que Cortázar encontraba tan edificante para los escritores hispanoamericanos, que al igual que él habían salido de sus respectivos países para asentarse al otro lado del Atlántico¹⁷.

Finalmente, tenemos a otro de los innegables del *boom*: Gabriel García Márquez. Al igual que Cortázar, García Márquez fue capaz de mantenerse en el grupo de escritores partidarios de la revolución cubana, a pesar de las críticas directas que en ocasiones merecieron de su parte algunas acciones del régimen. Ejemplo de esas críticas fue la que alzó con ocasión de la recomendación que hiciera Haydée Santamaría a los jurados del premio Casa de las Américas en 1969: “Aconsejó a los jurados que adjudicaran los premios a escritores latinoamericanos que vivieran en sus países, y no a aquellos que vivieran en el extranjero” (Franco 134). En cuanto a la crítica de García Márquez, apunta Franco que: “Hizo notar que la defensa incondicional de Cuba definía al *intelectual de izquierdas latinoamericano*”¹⁸ (134). La situación de García Márquez ante la revolución cubana presenta la particularidad de que el autor de *Cien años de soledad* era partidario del socialismo aun antes del triunfo de la revolución en Cuba —a diferencia de Fuentes y Cortázar, cuyo interés en la doctrina marxista nació a partir de su contacto con el gobierno castrista. García Márquez relata su entusiasmo ante el movimiento popular que hizo claudicar en 1958 al presidente de Venezuela, el general Marcos Pérez Jiménez, e incluso comenta que “entre el gobierno de Venezuela [posterior al golpe] y la Sierra Maestra se estableció una complicidad sin disimulos”

¹⁷ Esta polémica se encuentra recogida en las páginas del número de *Marcha* publicado el 30 de mayo de 1969.

¹⁸ Cursivas del original.

(García Márquez 86). En 1968, en entrevista concedida a Armando Durán, García Márquez afirmó su convicción de que: “Tarde o temprano el mundo será socialista, quiero que lo sea, y mientras más pronto mejor” (Durán 37). Muestra de esta solidaridad hacia los movimientos revolucionarios socialistas fue su donación del monto del premio “Rómulo Gallegos” en 1972 al “proscrito partido MAS¹⁹ de Venezuela” (Franco 133) – acción que ya había sido requerida por el gobierno cubano de Vargas Llosa en 1967, con el resultado que se mencionó con anterioridad. En cuanto a su opinión de la literatura “revolucionaria” y del compromiso de los escritores, García Márquez comentaba en la misma entrevista concedida a Durán que:

Después de tantos años de esa literatura empedrada de buenas intenciones [comprometida], no hemos logrado tumbar con ella a ningún gobierno y, en cambio, hemos invadido las librerías de novelas ilegibles y hemos caído en algo que ningún escritor ni ningún político pueden perdonar: hemos perdido nuestro público [...]. Yo pienso que nuestra contribución para que América Latina tenga una vida mejor no será más eficaz escribiendo novelas bien intencionadas que nadie lee, sino escribiendo buenas novelas [...]. En síntesis, creo que el deber revolucionario del escritor es escribir bien. Ése es mi compromiso. (37)

Pero si García Márquez no aceptó la consigna de escribir literatura comprometida, esto no quiere decir que su obra haya estado libre de toda alusión a la problemática política, social o económica de Hispanoamérica; prueba evidente de esto es la inclusión de pasajes como el de la masacre de trabajadores perpetrada por la

¹⁹ Movimiento al Socialismo, nacido de la división del Partido Comunista de Venezuela. Para una visión más completa de la situación del socialismo en Venezuela véase el trabajo de Teodoro Petkoff, “La división del Partido Comunista de Venezuela”, en *Libre* 19-37.

compañía bananera norteamericana, o la serie de revoluciones infructuosas llevadas a cabo por el Coronel Aureliano Buendía en *Cien años de soledad*²⁰. Un caso más sutil, que alude directamente a la gesta revolucionaria en Cuba, es el que detecta Clive Griffin en la misma novela:

The choice of a character called General Moncada to whom Ursula talks after receiving a message from Santiago de Cuba is not fortuitous [...]. Subsequent events in the novel lead to General Moncada's insight that so much fighting against the military had made Colonel Aureliano Buendía indistinguishable from them. (88-89)

En cuanto a su posición ante el “caso Padilla”, si bien García Márquez no estuvo entre los firmantes de ninguna de las cartas dirigidas a Castro por el grupo de intelectuales europeos y norteamericanos, tampoco se sumó al “Mensaje de intelectuales colombianos”²¹ que expresaba a Castro su “creciente admiración por la espléndida obra que en el terreno intelectual ha adelantado la Revolución bajo su eminente dirección” (De Greiff et al. 164). Su opinión al respecto fue dada a conocer en una entrevista llevada a cabo por Julio Roca, periodista del *Diario del Caribe*. En dicha entrevista García Márquez afirma que el discurso pronunciado por Fidel Castro en ocasión de la autocrítica de Padilla fue manipulado por la prensa internacional, con lo que se logró

²⁰ De manera indirecta, la labor literaria de García Márquez desató en 1972 una polémica entre dos intelectuales con opiniones opuestas sobre del régimen cubano: Ángel Rama y Mario Vargas Llosa. Llevada a cabo originalmente en las páginas de *Marcha*, más tarde fue recopilada en un volumen titulado *García Márquez y la problemática de la novela* (Buenos Aires: Corregidor-Marcha, 1973). Lo que se inició como una polémica en torno al libro *García Márquez: historia de un deicidio*, publicado por Vargas Llosa, se convirtió en ciertos momentos en un foro de enfrentamiento de ideologías estético-políticas.

²¹ En “Posiciones”, recopilación de documentos de apoyo al régimen revolucionario que llevó a cabo *Casa de las Américas* en el número 67 (jul-ago 1971).

darle el tono represivo que presentó ante los observadores de otros países; pero hablando de la autocrítica pronunciada por Padilla, asevera que su tono “es tan exagerado, tan abyecto, que parece obtenido por métodos ignominiosos” (*Libre* 136). Aún así, concluye reafirmando su adhesión a la causa revolucionaria, ya que “nuestra solidaridad con ella no puede afectarse por un tropiezo en la política cultural, aunque ese tropiezo sea tan grande y tan grave como la sospechosa autocrítica de Heberto Padilla” (*Libre* 136).

Habiendo presentado los casos de cuatro de los escritores/intelectuales que son considerados representativos de las letras de sus respectivos países e integrantes del selecto grupo del *boom* de la narrativa, podemos ahora abordar brevemente los comentarios de otros intelectuales que de alguna forma u otra percibieron la importancia que tuvo el triunfo de la revolución cubana desde el punto de vista cultural. Uno de ellos es el ya mencionado Emir Rodríguez Monegal, quien en “La nueva novela vista” declaraba que: “Sólo se puede entender esta importancia si se recuerda que lo que dice (o no dice) la crítica cubana sobre un determinado autor, un determinado libro o una determinada publicación, habrá de reproducirse fielmente a lo largo y a lo ancho del continente latinoamericano” (648-49).

Una vez más se hace patente el lugar ocupado por la revista *Casa de las Américas*, no solamente en su papel de medio de difusión de la vida cultural cubana, sino como organizadora de congresos y concursos que reunían a personalidades provenientes de muy distintas latitudes del mundo artístico y literario: “A través de ellos [los premios] la isla acosada [...] defendía y ampliaba su lugar en una comunidad de cultura de la que sus enemigos se habían jurado expulsarla” (Halperín Donghi 148). Un caso extremo de fervor literario derivado de la revolución es presentado por Óscar Collazos, quien en el primero de sus artículos incluidos en *Literatura en la revolución*

llega a afirmar que los discursos políticos de Castro son una forma de “discurso literario” que “podría ser la fuente de un tipo de literatura cubana de la revolución” (17).

Pero si tratamos de ver ambos extremos en la línea de interpretación del triunfo de la revolución, podemos darnos cuenta de que la mayoría de los intelectuales situados ya sea en uno o en el otro tenían bases críticas bastante fuertes contra aquellos que estaban en el extremo opuesto. Es en esta aceptación de los puntos a favor y en contra de ambas posiciones donde se puede encontrar un acercamiento más productivo a la realidad de la experiencia revolucionaria cubana. Después de todo, cualquier concepción maniquea del mundo no hace más que limitar la visión del observador, impidiéndole ver el panorama completo:

Al suprimir toda crítica a aquellos países socialistas que apoyan activamente los movimientos de liberación nacional en la América Latina, a los intelectuales de izquierda se les acusa de ser dogmáticos: traicionan su papel de reformadores y críticos [...] Por otra parte, a los intelectuales liberales que no apoyan a los movimientos de liberación nacional y critican sin distinción de signo ideológico cualquier dictadura política se les acusa de mitigar todo ataque directo a los Estados Unidos: traicionan así su conciencia social. (Santí 25)

Cerremos este apartado con una cita de Edmundo Desnoes, cubano que en el marco de un coloquio de intelectuales llevado a cabo en 1979, en los Estados Unidos, expresó su creencia de que “todos somos manipulados, lo importante es saber usar y saber dejarse usar sin desequilibrios mortales” (Desnoes 258). Planteada de esa forma, la cuestión parece bastante simple, pero dista de serlo: ¿qué se considera un “desequilibrio mortal” entre el usar y ser usado? Es obvio que para los escritores cuyos

casos hemos tratado con más detalle en esta sección (Fuentes, Vargas Llosa, Cortázar y García Márquez) mantener ese equilibrio resultó bastante difícil, y en algunos casos imposible. Esto puede deberse a que el hilo sobre el cual intentaron mantenerse estaba tendido entre dos bases sostenidas por intereses en pugna, que podían proporcionar todo menos estabilidad para la aparición de un punto firme de apoyo. Las tensiones entre la conciencia crítica/creativa de un escritor y un sistema que intentaba imponer un compromiso social a esa conciencia fueron demasiado fuertes, ocasionando los conocidos rompimientos (Fuentes y Vargas Llosa) o acercamientos condicionados (Cortázar y García Márquez). La característica que todos ellos comparten en su actitud ante la revolución cubana es que ninguno estuvo dispuesto a poner su obra creativa completamente a disposición de la causa revolucionaria. Es cierto que Cortázar hizo algunas concesiones prácticas, y que García Márquez pudo haber tomado elementos de la revolución para la elaboración de alguna de sus obras, pero ninguno de los dos convirtió su simpatía por el régimen cubano en el sustento de su actividad literaria, y ambos fueron bastante claros en sus opiniones acerca de la libertad creativa que todo escritor necesita para poder producir verdadera literatura —dos de las ocasiones en que Cortázar pareció romper su compromiso con las letras dieron como resultado un relato corto y un poema que distan de estar entre sus obras más logradas. Es por esto que podemos afirmar que en los cuatro casos hasta ahora abordados la balanza se inclinó a favor de la creación literaria, restringiendo el compromiso de los escritores al plano de los pronunciamientos sociales, políticos, o económicos en marcos apropiados para cada caso.

3.2. La revolución cubana e Hispanoamérica en el marco de la guerra fría

Bastante se ha hablado ya de la posición que han ocupado los Estados Unidos en el escenario en que se ha desarrollado la revolución cubana; se ha hablado también de que la principal causa de esta posición estadounidense es su principio de eliminación de todo elemento que represente una amenaza para su status de imperio económico y político. Pero en el caso de Cuba es necesario decir que si bien la posición del gobierno posrevolucionario era considerada una amenaza real a los Estados Unidos en la década de 1960, esto se debe al apoyo que dicho gobierno recibía del principal “enemigo” de los Estados Unidos: la Unión Soviética. Es solamente en este marco de competencia entre dos potencias internacionales que la importancia de la revolución cubana toma su dimensión real –cabe preguntarse, ¿qué hubiera pasado si Castro nunca hubiera optado por hacer del socialismo el credo político y económico del gobierno que sucedió a la dictadura de Batista?

Para los Estados Unidos lo único que significó el final de la Segunda Guerra Mundial fue un cambio en el frente de combate: de una guerra con armas de fuego se pasó a una guerra más sofisticada, una guerra que se llevó a cabo en el nivel de la tecnología (cohetes espaciales, espionaje satelital) y la cultura (publicaciones, cine, el Congreso por la Libertad de la Cultura contra el Congreso Prosoviético por la Paz) principalmente. Durante la denominada “guerra fría” se desarrollan silenciosas batallas entre los departamentos de inteligencia de los participantes, con daños no necesariamente materiales, ya que muchas veces el avance de cualquiera de las dos potencias en algún campo provocaba más que nada una desmoralización en la otra. Es necesario reconocer, sin embargo, el fondo económico que sustentaba todo este despliegue de fuerza en diversas áreas de la vida de ambos bloques. Así lo señaló C.

Wright Mills en 1960: “La auténtica victoria en el mundo actual sólo tiene un sentido: *ser el modelo para la industrialización de los países subdesarrollados*”²² (56). Y precisamente en esto radica la importancia estratégica de un régimen socialista en Hispanoamérica: Cuba se perfiló en algún momento como el modelo de las ventajas que el socialismo podía traer a los países subdesarrollados hispanoamericanos, que tenían ya un historial bastante largo de diferencias con los Estados Unidos. En otras palabras: Estados Unidos veía en los países hispanoamericanos el terreno perfecto para la proliferación del modelo económico socialista.

Los Estados Unidos hubieran podido hacer frente a este peligro si en el fondo de su política económica hubiera existido por lo menos un mínimo de interés real en el desarrollo económico de los países subdesarrollados. Pero el fondo de la ideología norteamericana era ya bien conocido a nivel internacional en aquel entonces: la búsqueda del mayor beneficio propio posible –los intereses del resto de las naciones, aun aquellas que se consideran sus aliadas, deben subordinarse al avance en los objetivos de los Estados Unidos. Viene al caso otra cita de C. Wright Mills: “Los *Estados Unidos no poseen la voluntad para dirigir la industrialización de los países subdesarrollados al ritmo que éstos están exigiendo*”²³ (58). Palabra clave en la declaración de Wright Mills: voluntad. Posición contradictoria la de Estados Unidos ante la posibilidad de la multiplicación de regímenes socialistas en Hispanoamérica, ya que si bien se daba perfecta cuenta del enorme peligro que implicaba, no se decidía a combatirlo de la única forma que le hubiera asegurado el triunfo desde el principio: el apoyo que los países hispanoamericanos requerían para encaminarse en la ruta del capitalismo. En lugar de una estrategia de saneamiento económico, su intervención se

²² Cursivas del original.

²³ Cursivas del original.

limitaba a apoyar a los gobiernos (en muchos casos dictatoriales), a aplastar a las guerrillas que se les oponían.

Enfoquémonos ahora en el aspecto que nos interesa en esta guerra de múltiples frentes entre los paradigmas de las dos ideologías económicas en pugna durante la guerra fría, esto es, la estrategia cultural que adoptaron: “La cultura como instrumento político continúa y no debemos pecar de ingenuos. En esto que dicen se llama capitalismo es una válvula de escape, en sistemas de unidad cerrada es un instrumento de la formación ideológica de niños, jóvenes y ancianitos” (Desnoes 256-57).

Dos de los principales elementos con que cuenta un país (o bloque de países) para manifestar su presencia cultural a nivel internacional son los congresos y las publicaciones, y son precisamente esos dos elementos los que nos ocuparán ahora.

El foro de intelectuales que sirvió al frente norteamericano durante varios años – aunque no de manera declarada– fue el anteriormente mencionado Congreso por la Libertad de la Cultura²⁴. Pero a pesar de los múltiples atractivos que presentaba, siempre fue sospechoso a los ojos de los intelectuales de izquierda hispanoamericanos, según afirma María Eugenia Mudrovcic:

La historia política y el trayecto intelectual que desde sus orígenes había proyectado el Congreso por la Libertad de la Cultura explican, en todo caso, las reservas y los ataques provenientes de la izquierda latinoamericana. Producto típico de la Guerra Fría, el Congreso por la Libertad de la Cultura fue fundado en 1950 como un frente intelectual de la ideología anti-soviética, anti-neutralista y concomitantemente, pro-USA. (13)

²⁴ Para un estudio detallado de la historia del Congreso por la Libertad de la Cultura, véase el texto de María Eugenia Mudrovcic, *Mundo Nuevo. Guerra Fría en la década del 60* (Rosario: Beatriz Viterbo, 1997).

Su contraparte fue el Congreso Prosoviético por la Paz, que si bien no podía explotar las ventajas de ser el representante del canon artístico occidental, no por esto dejó de atraer a intelectuales y artistas de gran importancia en el ámbito internacional. Entre estos últimos podemos contar a Pablo Picasso, quien, de acuerdo con Jean Franco, diseñó su paloma de la paz para el Congreso Prosoviético (47). A nivel hispanoamericano, Cuba también se preocupaba por abrir espacios que sirvieran para la expresión de la izquierda intelectual internacional; ejemplo de esto es el Congreso Cultural de la Habana, llevado a cabo en 1968, durante el cual “los trabajadores de la cultura discutieron con ahínco, no solamente el temario sino las realizaciones culturales de la revolución cubana” (“Congreso Cultural” 109-10).

En el terreno de las publicaciones culturales con relevancia a nivel hispanoamericano, tenemos a *Mundo Nuevo* representando los intereses capitalistas, y a *Casa de las Américas* con igual responsabilidad para con los intereses socialistas. La importancia de *Casa de las Américas* ha sido abordada ya en varias ocasiones a través de este trabajo, tanto por su rol de arma antibloqueo cultural como por su serio compromiso con la difusión de la cultura y literatura hispanoamericanas más allá de las fronteras continentales. De *Mundo Nuevo* se ha dicho que fue dirigida por Emir Rodríguez Monegal, y ahora podemos agregar que uno de sus colaboradores más entusiastas fue Carlos Fuentes²⁵. Revista que fue relacionada desde su fundación con el Congreso por la Libertad de la Cultura –en cuestiones de financiamiento principalmente–, *Mundo Nuevo* fue contagiada con la imagen de “arma cultural del capitalismo”, por lo que a pesar del prestigio que alcanzó no pudo librarse del estigma

²⁵ Mudrovic afirma que en la entrevista concedida por Fuentes a Rodríguez Monegal para el número inaugural de *Mundo Nuevo* (“Situación del escritor en América Latina”), el autor de *La región más transparente* y “representante ‘oficial’ de la imagen espectacular que promueve la revista, aparece desplegando una congestión de lugares comunes construida a partir de la superposición del mito de la modernidad latinoamericana y el mito de la modernidad universal” (61).

impuesto por la crítica de la izquierda hispanoamericana: “Cada vez que pudo, la revista habló del vacío de recepción con que la izquierda la había castigado, vacío al que, en un lenguaje típico de la Guerra Fría, dio en llamar ‘el boicot cubano contra *Mundo Nuevo*’” (Mudrovic 12).

Recordemos que a través de las páginas de ambas publicaciones se estaba disputando la hegemonía en el campo cultural hispanoamericano de uno de los dos modelos económicos en pugna: tal vez los dirigentes y funcionarios políticos no tienen, en muchas ocasiones, un interés real en la vida cultural (nacional o internacional), pero la mayoría de ellos son capaces de ver el papel tan importante que la cultura puede jugar en los momentos de crisis²⁶. Es por esto que cuidan de depositar la responsabilidad de la cultura y su difusión en manos de intelectuales capaces, y de ser posible, pertenecientes a la misma línea política del gobierno en cuestión. Acerca del tipo de intelectuales que rodeaban a cada una de las publicaciones aludidas en la lucha cultural socialismo/capitalismo, Mudrovic nos dice:

Pero más allá del vínculo directo o indirecto entre *Mundo Nuevo*, el Congreso por la Libertad y la Cultura y la estética imperialista, lo que en ese momento se estaban disputando *Casa de las Américas* y *Mundo Nuevo* era la imposición de dos modelos excluyentes de intelectual latinoamericano. Frente al modelo de intelectual “comprometido” y “militante” [...] propuesto por el discurso de la Revolución Cubana, *Mundo Nuevo* diseña un modelo construido sobre la base de

²⁶ Ejemplo de esto es el uso político que se le ha dado a la campaña de alfabetización llevada a cabo en Cuba durante los primeros años del gobierno revolucionario: si bien los fracasos económicos han sido muchos y muy importantes a través de la historia de dicho gobierno, en los momentos en que la situación parecía no presentar ningún aspecto positivo Castro no tenía que hacer nada más que recordarle al pueblo el esfuerzo sobrehumano que una empresa del tamaño de la campaña de alfabetización requirió para calmar los ánimos; entonces, los cubanos, convencidos de la buena voluntad de su gobernante, hacían gala de su paciencia ante las adversidades.

las tensiones y contradicciones de la sociedad de consumo, una suerte de superestrella o una versión actualizada de *dandy* del espectáculo. (60-61)

Intelectual: figura que puede convertirse casi en un héroe en momentos de crisis, pero que también puede ser señalado como responsable de la ideología reaccionaria de una sociedad: “El único factor de transformación que veo en estos países es, en sentido amplio, la clase intelectual. Por lo tanto, *si las transformaciones revolucionarias no tienen lugar, la culpa es del intelectual*” (Wright Mills 67).

3.3. La revolución cubana y el *boom* de la narrativa hispanoamericana

Mucho se ha discutido la existencia real del denominado *boom* de la narrativa hispanoamericana, y en las ocasiones en que se le ha concedido un lugar en la historia del desarrollo de dicha narrativa, la discusión se ha prolongado en lo tocante a los factores que lo hicieron posible. Hay quienes consideran que el *boom* fue una creación exclusivamente editorial, algunos otros reconocen la importancia de dicha instancia, pero no dejan de otorgar crédito a la calidad de las obras que se editaron en el marco del estallido, y finalmente, están los que creen firmemente que el *boom* hubiera existido con o sin la participación de las grandes editoriales internacionales. En esta ebullición de ideas, hay quien también ha opinado que uno de los focos de atención más importantes a nivel internacional en la década de 1960, década en que se dio el estallido narrativo, era precisamente el recién inaugurado régimen revolucionario en Cuba: al dirigir la mirada hacia la isla y su actividad revolucionaria, era difícil que la vida política y cultural del resto de Hispanoamérica no entrara en el campo de visión de los

observadores europeos. A cada una de estas posiciones dedicaré algún espacio ahora en este trabajo.

En su prólogo a *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*, Ernesto Mejía Sánchez presenta una breve historia del desarrollo editorial hispanoamericano, que recibió la influencia española desde épocas anteriores al *boom*; la guerra civil española es un ejemplo claro:

La emigración española infundió vigor intelectual y editorial en varios países latinoamericanos. La editorial Losada de Buenos Aires fundó la serie de “Novelistas de España y América”, donde comenzaron a publicar nombres nuevos o poco conocidos como Juan Carlos Onetti, Adolfo Bioy Casares, Bernardo Verbitsky, Alfredo Pareja-Díez-Canseco, Alberto Ortiz, Marta Brunet, etcétera, que consiguieron atención continental. (13)

A pesar de que la atención que en aquel entonces consiguieron las obras editadas fue solamente “continental”, el hecho marca ya un punto de referencia en la historia de las publicaciones en Hispanoamérica, especialmente debido a que la intercomunicación cultural hispanoamericana nunca ha sido óptima. Sin embargo, este intento de internacionalización a nivel continental no es reconocido por todos los escritores, ya que hay quienes, al igual que José Donoso en su *Historia personal del boom*, afirman que “antes de 1960 [...] las novelas de cada país quedaban confinadas dentro de sus fronteras, y su celebridad y pertinencia permanecía, en la mayor parte de los casos, asunto local” (19). Pero yendo unos cuantos años más atrás, en la década de 1930, que es en la que se lleva a cabo la emigración española a consecuencia de la guerra civil, Mejía Sánchez cita algunos ejemplos del incipiente interés que ya las obras de narrativa

hispanoamericana estaban provocando ante los ojos de los editores españoles:

“Editoriales como Cenit, España, Oriente, en Madrid, editan las *Leyendas de Guatemala* (1930), *El tungsteno* (1931) y *Ecué-Yamba-O* (1933)” (12), además de que “La *Revista de Occidente* da amplia acogida a la *négritude* y el faulknerismo de Lino Novás Calvo: Espasa-Calpe publica *El negrero* en 1933 y su traducción de *Santuario* en 1934” (12).

Si bien Mejía Sánchez y Donoso difieren en cuanto a la importancia que la narrativa hispanoamericana había logrado alcanzar antes de la década de los sesenta, ambos coinciden en el reconocimiento de la existencia y trascendencia del *boom*. Más escépticos ante el fenómeno del *boom* se muestran otros intelectuales, entre ellos David Viñas, quien ofrece la siguiente definición: “El búm: estallido instantáneo, sorpresivo, asombroso. Pero, sobre todo, espectacular. Y, me sospecho, fugaz” (15). La posición de Viñas se deriva del hecho de que para él, el *boom* fue principalmente un acontecimiento manejado a conveniencia por Europa: “¿Fue acaso el búm la voz privilegiada que le otorgó el oído metropolitano al cuerpo de América Latina?” (16). Ese “otorgamiento” implica que no importa cuánta calidad hubieran tenido las obras de los narradores hispanoamericanos: si la metrópoli nunca se hubiera decidido a prestarles oído, éstas nunca hubieran sobresalido de la manera que lo hicieron. Un tono más conciliador tiene la posición de Rodríguez Monegal, quien tocando una vez más el cuestionamiento de las bases reales del *boom* se inclina hacia el lado literario de la cuestión: “La existencia o inexistencia del *boom* ha sido discutida en términos puramente publicitarios, y eso me parece del todo trivial. Lo que importa es la creación”²⁷ (“La nueva novela de Latinoamérica” 102). Pero, ¿qué de particular tenía la creación literaria de los autores

²⁷ Véase una serie de cuatro artículos de Rodríguez Monegal titulados “Notas sobre (hacia) el boom” publicados originalmente en *Plural* de enero a mayo de 1972, e incluidos en su totalidad en un sitio de internet dedicado a su autor: <<http://mll.cas.buffalo.edu/rodriguez-monegal/bibliografia/prensa/artpren/plural>>.

del *boom*? Al respecto podemos encontrar muy variadas opiniones, tanto de los observadores periféricos como de los protagonistas.

Detectando lo que algunos autores consideran la preparación para el auge de la narrativa hispanoamericana, Mejía Sánchez hace referencia a la obra de Carpentier y Asturias, quienes lograron ocupar un “lugar excepcional en la cultura europea con premios, críticas y traducciones” (14). En su opinión, Asturias y Carpentier habían logrado darle ya una personalidad propia a la narrativa hispanoamericana, no solamente a través de elementos exotistas, sino también haciendo uso de “la mezcla conscientemente artística de la lírica y la épica; la disolvencia de los estrictos cánones narrativos; los contrastes de voces de diferente estructura social” (14-15). Ya en plena década de los sesenta, Fuentes hablaba desde su experiencia personal del despunte de la narrativa hispanoamericana a nivel internacional, y afirmaba que: “Editores, lectores y críticos [internacionales] nos dan en cierto modo una lección, puesto que insisten, con toda razón, en considerar la literatura latinoamericana como un todo” (Fuentes, “La situación” 21). Sin profundizar en el efecto “manipulador” que sobre la narrativa hispanoamericana podían ejercer estos editores, lectores y críticos extranjeros, Fuentes estaba consciente ya de la importancia que el ámbito literario internacional podía tener para la futura proyección de la narrativa hispanoamericana. Otro de los protagonistas indiscutidos del *boom*, Mario Vargas Llosa, también aborda la situación “saludable” de la narrativa hispanoamericana, y la compara con “la novela europea y norteamericana [que] agoniza entre herméticas acrobacias formalistas y una monótona conformidad con la tradición”, y se alegra, a pesar de que “la salud de una narrativa suele significar una crisis profunda de la realidad que la inspira” (197).

Contenido exotista, “crisis profunda de la realidad que la inspira”, “disolvencia de los estrictos cánones narrativos”, son solamente algunas de las características de la

narrativa hispanoamericana que más interés han despertado en el contexto literario internacional, de acuerdo con algunos escritores y estudiosos de la literatura. Existe una, sin embargo, que desde mi punto de vista es básica y que ya ha sido notada en varias ocasiones, pero a la cual no se le ha prestado la debida atención: la base lingüística de la narrativa²⁸. Aparte de estas características internas de la narrativa, tenemos el marco sociocultural del continente, en el cual se le puede conceder un puesto privilegiado a la revolución cubana:

No sólo consistió en el redescubrimiento o la aparición de ciertos autores contemporáneos –los mayores habían estado activos desde los años treinta y cuarenta, como Asturias y Carpentier–, sino en el surgimiento de una nueva y más amplia capa de lectores, de un auge editorial dentro y fuera del continente y de una especie de expectativa histórica despertada por la naciente Revolución Cubana. (Oviedo 300)

Y en la base de esta influencia positiva de la revolución cubana, muchos autores ubican la importancia de la ideología socialista²⁹: “Es un *boom* ideológico, promovido por un pequeño país sitiado pero que tiene el apoyo internacional del vasto mundo socialista y en toda la América Latina se basa en la izquierda culturalmente poderosísima del continente” (Rodríguez Monegal, “La nueva novela vista” 651). ¿Esa izquierda poderosísima incluye a todos los autores que en algún momento de su

²⁸ Rodríguez Monegal llama a las obras de la nueva narrativa “construcciones verbales” (*La nueva novela de Latinoamérica* 106) y Enrico Mario Santí las agrupa bajo el título de “la novela del lenguaje” (277).

²⁹ Véase el capítulo titulado “Novela y política en América Latina” incluido en el libro de John Beverley, *Del Lazarillo al sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana* (Minneapolis: The Prisma Institute, 1987), para una posición que relaciona el desarrollo de la novela hispanoamericana que culminó en el *boom* con la evolución de la sociedad capitalista.

existencia concedieron su apoyo a la causa cubana, aun sin ser activistas de izquierda? Si ése es el caso, es comprensible la opinión de Rodríguez Monegal, ya que como podremos ver en el siguiente capítulo, la causa revolucionaria llegó a agrupar a su alrededor a una gran cantidad de creadores y teóricos literarios. Aún así, no creo posible poder aplicar el adjetivo “ideológico” al *boom* de la narrativa, ya que lo último que busca la mayoría de las obras que se consideran causa o consecuencia del *boom* es servir de medios de persuasión ideológica pro-izquierdista. Sin embargo, Rodríguez Monegal no es el único que llegó a concebir esta posibilidad; Julio Cortázar también expresó en alguna ocasión su idea de que:

Eso que tan mal se ha dado en llamar el boom de la literatura latinoamericana, me parece un formidable apoyo a la causa presente y futura del socialismo, es decir, a la marcha del socialismo y a su triunfo que yo considero inevitable y en un plazo no demasiado largo. Finalmente, ¿qué es el boom sino la más extraordinaria toma de conciencia por parte del pueblo latinoamericano de una parte de su propia identidad? ¿Qué es esa toma de conciencia sino una importantísima parte de la desalienación? (citado en Rama, “El ‘boom’ en perspectiva” 61)

Es cierto que las opiniones de Rodríguez Monegal y Cortázar pueden parecer extremas, pero también es cierto que de alguna u otra forma la existencia de un régimen socialista en Hispanoamérica sirvió para que nuestra región geográfica ganara notoriedad en el plano mundial. Además, los cuatro indiscutibles del *boom*, “de Cortázar a Fuentes, pasando por García Márquez y Vargas Llosa [...], se adherían públicamente a la Revolución Cubana [al menos durante su primera década] e

identificaban su obra como una suerte de versión literaria de la política liberacionista que el joven régimen proclamara” (Santí 274). Aquí el tono de la afirmación varía debido a que Santí habla de “política liberacionista”, no específicamente de credo socialista, y esta política liberacionista inicial del régimen cubano, aplicada especialmente al ámbito cultural, bien mereció el apoyo de los escritores e intelectuales –ejemplo de esta primera etapa de política cultural liberacionista es el ambiente en el cual Cabrera Infante afirma que se desarrolló la primera época de *Lunes*, además de la etapa de *Casa de las Américas* bajo la dirección de Antón Arrufat. Pero esta relación de los protagonistas del *boom* con la revolución cubana no estuvo libre de contradicciones, una de las cuales es señalada por Santí: “Las opiniones políticas de sus integrantes contradecían las circunstancias materiales que aseguraban su éxito comercial y que los habían lanzado al mercado del libro” (274). Si bien muchos escritores afirman que en el mercado literario quien se lleva la mayor parte de las ganancias son los editores, el solo hecho de que en cierta manera los escritores del *boom* escribieran con miras a insertar su obra en el mercado editorial restaba mérito a su creación desde el punto de vista socialista: se estaban prestando al juego del capitalismo, donde todo se convierte en una mera mercancía.

Para cerrar este capítulo, consideremos una última opinión de Santí:

Cuba estuvo en el boom al menos como una forma de institucionalización demagógica cuyo resultado más evidente fue facilitar la recepción, aceptación y éxito de esos nuevos novelistas, sobre todo entre el público europeo y norteamericano, tan ávidos siempre de nuevos contestatarios al llamado poder hegemónico de Occidente. (274)

A pesar del tono más bien negativo que esta cita tiene, debemos leer con cuidado y ver que todo el fragmento cambia al momento de insertar un “al menos.” Santí no está tratando de cerrar otras posibilidades de influencia de la revolución cubana sobre el *boom*, pero afirma que entre todas esas posibilidades, una –la menor quizá– es precisamente la citada. En todo caso, lo que queda fuera de duda es que al momento de aproximarse a un fenómeno tan complicado como el *boom* de la narrativa hispanoamericana, es indispensable tomar en cuenta el protagonismo internacional del movimiento revolucionario cubano, ya que la década de 1960 fue el marco temporal para el desarrollo inicial de ambos fenómenos.

Capítulo IV

4. Encuentros y desencuentros de algunos escritores e intelectuales con la revolución

Seguir la actividad del gobierno revolucionario cubano a través de los ojos de los escritores e intelectuales hispanoamericanos –excepto, por supuesto, los cubanos– cuya actividad fue contemporánea a los primeros doce años del régimen castrista es de vital importancia en la tarea de formar una opinión acerca de qué tan revolucionarias eran en realidad las bases que subyacían el ejercicio del poder. Partiendo de la significación del triunfo de la guerrilla que derrocó a Batista –con la consecuente ola de fervor latinoamericanista que se desató en el continente–, y habiendo pasado los primeros momentos de fe (casi ciega) en una causa que parecía poder reivindicar al resto de los países que en algún momento habían experimentado el intervencionismo de los Estados Unidos, se llegó en muchas ocasiones a la conclusión de que la praxis de los dos extremos de la teoría económica presentan puntos luminosos y puntos oscuros –lo que recuerda la imposibilidad de perfección en cualquier área de la actividad humana. En lo que respecta a los creadores de opinión –entre quienes se encuentran los intelectuales–, no es imperdonable el que muchos de ellos se hayan dejado llevar en algunas ocasiones por el ideal de una Hispanoamérica socialista unida frente al poder hegemónico de los Estados Unidos, así como tampoco es imperdonable el que algunos otros hayan criticado esa adhesión incondicional a una causa que en ocasiones mostró incongruencias en la base de su aplicación.

En esta lucha de ideas e ideales (y siguiendo el afán clasificatorio a que toda presentación de conocimiento tiende, con los riesgos que ello implica), podemos identificar tres posiciones principales entre las muchas que cualquier trabajador del

pensamiento pudo haber adoptado ante los distintos giros que tomó la actividad del gobierno revolucionario en Cuba: la identificación plena, la desaprobación total, o el escepticismo sistemático. Pero sea cual fuere la actitud del escritor o intelectual ante cualquier manifestación de la voluntad revolucionaria cubana, el punto central es que el desarrollo de los hechos culturales bajo dicha voluntad no tendió en ningún momento a crear bases firmes para fundamentar la defensa de sus apologistas, refutar a sus detractores o convencer a los escépticos. Por el contrario, la falta de coherencia de la política cultural revolucionaria terminó por alejar a muchos de quienes en algún momento se perfilaron como entusiastas promotores del que entonces se creía era el inicio de una revolución (socialista) a nivel continental.

Máxima expresión de esta incongruencia entre el discurso demagógico que garantizaba la libertad plena en las manifestaciones culturales y la realidad que la concedía en el aspecto formal pero no de contenido –contenido que era juzgado basándose en apreciaciones muy poco objetivas–, es el anteriormente mencionado “caso Padilla”. Acerca de éste aseguró José Antonio Portuondo en conferencia de prensa reseñada por Saúl Yurkievich¹ que su “segunda etapa”, la de represión directa, “nada tiene que ver con la literatura. Heberto Padilla es encarcelado por haber pasado información a los enemigos de la Revolución [...]. Luego, liberado, pide hacer su autocrítica en sesión pública de la UNEAC” (Yurkievich 621). Pero si Portuondo no alcanza –o pretende no alcanzar– a ver el lado “literario” del problema, esto puede tener su explicación en la lente reduccionista a través de la cual está observando los hechos: una lente que reduce todo a la política; la literatura ha dejado de existir por sí misma. Si la detención de Padilla se debió solamente a la transmisión de información

¹ Dicha conferencia de prensa se llevó a cabo en París. Además de Portuondo, señala Yurkievich, participaron Juan Marinello, Cintio Vitier y Guillermo Castañeda.

contrarrevolucionaria, ¿por qué su autocrítica incluye un punto en que pone especial énfasis en su condición de “escritor rebelde”? Además afirma: “A mí me preocupaba mucho más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la revolución” (*Libre* 98). Problema de un gobierno que pretende explicarse toda manifestación de la vida en sociedad desde un solo ángulo; de no ser así, ¿cómo podría un poemario haberse convertido en una amenaza tan grande para el régimen? En la misma autocrítica Padilla se refiere a *Fuera del juego* diciendo que: “Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo; ese libro está escrito con lecturas, no expresa una experiencia de la vida, no interioriza la experiencia cubana, hay que reconocerlo [...]. Esos poemas llevan el espíritu derrotista y el espíritu derrotista es contrarrevolución” (*Libre* 100).

Sostén político es lo que finalmente se busca al evaluar las obras producidas en el marco de la revolución, ya que si la literatura en su categoría de actividad artística ha sido anulada, integrada a la actividad política puede ayudar a legitimar el régimen en turno: “El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer” (Piglia 105). Todo Estado necesita de sus ficciones para matizar favorablemente la realidad, especialmente cuando ésta no ha resultado tan halagüeña como se esperaba.

El problema que presenta esta afirmación para el régimen castrista es que por lo general, si el estado quiere hacer creer a través de la obra de sus escritores, es necesario que les conceda un mínimo de libertad, ya que la obra elaborada bajo presiones ideológicas directas suele sufrir una reducción considerable en su nivel de efectividad. Lamentablemente, Castro no fue capaz de —o no quiso— captar la importancia que el apoyo de una vida intelectual y cultural verdaderamente —no solamente en apariencia— sana tenía para el establecimiento de una revolución duradera. Y con esto no quiero decir que debería haberles concedido la construcción de una ciudadela privilegiada en

algún punto de la isla para que pudieran descansar y dedicarse a labores puramente mentales, cosa que de hecho propuso en su discurso a los intelectuales en 1961:

Hay la idea también de organizar algún sitio de descanso y de trabajo para los artistas y los escritores [...]. Ese proyecto no tomó cuerpo, pero puede ser revivido para hacer un reparto o una aldea en un remanso de paz que invite a descansar, que invite a escribir, y yo creo que bien vale la pena que los artistas, entre ellos los arquitectos, comiencen a dibujar y a concebir el lugar de descanso ideal para un escritor o un artista y a ver si se ponen de acuerdo en eso.

(“Palabras” 35)

Hubiera bastado con que el gobierno mostrara un poco de respeto por las ideas individuales, no solamente de los intelectuales, sino de cada persona que viviera en la isla —es cierto que para la fecha en que tuvo lugar el “caso Padilla” el gobierno castrista era ya evidentemente dictatorial, por lo que el respeto a las ideas individuales era algo inconcebible; pero también es cierto que esta falta de respeto a la individualidad había comenzado a manifestarse ya en 1961, con la situación desatada por el cortometraje *P.M.* y la clausura de *Lunes*. Pretendiendo llevar un paso más allá el fuego de la revolución, lo único que consiguió Castro fue calcinar, en muchos casos, todo soporte ideológico verdadero, razonado, que los intelectuales del resto de Hispanoamérica podrían haber prestado a la causa revolucionaria. Aun si la tensión entre el gobierno revolucionario y los representantes de la intelectualidad cubana no hubiera culminado en un caso como el de Padilla, la ruptura con buena parte de la intelectualidad hispanoamericana en general hubiera ocurrido de cualquier forma, gradualmente, debido a las restricciones en el uso del intelecto que el régimen cubano imponía a

quienes pretendían ostentar el muy prestigiado emblema de “revolucionario”, sobre el cual Castro se adjudicaba derecho absoluto: ¿de qué sirve una supuesta libertad de discernimiento si la conclusión a que ese discernimiento debe llevar está condicionada de antemano? A pesar de haber sido pronunciadas en ocasión de una discrepancia que en 1961 no rebasaba todavía las fronteras nacionales, las excesivamente explotadas palabras de Castro a los intelectuales, “Con la revolución, todo; contra la revolución, nada”, son aplicables también a la labor de cualquier intelectual –sin importar su nacionalidad– que intentara hacer del movimiento revolucionario el motivo de su obra teórica o creativa. Una vez más, Castro se reservó el derecho no expresado de decidir en cada caso lo que debía ser considerado “con” o “contra” la revolución.

Es precisamente esta monopolización ideológica lo que condenó al fracaso las relaciones entre el pensamiento internacional y la práctica revolucionaria cubana, ya que los intelectuales y escritores de toda Hispanoamérica se encontraron ante un movimiento que en teoría parecía encarnar los más altos ideales de independencia ante el poder imperialista de los Estados Unidos², pero que en la práctica comenzó a mostrar desde el principio una peligrosa tendencia a la petrificación de dichos ideales: el pensamiento revolucionario no evolucionaría. No es de extrañar, entonces, que muchos de los intelectuales sufrieran confusiones al tratar de seguir una evolución inexistente; tendrían que conformarse con mantenerse alerta ante los cambios subjetivos que dictara el poseedor de la verdad revolucionaria. En medio de esta confusión, los partidarios sinceros del régimen revolucionario inicial hicieron enormes esfuerzos para descubrir un hilo conductor que prestara el mínimo de coherencia necesario a una causa que podría haber condensado lo mejor de la voluntad y el pensamiento hispanoamericanos.

² Ricardo Piglia identifica también a la entonces URSS como una potencia imperialista –al igual que los Estados Unidos– para explicar el escepticismo de muchos intelectuales argentinos frente a la revolución socialista de Cuba (219).

Hubo quienes lo consiguieron, pero la medida en que su credibilidad como intelectuales se vio comprometida varía en proporción directa a la objetividad que lograron mostrar en sus aproximaciones a los hechos revolucionarios. Hubo quienes perdieron el rastro de ese hilo conductor, ya que aun su más sincera voluntad no fue suficiente para llenar los vacíos que el pensamiento castrista dejaba en la práctica (este grupo reúne a quienes en algún momento se volvieron detractores de la revolución). Y finalmente tenemos a quienes desde el principio reconocieron la trascendencia del movimiento revolucionario cubano, pero que conscientes de la falibilidad de todo proceso que involucre la voluntad humana, decidieron mantenerse a una distancia prudente de la maquinaria castrista.

No creo en la existencia de intelectuales ingenuos, ya que la definición de un intelectual excluye inmediatamente la posibilidad de tal estrechez en el campo de visión y evaluación de los hechos. En lo que sí creo es en la existencia de situaciones que abren toda una gama de posibilidades a una mente activa e informada, aun cuando en ocasiones las posibilidades no pasen de ser eso, y la realidad siga su camino por rumbos totalmente diferentes de los planteados al principio. La revolución encabezada por Fidel Castro no fue más que eso: una situación que abrió numerosas posibilidades, pero que al correr del tiempo fue cancelando todas.

4.1. Casos específicos

En el desarrollo del presente trabajo hasta ahora he expuesto los elementos que nos permitirán comprender mejor la escisión, que no fue provocada *por*, sino que simplemente encontró su máxima expresión *en* el caso del poeta cubano Heberto Padilla. Las reacciones de algunos de los considerados autores del *boom* ante distintas manifestaciones de la voluntad revolucionaria ya han sido abordadas, pero ahora me

enfocaré en un grupo representativo de la intelectualidad hispanoamericana cuya única característica en común puede ser su contemporaneidad a los primeros doce años de gestión del gobierno revolucionario en Cuba. En el grupo seleccionado incluyo representantes de las tres posturas ya mencionadas que pudieron adoptar los intelectuales y escritores. Es necesario ahora aclarar que la selección de los escritores e intelectuales “representativos” ha sido hecha con base en la información que he obtenido a través de investigación y lecturas personales, por lo que no pretendo darle tonos de “universalidad” a los puntos aquí expuestos, y mucho menos agotar un tema que encuentra tantas variantes como posibilidades de interpretación existen.

Comenzaré por la línea de los “equilibristas consumados”: aquellos activistas del pensamiento que a pesar de los obstáculos puestos en el camino por la trayectoria irregular de una revolución en vías de estancamiento, fueron capaces de mantenerse en pie, rescatando en ocasiones con su esfuerzo algunos puntos básicos –y muy positivos– del pensamiento revolucionario –no exclusivamente castrista– que podrían haberse perdido de vista en el conglomerado de contradicciones pragmáticas acumuladas a través de los años. En esta primera categoría incluyo a los uruguayos Ángel Rama y Mario Benedetti.

Ángel Rama es sin duda uno de los intelectuales que mantuvieron en buena medida su fe en la causa revolucionaria aun después del “caso Padilla”, a pesar de no haber sido ciego –ni pretendido serlo– a los errores y contradicciones en que el proceso revolucionario incurrió en varias ocasiones durante esos primeros doce años de experiencia. De hecho, de entre la labor de los integrantes del grupo de “equilibristas consumados”, el esfuerzo de Rama es el que mayor sinceridad y menor apasionamiento indiscriminado presenta. Acerca de la actividad intelectual de Rama en el ámbito de la cultura hispanoamericana nos dice Hugo Achugar en su prólogo a *La ciudad letrada*:

“Pero su amor a la palabra no le llevó [...] a la justificación del poder. Por el contrario, le sirvió para ejercer la escritura como un arma contra la arbitrariedad y la mistificación de los poderosos” (xiv). Consciente de la importancia que la labor de un intelectual tiene para la sociedad en la cual se desarrolla, Rama se dedicó, en lo tocante al tema de la presencia de un movimiento revolucionario socialista en tierras hispanoamericanas, a expresar en todo momento de manera clara sus puntos de vista, basados en convicciones bastante convincentes y sin intenciones de agradar a ninguno de los bandos que se pudieran oponer en el momento de alguna pugna en el interior o exterior de la actividad revolucionaria: “Bien infantil sería pretender que la revolución cubana, proceso social vertiginoso, está exenta de errores, como no sólo infantil sino también malintencionado sería pretender invalidarla por esos errores” (Rama, “Una nueva política” 47).

Precisamente esta capacidad para aceptar que el proceso revolucionario podía incurrir en errores, combinada con la convicción de que los errores en un proceso no son motivo suficiente para negarle toda legitimidad, fue lo que le permitió a Rama mantener su entereza intelectual a través de los altibajos de la revolución. A pesar de ser considerado un intelectual de izquierda y apologista de la causa revolucionaria cubana³, el discurso de Rama en ningún momento trató de justificar ciegamente las actividades del gobierno castrista. De hecho, en ocasiones Rama se convirtió en uno de los críticos más acertados de la situación deplorable a que estaba llevando la aplicación de preceptos meramente políticos al campo de la cultura. En ocasión de la censura y proceso a que fueron sometidos el libro y la persona de Heberto Padilla, Rama afirma que⁴:

³ Véase a este respecto el texto de José Miguel Oviedo en relación a la disputa entre Rodríguez Monegal y Rama (291), disputa que será abordada más adelante.

⁴ El artículo completo de Rama, “Una nueva política cultural en Cuba”, publicado en *Marcha* en 1971, es una evaluación bastante objetiva de los errores y aciertos que la revolución tuvo exactamente durante el periodo que delimita la amplitud cronológica del presente trabajo.

El alcance de la crítica ideológica a que es sometido el libro de Padilla [...] revela la vasta imprecisión en que ella se mueve. Obviamente en el libro no hay ningún poema expresamente contrarrevolucionario [...] Todo esto no sería demasiado grave si hubiera otro crítico que debatiera el punto y si la crítica no tuviera aquí efecto suspensivo, sustituyendo el efecto aclarativo e informativo que normalmente adopta en los países burgueses. Es el primer ejemplo, he dicho, de una crítica política e ideológica concreta de la literatura. (“Una nueva política” 61)

Imprecisión en la crítica ideológica: resumen del problema que ha asediado a la crítica literaria cubana a partir del momento en que Castro declaró la línea socialista del pensamiento revolucionario. Desde las páginas de *Marcha*, publicación que dirigió de 1959 a 1968, Ángel Rama se dedicó a promover el “interés por todas las vertientes teóricas e interpretativas que forman el cauce de la sociocrítica y la visión de la literatura dentro de un contexto interdisciplinario” (Oviedo 192). Si bien la revista *Marcha* es conocida por su abierta tendencia izquierdista y de apoyo a la revolución cubana, la publicación de textos como el arriba citado de Rama pone de manifiesto que la información contenida en la publicación distaba de ser una repetición no meditada de los dictados socialistas cubanos.

El segundo de los intelectuales que consiguieron mantener firme su fe en la entonces joven causa revolucionaria es Mario Benedetti. Uno de los más activos defensores de la revolución cubana, Benedetti trasladó su entusiasmo por la causa socialista a los campos de la crítica y de la creatividad, dedicando no solamente

ensayos, sino también poesía⁵ y narrativa a la causa revolucionaria. Su caso puede presentar bastantes paralelos con el de Rama, ya que ambos desempeñaron en algún momento cargos en la Casa de las Américas: Rama fue miembro del consejo de redacción de la revista *Casa* (Oviedo 291) y Benedetti director del Centro de Investigaciones Literarias del instituto (Benedetti, *Cuaderno cubano* 9); además, *Cuaderno cubano*, la recopilación de poemas, ensayos y entrevistas de Benedetti relacionados con la revolución, fue un proyecto propuesto por Rama (Benedetti, *Cuaderno cubano* 7). Sin embargo, lo que marca la principal diferencia entre la obra teórica acerca de la revolución de Rama y la de Benedetti, es que el segundo rara vez logró la profundidad crítica que los textos de Rama evidencian en varias ocasiones. Aun los textos de Benedetti que abordan de manera directa incongruencias gestadas bajo el régimen castrista en muchas ocasiones carecen de fuerza de expresión:

Aclaro que mi adhesión a la Revolución Cubana y mi entusiasmo ante sus impresionantes conquistas, no me llevan a sostener que allí todo es perfecto [...]; hasta hace muy poco, se llevó a cabo una campaña contra los homosexuales, que sin duda dio lugar a abusos y discriminaciones que no le hicieron bien a la Revolución [...]. En lo económico, ha habido errores de planeamiento, debidos primordialmente a la inexperiencia inicial del equipo revolucionario que acabó con la ignominiosa era de Batista. (*Cuaderno cubano* 21-22)

De alguna forma, las críticas de Benedetti parecen no estar sustentadas en un fondo ideológico sólido; esto quizá se deba a las palabras con carga emocional que

⁵ Recopilada en *Cuaderno cubano*.

integra a su discurso: “impresionantes conquistas”, “ignominiosa era de Batista”. Detrás de las aparentes críticas al gobierno siempre podemos percibir una especie de justificación insinuada –lo que no sucede con los textos de Rama. La crítica de Rama, a pesar de llegar a ser incisiva, siempre está hecha con una tendencia constructiva: le interesa que la revolución aprenda de sus errores, y por eso los plantea de manera clara y directa, sin temor a herir susceptibilidades revolucionarias. En el extremo opuesto, la teorización de Benedetti, a pesar de su tono desaprobatorio, no quiere exceder los límites de la tolerancia castrista, por lo que intenta suavizar sus comentarios insertando elementos que dejen en claro su convicción revolucionaria. En este aspecto, las proezas de equilibrio que ambos intelectuales tuvieron que hacer sobre el delgado e inestable hilo que la revolución cubana tendió son de diferente naturaleza: mientras que para Rama la cuestión implicó un verdadero examen de sus convicciones, para Benedetti lo único que se puso en juego fue un dilema de expresión discursiva: ¿cómo despojar al discurso crítico de su verdadera función? Este cuidado que pone Benedetti en producir una crítica que no critica, aunado a las múltiples y fervientes manifestaciones de entusiasmo tanto por la revolución como por la persona de Castro –“Ese hombre inteligente y cordial, firme pero sensible, quiere verdaderamente el bien de su pueblo, el bien de nuestra América” (Benedetti, *Cuaderno cubano* 23)– me llevan a pensar que en más de una ocasión la lucidez de su pensamiento estuvo opacada por una nube de dogmatismo⁶. A esto se debe que al presentarse la polémica por la autocrítica de

⁶ Simbólica en este aspecto es la crítica que Benedetti hace de Pablo Neruda en un texto titulado “Vallejo y Neruda: dos modos de influir”, publicado en 1967 e incluido en *Letras del continente mestizo*. Dicha crítica fue publicada al año siguiente de la participación de Neruda en el congreso del PEN Club, participación que lo hizo acreedor de la más contundente desaprobación por parte de los representantes intelectuales de la revolución. “Vallejo y Neruda” no es más que una enumeración de conclusiones arbitrarias acerca de la poesía de Neruda en contraposición a la de Vallejo: el proceso de análisis que llevó a esas conclusiones jamás es expuesto. Baste citar una línea para mostrar el tono que permea todo el texto: “Neruda ha sido una influencia más bien paralizante, casi diría frustránea” sobre las posteriores generaciones de poetas (65).

Heberto Padilla, Benedetti se haya sumado al grupo de intelectuales uruguayos que manifestaron su adhesión incondicional a la causa fidelista, al mismo tiempo que criticaban con vehemencia la intromisión injustificada de los intelectuales europeos o europeizados:

Queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste toda a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales [...]. [El escritor nuevo] no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la cual lanza sus juicios tan apresurados como inexorables. (*Libre* 136-37)

Ya desde 1968 Benedetti había expresado en términos bastante emotivos su preocupación por el descarrío de Padilla: “Uno no puede evitar cierta sensación de desaliento al ver que un hombre joven, un intelectual talentoso y sensible, no se enfrenta a la revolución en una actitud más comprensiva” (“Situación actual” 29).

A pesar de que los términos y actitudes en que cada uno manifiesta su confianza en la revolución son diametralmente opuestos, tenemos aquí a dos intelectuales, Rama y Benedetti, que aún después del año de 1971 podían contarse entre quienes seguían la línea intelectual que la revolución cubana requería. El camino que tuvieron que seguir para poder mantener dicha confianza ciertamente no fue allanado por la vanguardia intelectual cubana –porque ésta ni siquiera existía–, y sí complicado por la politización de todo proceso desarrollado en el marco de la revolución.

Pero no todos los escritores e intelectuales pudieron mantener un concepto de la revolución que les infundiera ánimos para seguir fieles a la causa a través de las vicisitudes de sus primeros doce años. Aún antes de 1971 ya muchos habían tenido motivos de discrepancia con el aparato revolucionario cubano. Uno de ellos fue Pablo Neruda, cuyo caso puede sorprender debido a la historia de militancia izquierdista que desarrolló a través de su vida. Este cambio en el ánimo del poeta no se manifestó con ocasión del “caso Padilla”, sino varios años antes, en 1966. Dos momentos muy específicos son los que marcan la cúspide y el fondo del entusiasmo revolucionario de Neruda: la publicación del poemario *Canción de gesta*, en 1960, y la publicación de la “Carta abierta a Pablo Neruda” en *Casa de las Américas*, en 1966, respectivamente. Acerca de las primeras impresiones de la revolución cubana que Neruda adquirió a través de la persona de Castro, leemos: “In 1960, when *Chanson de Geste* was published, the Cuban revolution was still young and full of energy. Neruda had seen Fidel Castro in Caracas, and the experience had marked him strongly” (Dorán y Safir 106). Esa “marca profunda” que la presencia de Castro había dejado en su vida es expresada en palabras del propio poeta en sus memorias:

He visto pocas acogidas políticas más fervorosas que la que le dieron los venezolanos al joven vencedor de la revolución cubana. Fidel habló cuatro horas seguidas en la gran plaza de El Silencio, corazón de Caracas. Yo era una de las doscientas mil personas que escucharon de pie y sin chistar aquel largo discurso. Para mí, como para muchos otros, los discursos de Fidel han sido una revelación. Oyéndolo hablar ante aquella multitud, comprendí que una época nueva había comenzado para América Latina. (Neruda, *Confieso que he vivido* 429)

Es evidente la conmoción que las palabras de Castro ocasionaron en el ánimo de Neruda, al grado de llamarlas una “revelación”. Esta manera de describir la trayectoria de su vida tomando como referencia las emociones que la marcaron es muy propia de un poeta como Neruda⁷. No es sorprendente, entonces, que después de su experiencia en Venezuela haya decidido dedicar su poemario *Canción de gesta* a la naciente causa revolucionaria, e incluyera en las líneas de sus poemas versos con el estilo de los siguientes: “Y si se atreven a tocar la frente / de Cuba por tus manos libertada / encontrarán los puños de los pueblos, / sacaremos las armas enterradas: / la sangre y el orgullo acudirán / a defender a Cuba bienamada” (28). Seis años después de haber escrito *Canción de gesta*, Neruda recibía la “Carta abierta” que un numeroso grupo de intelectuales y artistas cubanos habían firmado con el afán de reprenderlo por su participación en el congreso del PEN Club celebrado en julio de 1966. Dicha carta es un cúmulo de reproches, y si en ella se habla en algún momento del compromiso real que hasta entonces Neruda había tenido con la causa cubana, es solamente con el fin de aumentar la magnitud de la contradicción que su participación en el congreso representó. Claro que la intención de Neruda nunca es tachada de negativa, pero sí de ingenua: se había convertido por un momento en actor de la versión estadounidense de los hechos cubanos: “Por eso nos preocupa que hayan podido utilizarte de ese modo” (“Carta abierta a Pablo Neruda” 132) dicen a coro los intelectuales y artistas cubanos⁸ - entre ellos Roberto Fernández Retamar, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Lisandro

⁷ Es necesario dedicar un pequeño espacio al concepto de poeta de Pablo Neruda: para mí, Neruda es eso, un poeta, pero no un intelectual. La diferencia que hago se basa en que su actividad con las letras estuvo dedicada exclusivamente a la labor creativa. Si bien es cierto que una de sus más reconocidas características fue su activismo político, todas sus opiniones acerca del tema se vaciaron en poemas, no en escritos de crítica o análisis (para una visión más amplia del tema, véase “Política, literatura e intelectuales” en Santí 22-37). Es cierto que este hecho no quiere decir que Neruda no haya meditado sobre los temas que trataban sus poemas, pero sí implica que muchas veces durante esa meditación las emociones tenían un peso mayor que los hechos objetivos.

⁸ Véase también la versión que de este hecho incluye Jorge Edwards en *Persona non grata*.

Otero, Heberto Padilla, Edmundo Desnoes, Juan Marinello, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, José Rodríguez Feo y José Antonio Portuondo. De acuerdo con ellos, después de años de militancia izquierdista y con experiencia directa en situaciones difíciles derivadas de su posición política, Neruda había caído finalmente en una atractiva trampa que había podido inhabilitar todas sus precauciones antiimperialistas. Para Neruda el problema reside en que la carta haya minimizado su actuación totalmente consciente y pro-cubana en el marco del congreso, y se hayan enfocado al mero hecho de su participación:

Lo cierto y lo inaudito es que después de esa gira, signada por mi actividad política y poética más combativa, gran parte de la cual fue empleada en defensa y apoyo de la revolución cubana, recibí, apenas regresado a Chile, la célebre y maligna carta de los escritores cubanos encaminada a acusarme pocos menos que de sumisión y traición. (Neruda, *Confieso* 36)

Es cierto que después de tal eventualidad Neruda no negó su apoyo a la revolución cubana, y la siguió considerando un fenómeno benéfico para Hispanoamérica: “En cuanto a mí, no he dejado de ser el mismo que escribió *Canción de gesta*” (*Confieso* 438); pero también es cierto que el cuestionamiento de su verdadero espíritu revolucionario por parte de los cubanos dejó una huella que le fue imposible borrar después: “Me he negado hasta ahora, y me seguiré negando, a dar la mano a ninguno de los que consciente o inconscientemente firmaron aquella carta que me sigue pareciendo una infamia”⁹ (*Confieso* 438).

⁹ Entre los firmantes de la carta se encontraba Nicolás Guillén, quien había participado en el *Homenaje cubano a Pablo Neruda* publicado en la isla en 1948.

Otro izquierdista ya experimentado al momento del triunfo de la guerrilla revolucionaria en Cuba es José Revueltas¹⁰, quien al igual que Neruda, durante los primeros años de gestión revolucionaria fue su promotor entusiasta. Habiendo laborado en 1961 en el Instituto Cinematográfico (Revueltas, *Cuestionamientos e intenciones* 275), Revueltas tuvo oportunidad de contagiarse del entusiasmo emanado directamente del pueblo cubano que, a escasos dos años del triunfo del Movimiento 26 de Julio, conservaba todavía intactos sus ideales de libertad en cualquier área de la vida dentro de la isla¹¹. A consecuencia de su formación política, Revueltas era uno de los detractores más acérrimos no solamente del imperialismo norteamericano, sino de cualquier tipo de absolutismo en el poder, y de cualquier dogmatismo en la sociedad. En un texto publicado en 1962 podemos ver la defensa que ante el imperialismo estadounidense hacía de Cuba y de toda Hispanoamérica¹²:

Somos, según ello, rublos infortunados, que no tenemos la capacidad para ser felices, ni para regir nuestros propios destinos. Nuestras revoluciones son buenas, claro está, y ya se ha visto hasta dónde: han sido siempre buenas y Estados Unidos ha simpatizado “instintiva y generosamente” con ellas. Pero, al parecer, nosotros somos siempre los que terminan por exagerar la nota: queremos hacer revoluciones demasiado revolucionarias. Ahí está Fidel con su revolución socialista. ¡Si al menos no fuera una revolución *tan* socialista...!

(*Escritos políticos* 151)

¹⁰ Para un esbozo de la personalidad y una síntesis de la carrera izquierdista de Revueltas, véanse los textos de Oviedo (96) y Franco (86-90); para una breve descripción de su obra literaria, véase Shaw (203).

¹¹ Véase el “Diario de Cuba” de Revueltas, publicado en *Las evocaciones requeridas* (vol.2) (México: Era, 1987), que abarca desde el 19 de mayo hasta el 14 de noviembre de 1961.

¹² Otro texto incluido en *Escritos políticos* (1984), titulado “Ideas y momento de la revolución socialista en Cuba” (147-165), es uno de los mejor documentados ataques contra los Estados Unidos en relación con el caso de la revolución cubana.

La opinión positiva que mereció de Revueltas la revolución cubana nunca fue totalmente abandonada, y en 1967, año de la muerte del Che, mantenía todavía su efervescencia inicial, como lo demuestra un texto publicado originalmente en *Época* y recogido en *Visión del Paricutín*, donde, rememorando una vez más “aquellos aturdidores, absorbentes, avasallantes y apasionados meses de 1961 en que viví y trabajé en Cuba”, asevera que para entonces, 1967, “no habrán perdido el mismo impulso, aunque dentro de una mejor organización y con una experiencia más rica cada vez” (*Visión del Paricutín* 176). Sin embargo, ya en 1969 su sentido antitotalitarista lo alertaba acerca del curso que podían tomar los hechos relacionados con la sanción que las obras de Arrufat y Padilla habían sufrido a manos de la UNEAC con ocasión de su triunfo en el concurso de la UNEAC. En un artículo sugerentemente titulado “La libertad y el socialismo: por que no vuelva a suicidarse Mayakovski”, Revueltas hace una crítica sincera y preocupada por la salud de los principios que deben sustentar la vida artística de una revolución socialista, que era lo que Cuba proclamaba tener: “Desde un punto de vista marxista, la tesis que sustenta la Unión de Escritores es, a mi modo de ver, inaceptable por completo [...]. La UNEAC no comprende en modo alguno cuál es la metodología con que la dialéctica materialista procede en el campo del arte” (*Cuestionamientos e intenciones* 280). Crítica directa a uno de los órganos de control del gobierno castrista, estas palabras de Revueltas recuerdan las expresadas por Rama en “Una nueva política cultural en Cuba”. Pero Castro, único poseedor de la verdad revolucionaria cubana, no iba a prestar oídos a las palabras de ningún artífice del intelecto que pretendiera comprender la realidad de su pueblo mejor que él. Los hechos siguieron su curso, y llegamos al encarcelamiento y autocritica de Padilla, contra la que Revueltas nuevamente se manifestó de manera terminante¹³: el artículo titulado “La

¹³ Véase el citado artículo de Rama, “Una nueva política cultural en Cuba”, que contiene un breve

carta de Padilla y las palabras de Fidel” expone su consternación ante una manifestación más de la falta de comprensión que el gobierno castrista tenía de los fenómenos culturales en el seno de una sociedad revolucionaria¹⁴. Más claridad en su posición muestra, sin embargo, una carta personal que Revueltas redactó el 6 de abril de 1971, en la cual cuestiona la legitimidad de la reacción de Castro ante las críticas de los intelectuales por el desarrollo de los sucesos originados en la detención de Padilla¹⁵:

Si el enemigo aprovecha la crítica entre nosotros –es decir, la autocrítica–, está en su derecho, pero esto no quiere decir que se nos arrebate el derecho a esa crítica, cosa que resultaría absolutamente peor que su aprovechamiento por el enemigo. Incluso no sé si debiéramos ser (o en este caso, yo debiera ser) un poco más enérgicos en la crítica hacia ciertas cosas que ocurren en Cuba: las comprendemos, pero comprender no es justificar. (*Cuestionamientos e intenciones* 372-73)

Es interesante observar cómo Revueltas concede al “enemigo” el derecho a aprovecharse de la crítica realizada entre las propias líneas del sector de izquierda, ya que esta concesión demuestra qué tanta confianza tenía en el proceso de una revolución verdadera: si la crítica interna es legítima, es preferible correr el riesgo y prevenir futuros errores –aún más grandes– que callarla por aparentar una cohesión inexistente que llevaría en algún momento a la desintegración irreparable. Los momentos de tensión son los que ponen a prueba el verdadero carácter revolucionario de las

comentario acerca de la actividad intelectual organizada por Revueltas en México como reacción ante los hechos ocurridos en Cuba durante el “caso Padilla”.

¹⁴ “La carta de Padilla y las palabras de Fidel” se encuentra recopilado en *Cuestionamientos e intenciones* (1981); además, un fragmento es reproducido en *Libre* (132-33) como parte de la documentación sobre el “caso Padilla”.

¹⁵ Esta carta es reproducida en *Cuestionamientos e intenciones* como nota a “La carta de Padilla.”

instituciones que así se denominan; ¿qué tan revolucionario resultó ser realmente el régimen institucionalizado de Castro? Aún así, Revueltas no contó con el apoyo de toda la izquierda intelectual mexicana; hubo un grupo de ésta que calificó “la nueva embestida contra Cuba” como resultado del avance del régimen hacia el verdadero socialismo, donde la “responsabilidad de los obreros, y los trabajadores en general” (Aguilar et al. 166) es mayor. Entre los firmantes de esta declaración encontramos a Alfonso Aguilar, Ignacio Aguirre, David Alfaro Siqueiros, Juan Bañuelos, Emmanuel Carballo, José Estrada y Efraín Huerta.

Un intelectual cuyo caso fue tratado en parte en el capítulo anterior, a través de la trayectoria de *Mundo Nuevo*, es Emir Rodríguez Monegal. El análisis de la posición de Rodríguez Monegal en relación con la revolución cubana ha tendido a concentrarse solamente en su función de director de la mencionada publicación: la revista fue un órgano de la CIA, *ergo*, su director no pudo haber sido nada más que un agente al servicio de dicha organización. Es necesario recordar, sin embargo, que Rodríguez Monegal, autor de *El boom de la novela latinoamericana*, consideraba que la revolución cubana había sido uno de los principales factores detonantes de lo que muchos consideraron simplemente un acontecimiento editorial –Monegal le concedió de esta manera un papel preponderante a la revolución cubana en el desarrollo de las letras hispanas del continente americano¹⁶. Esta muestra de buena voluntad puede ser rebatida, sin embargo, con el argumento de que el *boom* es un fenómeno demasiado contradictorio, cuyos orígenes y existencia real aún están en tela de juicio, por lo que el reconocimiento de la importancia de la revolución cubana a través de dicho fenómeno no es un argumento muy sólido. Puede no serlo precisamente para quienes se muestran

¹⁶ Véase el artículo “La nueva novela vista desde Cuba” de Monegal, así como la serie de artículos titulada “Notas sobre (hacia) el boom”, mencionada en el capítulo anterior.

escépticos ante el origen y alcance del *boom*, pero para un promotor del mismo, como Rodríguez Monegal, el establecer una relación directa de la revolución con éste es un indicador de reconocimiento real de la trascendencia del evento revolucionario –es, por así decirlo, lo mejor que Rodríguez Monegal pudo haber declarado a favor de la revolución. A pesar de que su entusiasmo por la literatura cosmopolita y las grandes metrópolis lo llevaron en varias ocasiones a pasar por alto la tendencia imperialista de los organismos culturales dependientes de los Estados Unidos, creo que su participación en dichos organismos nunca tuvo el objetivo específico de atacar o desacreditar la posición de la revolución cubana. Es cierto que la situación de Rodríguez Monegal puede ser tachada de ambigua: logró insertarse –y se sintió como en casa– en el sistema cultural de Occidente, pero una vez allí intentó mantenerse neutral. Siendo la neutralidad una posición insostenible –quizá inexistente– en cualquier campo de la actividad humana, Rodríguez Monegal se encontró en una situación fácilmente criticable desde una perspectiva revolucionaria. Ejemplo de la actitud conciliatoria que impulsaba a Rodríguez Monegal es el hecho de que una vez que había aceptado dirigir *Mundo Nuevo*, pero antes de comenzar a desempeñar sus funciones, escribiera una carta a Fernández Retamar (entonces director de *Casa de las Américas*) poniéndolo al tanto del proyecto¹⁷. Aun Fernández Retamar, en su respuesta a esta primera carta, no puso en tela de juicio la buena voluntad que movía a Rodríguez Monegal al aceptar ser el director de la publicación:

Si crees de veras que la sutil distinción semántica de estar “vinculado con el Congreso por la Libertad de la Cultura pero no dependiente de él”, te permitirá

¹⁷ La situación y contenido de este intercambio epistolar es tratado con más detalle en el texto de Mudrovic.

“toda la libertad de elección y orientación” en el nuevo *Cuadernos* que preparas, me temo, Emir, que has sido sorprendido en tu buena fe, de la que no tengo por qué dudar. (citado en Mudrovcic 12)

De hecho, en algunas ocasiones, el tono adoptado por Rodríguez Monegal en los textos de su autoría publicados en *Mundo Nuevo* es conciliador. Ejemplo de esto es el cuidado que pone al incluir entre los motivos de justificación del Congreso del PEN Club el que se haya demostrado “que el diálogo es posible en la comunidad intelectual y que para lograrlo, nadie tiene que renunciar a sus convicciones o a sus doctrinas” (Rodríguez Monegal, “Diario del P.E.N. Club” 41). Pero aún esta actitud conciliadora era considerada un agravio a los principios revolucionarios, según expresaron los firmantes de la “Carta abierta a Pablo Neruda”: “El camino hacia la verdadera coexistencia y la verdadera liquidación de la guerra (fría y caliente), pasa por las luchas de liberación nacional, pasa por las guerrillas, no por la imposible conciliación” (132). Cerrado por la intelectualidad cubana el camino propuesto por Rodríguez Monegal, *Mundo Nuevo* pereció víctima de su tiempo: el peso de la izquierda intelectual hispanoamericana –tan activa en aquel entonces–, alertada contra la revista por la revolución cubana, le negó un lugar entre las revistas culturales de amplia circulación en el continente (Mudrovcic 12). Esta diferencia de tono en la militancia política es el origen de las discrepancias entre Rodríguez Monegal y Rama (ambos uruguayos y directores en distintos momentos de *Marcha*). Ya hemos visto que Rama fue un partidario declarado y activo de la izquierda hispanoamericana, que además “llevaba consigo una fuerte devoción latinoamericanista [...]”. Los estudios literarios eran, para él, parte de una estrategia cultural en la que lo ideológico y político ocupaban un lugar importante”, mientras que “Rodríguez Monegal difundía la literatura desde otro punto

de vista: como una expresión sobre todo estética en la que el dato ideológico podía o no estar presente” (Oviedo 292). A pesar de estas diferencias radicales en el fondo ideológico sobre el cual se movían, existe una característica común entre ambos uruguayos: la claridad con que expresaron sus opiniones acerca de los fenómenos culturales contemporáneos a su actividad intelectual. Si alguno de los dos incurrió en actitudes criticables en cualquier momento, lo hizo como resultado del seguimiento fiel de su ideología básica, ideología que nunca negó. Esta firmeza en sus convicciones es algo mucho más valioso que el sometimiento –provechoso a nivel personal en ocasiones– a las ideas “revolucionarias” que desde Cuba reclamaba Castro de cualquiera que intentara ampararse a la sombra de su árbol de la verdad.

Un intelectual no hispanoamericano que observó muy de cerca el camino seguido por la revolución cubana durante los doce años que abarca el espacio temporal propuesto en este trabajo es Juan Goytisolo. Habiendo escuchado hablar por primera vez de Cuba durante su infancia, y relacionándola desde entonces con la historia de su familia¹⁸ –según narra en *Pueblo en marcha*–, Goytisolo visitó la isla por primera vez en 1961, invitado por la Casa de las Américas y el diario «Revolución», dirigido entonces por Carlos Franqui” (Goytisolo, “Cronología” 19). Resultado de esa visita es la arriba mencionada *Pueblo en marcha*, narración autobiográfica basada en sus experiencias durante este primer contacto con el quehacer revolucionario. Nacido en 1931, Goytisolo vivió su juventud sumergido en el ambiente de la posguerra española:

¹⁸ En conversación sostenida con Emir Rodríguez Monegal en 1967, e incluida en *El arte de narrar*, Goytisolo expresa que: “El tratamiento del problema de Cuba responde a una realidad autobiográfica: los orígenes de la fortuna de mi familia provienen de allá” (194).

El vacío cultural producido por la Guerra Civil española se prolonga hasta bien entrada la década de los cincuenta a causa de la censura estatal, la cual estrangula toda manifestación del espíritu creativo, el exilio de la mayoría de los intelectuales y la ausencia de magisterio y crítica literarios. La temprana carrera de Juan Goytisolo, cuyas primeras narraciones datan de 1949, se desarrolla en este ambiente de esterilidad que caracteriza a los años de la inmediata postguerra. (Ortega 21)

Este ambiente de la postguerra Española marcó no solamente su obra literaria, sino también su carácter e ideología, adquiriendo esta última rasgos que compartía toda la denominada “Generación de Medio Siglo”, en la cual se le incluye. Nacido en el seno de una familia burguesa, Goytisolo relataría años más tarde, en las páginas de *Pueblo en marcha*, cómo el choque entre su concepto de la realidad y la realidad experimentada por la mayoría del pueblo español durante la postguerra lo llevaría a experimentar un cambio radical de pensamiento: “Entonces comprendí el verdadero significado de nuestra guerra y supe que, a despecho de cuanto me habían inculcado, me alinearía, en adelante, en el bando de los desposeídos” (*Pueblo en marcha* 19). No es de extrañar, entonces, que Goytisolo se sintiera identificado de inmediato con los principios que sustentaba el régimen revolucionario recién inaugurado por Fidel Castro en Cuba. Basta leer *Pueblo en marcha* para tener una idea muy clara de su entusiasmo inicial por la revolución cubana: la campaña de alfabetización, las labores agrícolas y pesqueras de los habitantes de la isla, los comentarios positivos que el nuevo régimen merecía del pueblo cubano; todo esto es descrito en detalle –y con emoción evidente– por Goytisolo. Sin embargo, este inicio optimista no tendría un final feliz, ya que en 1971, al desencadenarse los eventos del “caso Padilla”, Goytisolo uniría su voz a la de otros

intelectuales europeos e hispanoamericanos en su protesta epistolar dirigida a Castro¹⁹. Además, meses más tarde, aparecería bajo su dirección el primer número de la revista *Libre*, publicación que desde su gestación había sido desaprobada por el aparato intelectual cubano debido a la supuesta procedencia de los fondos con que se financiaría; así lo demuestran las palabras que dedicó Haydée Santamaría a la revista en ocasión de su ya mencionado intercambio epistolar con Vargas Llosa: “La desprestigiada revista *Libre* que planean editar con el dinero de Patiño” (*Libre* 122-24). Acerca del financiamiento de *Libre*, leemos en la introducción redactada por Plinio Apuleyo Mendoza al volumen facsimilar:

La financiación de la revista no pudo ser más inocente. No obstante, alrededor de este tema flotaron densas suspicacias. *Libre* contó con el apoyo financiero de Albina Boisrouvray, conocida productora cinematográfica de nacionalidad francesa, nieta por el lado materno, del famoso rey del estaño boliviano Simón Patiño [...]. El apellido Patiño fue invocado muchas veces para señalar un supuesto pecado original de la revista. Se habló copiosamente de dineros obtenidos con la «sangre y el sudor de los mineros bolivianos». (X)

En la recopilación de documentos relacionados con el “caso Padilla” que presentó *Libre* en su primer número, se encuentra además la autocrítica de Luigi Nono, compositor italiano que después de haber firmado la primera carta de protesta dirigida a Castro, se arrepintió públicamente para más tarde enviar un telegrama a Goytisolo pidiéndole la suspensión de la revista (*Libre* 142-43). Goytisolo, por su parte, contestó

¹⁹ Tanto la firma de Juan Goytisolo como las de sus dos hermanos, José Agustín y Luis, aparecieron en ambas cartas de protesta.

dicho telegrama con un texto en el que no solamente se negaba a suspender la publicación de *Libre*, sino que refrendaba su crítica a todo el proceso de Padilla:

De la lectura de la «confesión» de Padilla y la transcripción taquigráfica del acto celebrado en la U.N.E.A.C. resulta perfectamente claro que las nebulosas «actividades contrarrevolucionarias» del poeta se reducen, pura y simplemente a un delito –privado– de opinión. Ahora bien, los actuales «crímenes» de Padilla, ¿no son los pasados del propio Fidel? ¿Por qué, entonces, la humillante autocrítica del uno y no la del otro? Es sumamente posible que los intelectuales pequeños de vanidad, egocentrismo y megalomanía, como señala el poeta en su sobrecogedora confesión kafkiana; pero los dirigentes, ¿se hallan siempre, por *definición*, exentos de semejantes defectos? (*Libre* 144)

Un caso más de decepción provocado por la inconsistencia en el seguimiento de los planteamientos iniciales de la revolución cubana. Tal parece que el verdadero enemigo de los ideales revolucionarios legítimos no actuaba desde las filas del imperio capitalista, sino desde el máximo puesto en el propio gobierno cubano.

Finalmente, llegamos al grupo de los que en ningún momento mostraron demasiado entusiasmo ante la aparición de un gobierno antiimperialista en Cuba. El origen del escepticismo que cada uno de los integrantes de este grupo evidenció varía, ya que en algunos casos éste se encuentra en sus experiencias personales a través del acontecer socio-histórico mundial, en otros en la naturaleza escéptica de su pensamiento, o simplemente en la convicción de que toda actividad artística debe permanecer independiente de los eventos sociales y políticos (sin importar su magnitud y trascendencia).

Uno de los integrantes de este último grupo es Ernesto Sábato, a quien su experiencia juvenil en el seno de los partidos comunistas le bastó para aprender a desconfiar de cualquier régimen que intentara aplicar su versión propia de la teoría económica marxista²⁰. Debido a esto, una vez que el socialismo echó raíces en el movimiento revolucionario cubano, Sábato pudo hacer un análisis desapasionado de las posibles rutas que se tendían ante el régimen recién inaugurado en la isla. El único vínculo que en algún momento tuvo Sábato con la ideología revolucionaria cubana fue el de su admiración por la persona del Che Guevara²¹, a quien dedicó las siguientes palabras en ocasión de su muerte: “Ernesto Guevara [...] murió [...] por el ideal de un Nuevo Hombre [...], no una nueva sociedad que, aunque precedida de una cruenta revolución, termine por ofrecernos una especie de Norteamérica al revés” (Sábato, “Homenaje a Ernesto Guevara” 674). Su posición en relación con la revolución cubana en particular es claramente establecida a través del material recogido en *Claves políticas*. Dicha posición se sostiene sobre una mezcla de ideas políticas, estéticas y filosóficas muy definidas que forman un todo coherente en la mente de Sábato, como lo muestra la siguiente aseveración, donde pone en juego simultáneamente las tres áreas arriba mencionadas: “No digo que no se pueda escribir sobre huelgas, digo que una gran novela, aunque escriba sobre huelgas trasciende el simple plano político para alcanzar las regiones más profundas de la condición humana” (Sábato, *Claves políticas* 24). Explorando un poco más el aspecto literario de su ideología, encontramos el concepto de “novela problemática”, tratado en el texto de Angela B. Dellepiane, *Sábato. Un análisis de su narrativa*. De acuerdo con Sábato, el adjetivo “problemática” es una opción más adecuada para referirse a la literatura que “se escribe para bucear la

²⁰ Esta experiencia es relatada por Joaquín Neyra en “Frustración marxista”, *Ernesto Sábato* (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1973). 29-33.

²¹ Véase “Libertad y democracia”, artículo de Sábato publicado en *Vuelta* 54 (mayo de 1981): 44-45.

condición del hombre”, que generalmente se considera literatura comprometida, ya que la palabra compromiso “suscita una cantidad de discusiones y de equívocos entre los extremos del simple compromiso con un partido o una iglesia (actitud, por otra parte, indefendible) y el extremo de eso que podemos llamar problematicidad” (cita de Sábato en Dellepiane 128). Trasladando este escepticismo del campo literario al de la vida del Sábato intelectual, es posible encontrar el fundamento de su “alejamiento” de la causa revolucionaria cubana: los compromisos con causas políticas o religiosas de cualquier índole suelen llevar a situaciones contradictorias, ya que es imposible –y en caso de que suceda, peligroso– que la conciencia y el intelecto del individuo se fundan (y terminen por confundirse) totalmente con la de su partido o religión. Hablando de su “socialismo personalista”, Sábato afirma: “Ya saben que no soy partidario de un socialismo dictatorial, aunque sea hecho por hombres de la calidad de Castro. La falta de oposición partidaria puede conducir, tarde o temprano, a extremos terribles. Como lo ha probado la tristísima experiencia de Rusia” (Sábato, *Claves políticas* 36). Es así que basándose en lo que él mismo denomina su “formación anarquista”, Sábato pudo mantenerse al margen del oficialismo revolucionario en que muchos escritores e intelectuales incurrieron en algún momento.

Octavio Paz también encontró contradicciones fundamentales entre su formación poética y la militancia socialista que el gobierno castrista requería del círculo de apologistas que se formó alrededor de la causa revolucionaria inicial. Reconocido por ser uno de los más fervientes defensores de la libertad total en la creación poética, Paz ya había sido protagonista de conflictos en el mundo literario debido a sus ideas estéticas mucho antes del triunfo de la guerrilla revolucionaria en Cuba: la polémica que

en 1943 entabló con Pablo Neruda al respecto es bastante representativa²². A pesar de haber mostrado cierto interés juvenil en la problemática social²³, muy pronto Paz cambió radicalmente su poética, ya que:

El año de 1944 marca significativamente el recomienzo –ya sin ambigüedades políticas– de su labor literaria. El autor postula la autonomía del escritor respecto a la actividad política y rechaza rotundamente la poesía social. Sin embargo, afirma que el poeta debe luchar por transformar la realidad con las armas propias de la poesía desde su soledad creadora. (Medina 136)

Esta manera de luchar por el cambio social puede sonar extraña, pero, según Medina, la “perspectiva utópica” que de la poesía tenía Paz estaba basada en su creencia en “los poderes mágicos de las palabras” (141). La conclusión a la que podemos llegar al conocer la evolución poética de Paz es que al final su vocación de poeta acalló todas las voces que podrían haberlo desviado de esa tarea suprema: el único compromiso que contraería de allí en adelante sería con las palabras²⁴. Con estas ideas estéticas en la base de su pensamiento, es natural que Paz no aprobara la intención, que el gobierno revolucionario en Cuba mostró muy pronto, de convertir a los artistas, escritores y poetas en voceros partidistas. Pero desde su punto de vista, la situación tomó tonos extremos en el “caso Padilla”: para Paz, el encarcelamiento y auto-acusación de un poeta por causa de su obra era el más grave atentado contra la libertad poética por él

²² Véase el texto de Rubén Medina, *Autor, autoridad y autorización* para un breve resumen de los hechos (México: El Colegio de México, 1999).

²³ En el texto de Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, leemos: “De joven, Paz participó en el Congreso de Escritores Antifascistas en España durante la guerra civil en este país, y más tarde pasó un tiempo en Yucatán, donde escribía sobre la situación del campesinado indígena que trabajaba en las plantaciones de pita” (73).

²⁴ Oviedo señala algunos de los puntos “negativos” en esta actitud de Paz (191).

defendida tan asiduamente. Por eso, además de estampar su firma en la primera carta enviada por el grupo de intelectuales europeos e hispanoamericanos a Castro, expresó más tarde, de manera individual, su desaprobación contundente de los hechos: “Todo esto sería únicamente grotesco si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en una casta burocrática y el dirigente en César”²⁵ (*Libre* 131). Síntomas ya preocupantes en la década de los setenta – que devinieron en una enfermedad llamada totalitarismo– son los que Paz percibió en el proceso del poeta Padilla.

Llegamos ahora al caso de Jorge Edwards, quien se convirtió sin esperarlo en uno de los actores del “caso Padilla”, ya que llegó a la isla como enviado diplomático a finales de 1970, justo a tiempo para ser testigo de cómo la tensión entre los intelectuales cubanos y Castro iba en aumento. De acuerdo con Oviedo, Edwards se hizo sospechoso a los ojos del régimen revolucionario debido a “sus contactos con escritores cubanos, algunos de ellos considerados «disidentes»” (371). Entre esos escritores se encontraba, por supuesto, Heberto Padilla. En *Persona non grata*, Edwards relataría años más tarde su versión de los hechos ocurridos en Cuba durante su corta pero intensa estadía. No es muy difícil adivinar el tono en que *Persona non grata* se encuentra escrito; después de todo, fue Castro quien “presionó a Salvador Allende para que me sancionara y me expulsara de la diplomacia”, afirma Edwards (“Enredos cubanos” 35). Intelectual, amigo cercano de Pablo Neruda, enviado de un gobierno socialista recién inaugurado que se proponía restablecer las relaciones de Chile con Cuba, Jorge Edwards era una de las personas menos indicadas para convertirse en víctima de la paranoia revolucionaria. El caso de Edwards sirve, sin embargo, para darnos cuenta de qué tan poco le importaba

²⁵ Para ver una opinión posterior de Paz acerca del régimen castrista, consúltese *Pequeña crónica de grandes días* (México: FCE, 1990). En ese texto se hace evidente que la imagen de la revolución cubana que Paz se formó a través del tiempo se hizo más negativa.

a Castro la salud de su revolución: ahora los actos represivos se expandían más allá de las fronteras de la isla, y pretendía darles indicaciones a otros países hispanoamericanos sobre cómo manejar su cuerpo diplomático. Acerca de esto escribiría Edwards años más tarde, en 1989, con ocasión de la aparición de *La mala memoria*, libro de memorias del ya para entonces exiliado Heberto Padilla:

Al leer *La mala memoria* uno se lleva la impresión de que Fidel Castro ha practicado un stalinismo menos sistemático, menos implacable, menos cruel que el del propio José Stalin, pero ha tenido, a la vez, menos sensibilidad frente a los hombres de cultura. Uno percibe la desconfianza continua y profunda frente a los intelectuales, desconfianza que no excluye a los que simpatizaban con la revolución. A mí me dijo desde el día de mi llegada a La Habana: “¿Y por qué a Salvador Allende se le ocurrió mandar a un diplomático escritor? Nosotros ya pasamos por esa etapa y la superamos.” (“Enredos cubanos” 37-38)

¿En qué momento perdió de vista Castro la verdadera dimensión de los hechos? ¿En qué momento su revolución se convirtió en reacción? Creo que en el momento en que se convenció de que él era el único poseedor de la verdad revolucionaria y decidió comenzar una eliminación sistemática de todo aquel que pudiera refutar esa creencia. Considerando que uno de los grupos que representaba mayor riesgo era el de los intelectuales, hizo de estos sus primeras presas. Con esto no quiero decir que el resto del pueblo no tuviera la capacidad de analizar la situación y llegar a conclusiones igual de peligrosas para el régimen como cualquier intelectual; pero lo cierto es que en una sociedad cualquiera, generalmente quienes más posibilidades tienen de percibir los inicialmente sutiles cambios e incongruencias que anuncian catástrofes futuras son los

trabajadores del pensamiento, sean escritores, artistas o intelectuales. Y el riesgo aumenta debido a que por lo general ellos tienen acceso a medios de difusión eficaces, que permitirían la divulgación rápida de sus ideas.

El asunto alcanzó niveles internacionales cuando el ego “revolucionario” de Castro se volvió tan grande que le hizo creer que todos los países hispanoamericanos debían respaldar su gobierno sin cuestionarlo. Una vez más, los intelectuales eran un sector de riesgo, por las mismas causas que lo habían sido a nivel nacional: formadores de opinión en sus propios países, podían llegar a afectar de manera negativa la imagen que de la revolución se tuviera con sólo emitir un juicio no muy optimista acerca del régimen castrista. En esta ocasión, Castro siguió una estrategia igual a la que había empleado a nivel nacional: trató de mantener cerca a los que parecían sus partidarios, a la vez que intentaba desprestigiar a los que se alejaban de la ideología y práctica revolucionarias. ¿Resultó efectiva esta estrategia en alguno de los dos niveles, nacional o internacional? Creo que no, ya que a nivel nacional desembocó en el “caso Padilla”, y a nivel internacional desembocó en la pérdida de puntos de apoyo y difusión que hubieran resultado altamente provechosos para la legitimación de la revolución. La sociedad de naciones funciona de la misma manera que la sociedad de individuos, solamente que a un macronivel. Si en una sociedad regida por un supuesto gobierno socialista como el de Castro, el principio básico es que nadie es más importante que el resto, ¿por qué el propio Castro exigía prioridad para los asuntos cubanos sobre los del resto de las naciones? Y en ocasiones más que prioridad, exigía devoción total a la causa cubana. Sintiéndose poseedor de la verdad revolucionaria absoluta, Castro se olvidó de que aun lo absoluto a nivel individual es relativo en el ámbito de las relaciones humanas.

En cuanto a los escritores e intelectuales, los casos que fueron tratados de manera individual en este trabajo son una muestra representativa de las situaciones en que cualquier artífice del pensamiento pudo haberse encontrado en algún momento: las restricciones que con el tiempo trató de imponer Castro a la actividad intelectual fueron algo ante lo que ningún trabajador de la cultura pudo mantenerse indiferente. Si bien no es posible aplicar idénticos criterios al estudio de los casos de dos autores, ya que las particularidades son innumerables, creo que existen constantes a las que es posible recurrir al momento de acercarse con una visión crítica al ambiente cultural generado alrededor de la revolución cubana, y esas constantes se ven reflejadas en muchas de las actitudes y reacciones de quienes tenían su biosfera en ese ambiente cultural.

Conclusiones

Llegar a una conclusión –o serie de conclusiones– acerca de la relación entre escritores e intelectuales con la revolución cubana durante la década de los sesenta implica tomar en cuenta diversos factores que se estudiaron a través del presente trabajo:

a) El origen histórico del movimiento revolucionario en Cuba y el contexto en el cual se dio su triunfo.

b) El punto en que se encontraba la evolución de las letras hispanoamericanas al momento del triunfo de la guerrilla revolucionaria cubana.

c) La radicalización del pensamiento socialista revolucionario y la serie de cambios en la política cultural que esta radicalización implicó.

d) La posición adoptada por los escritores e intelectuales ante esta radicalización.

Obviamente, la red de relaciones que se puede establecer entre todos estos factores es bastante compleja, y las conclusiones a que nos puede llevar varían, dependiendo del enfoque que decidamos darle a nuestra aproximación. En este caso, hemos tomado como eje principal el último punto: la consideración y consecuente toma de posición de escritores e intelectuales, primero, ante las expectativas abiertas por la presencia de un régimen socialista en Hispanoamérica, y segundo, ante el desarrollo de los hechos –principalmente culturales– bajo la influencia de ese régimen.

La primera línea de nuestra red se puede tender entre los trabajadores de las letras y el panorama histórico que enmarcó el triunfo revolucionario: la creciente hegemonía norteamericana que amenazaba la soberanía del resto de las naciones del continente. Las señales de alerta que personajes de las letras como Martí y Rodó dejaron

son muestra de una preocupación constante por la definición de lo hispanoamericano en contraste con lo anglosajón. La segunda línea es la que une esta situación con la aparición de un régimen que enarboló la bandera antinorteamericana aun antes de declararse socialista: los escritores e intelectuales encontraron un frente abierto de oposición a una situación que había marcado históricamente el desarrollo de las relaciones entre las naciones del continente americano, con evidentes desventajas para el conjunto de naciones hispanas. La tercera línea se tiende hacia el elemento puramente literario: a finales de la década de 1950, los productores y teóricos de la vanguardia literaria en Hispanoamérica se encontraban dedicados a una renovación consciente de las letras; estaba ya germinando la semilla que la apertura hacia la tradición literaria occidental había plantado en el terreno de la creatividad hispanoamericana más de dos décadas atrás. El ambiente cultural promovido durante los primeros años del régimen revolucionario en Cuba fue óptimo para el impulso de este nuevo tipo de literatura hispanoamericana: el establecimiento de la Casa de las Américas, la organización de concursos literarios y la publicación de la revista homónima de la institución fueron eventos que sirvieron para incrementar el entusiasmo de la intelectualidad de nuestra zona geográfica. La creación de este ambiente para el intercambio cultural entre las distintas naciones de habla hispana puede ser considerada la principal contribución de la revolución cubana para la aparición de un fenómeno como el denominado *boom* de la narrativa hispanoamericana. Convergencia de elementos sociopolíticos y culturales fue lo que se necesitó para que la literatura hispanoamericana trascendiera definitivamente los límites continentales: las instituciones revolucionarias sirvieron de amplificador para la voz de nuestros narradores. Sin embargo, esta relación “idílica” no duró mucho tiempo: el endurecimiento de la línea socialista del gobierno cubano pronto derivó en la jerarquización de los distintos aspectos de la vida revolucionaria, ocupando el puesto

preponderante la defensa de la base política y económica del régimen: todo lo demás quedó supeditado a esa necesidad fundamental, aun la creatividad de los escritores y la práctica de la crítica literaria. Es en este punto donde comenzó a abrirse una grieta que años más tarde terminaría por escindir de manera bastante drástica la voluntad del gobierno castrista y la de una gran porción de los productores y teóricos de la literatura hispanoamericana. Si bien es cierto que ninguno de los escritores o intelectuales negó la importancia de la revolución cubana, y la mayoría de ellos se adhirió a sus principios sociales y económicos, también es cierto que una parte importante (sobre todo de entre los escritores) no consideró la posibilidad de supeditar su trabajo con las letras a las demandas no de compromiso social, sino socialista, que desde Cuba les dirigía Castro.

Es necesario hacer aquí una distinción entre la actividad creativa –propia de los escritores– y la actividad teórica –correspondiente a los intelectuales–, ya que cada una presentó una problemática diferente para los requerimientos revolucionarios. El trabajo de los intelectuales está directamente relacionado con la formación de opinión: de la misma manera que puede teorizar sobre literatura lo puede hacer sobre acontecimientos sociales, políticos o económicos. Debido a esto, el vínculo existente entre su campo de labor y la revolución cubana es más fácil de establecer, ya que de hecho los intelectuales pueden decidir en cualquier momento abordar directamente el tema de la revolución y el régimen castrista en Cuba, presentar sus argumentos y emitir su opinión. El problema que representaron los intelectuales para el gobierno revolucionario se debió, entonces, no a que éstos no quisieran hacer de la revolución la materia de su labor, sino a que en ocasiones –que se fueron multiplicando con el paso del tiempo– las opiniones que emitían eran poco favorables para el régimen cubano. El caso de los escritores era un tanto diferente, ya que su actividad no implicaba el trato directo de la problemática política, económica o social; si como individuos tenían una opinión acerca

de la revolución cubana, esto no era motivo suficiente para que se vieran impulsados a traducir esa opinión en una obra literaria. Claro que podían hacerlo si así lo decidían (de la forma que lo hicieron en algún momento Neruda, Cortázar y Goytisolo), pero las bases para juzgar una obra literaria no descansan sobre sus méritos de activismo sociopolítico. Es por esto que aquellos escritores que fueron a la vez intelectuales se vieron en una situación bastante difícil: el negarse a hacer de su literatura un vehículo del pensamiento revolucionario los alejaba del sistema cubano, a pesar de que en el plano intelectual se identificaran con los principios revolucionarios. Si con el paso del tiempo su opinión acerca de la revolución se volvía menos favorable, su relación con Cuba corría el peligro de romperse de manera definitiva.

Relacionando todos estos factores, llegamos a la conclusión de que la influencia que tuvo la revolución cubana sobre los escritores e intelectuales es algo innegable, ya que la existencia de un fenómeno sociopolítico de tal magnitud se convirtió en un factor que obligó a los artífices de las letras hispanoamericanas a replantearse cuestiones que subyacen tanto el proceso de elaboración como el resultado su trabajo. Aun quienes decidieron no adherirse a la línea “revolucionaria” de la literatura tuvieron que considerar en algún momento la posibilidad de hacerlo, y más importante aún, sustentar su negativa, después de que el panorama revolucionario inicial había sido tan alentador para el desarrollo de la cultura hispanoamericana. Quienes, por otro lado, se apegaron a la norma “revolucionaria” en la producción o teorización literaria, tuvieron que llevar a cabo la misma consideración para llegar a la convicción de que lo que Hispanoamérica necesitaba era que sus letras reflejaran la pugna económica y política que se estaba desarrollando entre una isla del Caribe, integrada al bloque del socialismo internacional, y su vecino del norte, paradigma del sistema capitalista.

Bibliografía

- Achugar, Hugo. "Prólogo." *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984. ix-xvi.
- Aguilar, Alonso, et al. "Declaración de intelectuales mexicanos." *Casa de las Américas*. 67 (jul-ago 1971): 166-67.
- Aguilar León, Luis. "La «década trágica»." *La Habana 1952-1961: el final de un mundo, el principio de una ilusión*. Dir. Jacobo Machover. Madrid: Alianza Editorial, 1994. 67-83.
- Almeida, Juan. "A la muerte de la compañera Haydée Santamaría." *Casa de las Américas*. 121 (jul-ago 1980): 3-5.
- Arcocha, Juan. "El viaje de Sartre." *La Habana 1952-1961: el final de un mundo, el principio de una ilusión*. Dir. Jacobo Machover. Madrid: Alianza Editorial, 1994. 231-39.
- Arenas, Reinaldo. *Necesidad de libertad*. México: Kosmos, 1986.
- Arguedas, José María, y Julio Cortázar. "Polémica entre dos escritores." *Marcha*. (30 de mayo 1969): 29-30.
- Balcárcel, José Luis. "Haydée Santamaría está presente." *Casa de las Américas*. 124 (ene-feb 1981): 31-32.
- Barán, Paul. "El compromiso del intelectual." *Casa de las Américas*. 7 (jul-ago 1961): 14-21.
- Batista, Fulgencio. *Paradojismo. Cuba, víctima de las contradicciones internacionales*. 2ª ed. México: Botas, 1964.
- Benedetti, Mario. *Cuaderno cubano*. Montevideo: ARCA, 1969.
- , et al. "Declaración del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*."

- Casa de las Américas*. 53 (mar-abr 1969): 3-6.
- . *Letras del continente mestizo*. 3ª ed. Montevideo: ARCA, 1970.
- . "Situación actual de la cultura cubana." *Literatura y arte nuevo en Cuba*.
Barcelona: Estela, 1971. 7-32.
- Beverley, John. *Del Lazarillo al sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis: The Prisma Institute, 1987.
- Brée, Germaine. *Camus and Sartre. Crisis and Commitment*. New York: Dell, 1972.
- Cabrera Infante, Guillermo. *Mea Cuba*. México: Vuelta, 1993.
- Carpentier, et al. "Carta abierta a Pablo Neruda." *Casa de las Américas*. 38
(sep-oct 1966): 131-35.
- Castro, Fidel. "Acerca de Haydée Santamaría y la Casa de las Américas." *Casa de las Américas*. 142 (ene-feb 1984): 3.
- . "La cultura." *Política cultural de la revolución cubana. Documentos*. La Habana: Ciencias Sociales, 1977. 65-77.
- . *La revolución cubana*. México: Era, 1972.
- . "Palabras a los intelectuales." *Política cultural de la revolución cubana. Documentos*. La Habana: Ciencias Sociales, 1977. 3-47.
- Clerc, Jean-Pierre. "Una democracia dos veces asesinada." *La Habana 1952-1961: el final de un mundo, el principio de una ilusión*. Dir. Jacobo Machover. Madrid: Alianza Editorial, 1994. 84-98.
- Collazos, Óscar, et al. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI, 1970.
- "Congreso Cultural de la Habana." *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. 10.1 (ene-abr 1968): 108-127.

- Cortázar, Julio. "Algunos aspectos del cuento." *Literatura y arte nuevo en Cuba*.
Barcelona: Estela, 1971. 261-76.
- . "Carta." *Casa de las Américas*. 45 (nov-dic 1967): 5-12.
- . *Libro de Manuel*. México: Alfaguara, 1994.
- . "Reunión." *Todos los fuegos el fuego*. México: Alfaguara, 1992. 63-79.
- Dalton, Roque, et al. *El intelectual y la sociedad*. 2da ed. México: Siglo XXI, 1969.
- De Greiff, León, et al. "Mensaje de intelectuales colombianos." *Casa de las Américas*.
67 (jul-ago 1971): 164-65.
- Dellepiane, Angela B. *Sábato. Un análisis de su narrativa*. Buenos Aires:
Nova, 1970.
- Desnoes, Edmundo. "A falta de otras palabras." *Más allá del boom. Literatura
y mercado*. México: Marcha, 1981. 255-61.
- Donoso, José. *Historia personal del "boom."* Barcelona: Anagrama, 1972.
- Dorán, Manuel, y Margery Safir. *Earth Tones. The Poetry of Pablo Neruda*.
Bloomington: Indiana University Press, 1981.
- Dunayevskaya, Raya. *Philosophy and Revolution*. New York: Delacorte, 1973.
- Durán, Armando. "Conversaciones con García Márquez." *Sobre García Márquez*.
Selección de Pedro Simón Martínez. Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1971.
31-41.
- Echavarría, Roberto. *Crítica práctica / Práctica crítica*. México: FCE, 2002.
- Echeverría, B. y Carlos Castro, comp. *Sartre, los intelectuales y la política*. México:
Siglo XXI, 1968.
- Edwards, Jorge. *Persona non grata*. Barcelona: Barral Editores, 1974.
- . "Enredos cubanos." *Vuelta*. 154 (sep 1989): 35-38.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán*. Buenos Aires: La Pléyade, 1973.

- Franco, Jean. *Decadencia y caída de la ciudad letrada*. Barcelona: Debate, 2003.
- Frayde, Martha. "Un retrato de Fidel Castro en su juventud." *La Habana 1952-1961: el final de un mundo, el principio de una ilusión*. Dir. Jacobo Machover. Madrid: Alianza Editorial, 1994. 99-107.
- Fuentes, Carlos. "Cartas a la Casa." *Casa de las Américas*. 43 (jul-ago 1967): 134.
- . *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1969.
- . "Situación del escritor en América Latina." *Mundo Nuevo*. 1 (jul 1966): 5-21.
- García Márquez, Gabriel. "No se me ocurre ningún título." *Casa de las Américas*. 100 (ene-feb 1977): 84-89.
- Gisselbrecht, André. "'Notas para una estética marxista.'" *Unión*. 4 (oct-dic 1965):14-20.
- Gorri Goñi, Antonio. *Jean-Paul Sartre. Un compromiso histórico*. Barcelona: Anthropos, 1986.
- Goytisolo, Juan. "Cronología." *Juan Goytisolo*. Caracas: Fundamentos, 1975. 5-22.
- . "El gato negro de la Rue de Bièvre." *Vuelta*. 124 (marzo 1987): 14-17.
- . *Pueblo en marcha*. París: Librería Española, 1963.
- Griffin, Clive. "The humour of *One Hundred Years of Solitude*." *Gabriel García Márquez. New Readings*. Ed. Bernard McGuirk y Richard Caldwell. Cambridge: Cambridge University Press, 1987. 81-94.
- Guevara, Ernesto. *Obra revolucionaria*. 3era ed. México: Era, 1971.
- Guivert, Rita. "Entrevista." *Guillermo Cabrera Infante*. Madrid: Fundamentos, 1972. 19-46.
- Halperín, Donghi, Tulio. "Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta." *Más allá del boom. Literatura y mercado*. México:

- Marcha, 1981. 144-65.
- “Haydée entre el fuego y la luz.” *Casa de las Américas*. 150 (may-jun 1985): 3.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. 1949.
México: FCE, 1964.
- Karol, K.S. *Guerrillas in power*. Nueva York: Hill & Wang, 1970.
- “La actividad cultural.” *Política cultural de la revolución cubana. Documentos*.
La Habana: Ciencias Sociales, 1977. 49-64.
- Lanoël-d’Aussenac, Alejandro. “Introducción a *El Señor Presidente*.” Madrid:
Cátedra, 2001. 9-92.
- Libre. Revista de crítica literaria (1971-1972)*. facsim. (num 1-4). Madrid: El
Equilibrista/Ediciones Turner, 1990.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.
México: Solidaridad, 1969.
- Marinello, Juan. *Creación y revolución*. La Habana: Contemporáneos, 1973.
- Martí, José. “Bases del partido revolucionario cubano.” *Sus mejores páginas*.
Estudio, notas y selección de Raimundo Lazo. México: Porrúa, 1999. 47-48.
- Mazarr, Michael J. *Semper Fidel. America and Cuba 1776-1988*. Baltimore:
The Nautical & Aviation Publishing Company, 1988.
- Medina, Rubén. *Autor, autoridad y autorización. Escritura y poética de Octavio Paz*.
México: El Colegio de México, 1999.
- Mejía Sánchez, Ernesto. “Prólogo.” *La crítica de la novela iberoamericana
contemporánea*. Presentación, selección y bibliografía de Aurora M. Ocampo.
México: UNAM, 1973. 8-15.
- Mendoza, Plinio Apuleyo. “Introducción.” *Libre. Revista de crítica literaria
(1971-1972)*. facsim. (num 1-4). Madrid: El Equilibrista/Ediciones Turner,

1990. IX-XI.

Menton, Seymour. *Narrativa de la revolución cubana*. México: Plaza & Janés, 1982.

Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*.

Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.

Neruda, Pablo. *Canción de gesta*. La Habana: Imprenta Nacional de Cuba, 1960.

---. *Confieso que he vivido. Memorias*. 13ª ed. Buenos Aires: Losada,

1996.

Neyra, Joaquín. "Frustración marxista." *Ernesto Sábato*. Buenos Aires: Ediciones

Culturales Argentinas, 1973. 29-33.

Ortega, José. *Juan Goytisolo*. New York: Eliseo Torres & Sons, 1972.

Ortega, Julio, et al. "Orígenes. (Cronología a la manera de Laurence Sterne)."

Guillermo Cabrera Infante. Madrid: Fundamentos, 1974. 5-18.

Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. (vol. 4)

Madrid: Alianza, 2001.

Paz, Octavio. *Pequeña crónica de grandes días*. México: FCE, 1990.

Pérez, Jr., Louis A. *Cuba. Between Reform and Revolution*. New York: Oxford

University Press, 1988.

Petkoff, Teodoro. "La división del partido comunista en Venezuela." *Libre. Revista de*

crítica literaria (1971-1972). facsim. (num 1-4). Madrid: El

Equilibrista/Ediciones Turner, 1990. 19-37.

Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2001.

Portuondo, José Antonio. *Itinerario estético de la revolución cubana*. La Habana:

Letras Cubanas, 1979.

---. "Prólogo." *Tengo*. La Habana: Consejo Nacional de las

Universidades, 1964. 7-17.

- “Posiciones.” *Casa de las Américas*. 67 (jul-ago 1971): 139-67.
- Rama, Ángel. “Una nueva política cultural en Cuba.” *Cuadernos de Marcha*.
49 (may 1971): 47-68.
- . “El ‘boom’ en perspectiva.” *Más allá del boom. Literatura y mercado*.
México: Marcha, 1981. 51-110.
- y Mario Vargas Llosa. *García Márquez y la problemática de la novela*. Buenos
Aires: Corregidor/Marcha, 1973.
- . *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- . *La novela en América Latina*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1990.
- . “Roque Dalton asesinado.” *Recopilación de textos sobre Roque Dalton*. Cuba:
Casa de las Américas, 1986. 181-91.
- “Recuerdo y homenaje. Haydée Santamaría.” *Casa de las Américas*. 138
(may-jun 1983): 114-19.
- Revueltas, José. *Cuestionamientos e intenciones*. 2ª ed. México: Era, 1981.
- . “Diario de Cuba.” *Las evocaciones requeridas*. Vol. 2. México: Era, 1987.
100-29.
- . *Escritos políticos*. México: Era, 1984.
- . *Visión del Paricutín*. México, Era, 1983.
- Roa Bastos, Augusto. “Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual.”
La crítica de la novela iberoamericana contemporánea. Presentación, selección
y bibliografía de Aurora M. Ocampo. México: UNAM, 1973. 38-57.
- Rodó, José Enrique. “Ariel.” *Rodó*. Prólogo y selección de Samuel Ramos. México:
SEP, 1943. 1-42.
- Rodríguez Monegal, Emir. “Diario del P.E.N. Club.” *Mundo Nuevo*. 4 (oct 1966):
41-51.

- . *El arte de narrar*. Caracas: Arte, 1968.
- . "La nueva novela de Latinoamérica. La pluma busca otros horizontes: La temática de la narrativa latinoamericana se aleja del campo para concentrarse en la ciudad." *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*. Presentación, selección y bibliografía de Aurora M. Ocampo. México: UNAM, 1973. 24-37.
- . "La nueva novela vista desde Cuba." *Revista Iberoamericana*. 41.92-93 (jul-dic 1975): 647-62.
- . "Notas sobre (hacia) el boom." *Plural*. 4 (enero 1972), 6 (marzo 1972), 7 (abril 1972), 8 (mayo 1972). Marzo 26 2004. <<http://mll.cas.buffalo.edu/rodriguez-monegal/bibliografia/prensa/artpren/plural>>.
- . "Tradición y renovación." *América Latina en su literatura*. 17ª ed. Coordinación e introducción de César Fernández Moreno. México: Siglo XXI, 2000. 139-166.
- Romualdo, Alejandro, et al. "Llamamiento de los premios nacionales de literatura del Perú a los intelectuales de la América Latina." *Casa de las Américas*. 67 (jul-ago 1971): 145.
- Ruiz, Ramon Eduardo. *Cuba. The Making of a Revolution*. Northampton: The University of Massachusetts Press, 1968.
- Sábato, Ernesto. *Claves políticas*. Buenos Aires: Rodolfo Alonso, 1972.
- . "Homenaje a Ernesto Guevara." *Ernesto Sábato. Obra completa. Ensayos*. 3ª ed. Buenos Aires: Seix Barral, 1998. 674-76.
- . "Libertad y democracia." *Vuelta*. 54 (mayo 1981). 44-45.
- Sánchez Rebolledo, Adolfo. "Nota preliminar." *La revolución cubana*. México: Era, 1972. 11-13.
- Santí, Enrico Mario. *Por una politeratura. Literatura hispánica e imaginación política*.

- México: CONACULTA, 1997.
- Sarusky, Jaime. "Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra revolución. Habla Haydée Santamaría." *Casa de las Américas*. 171 (nov-dic 1988): 4-15.
- Shaw, Donald L. *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid: Cátedra, 1999.
- Thomas, Hugh. *Cuba or The Pursuit of Freedom*. London: Eyre & Spottiswoode (Publishers) Ltd, 1971.
- Troche, Michel. "A propósito del carácter específico del arte." *Unión*. 4 (oct-dic 1965): 148-63.
- Valls, Jorge. "La universidad, cuna de insurrección." *La Habana 1952-1961: el final de un mundo, el principio de una ilusión*. Dir. Jacobo Machover. Madrid: Alianza Editorial, 1994. 108-13.
- Vargas Llosa, Mario. "Novela primitiva y novela de creación en América Latina." *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*. Presentación, selección y bibliografía de Aurora M. Ocampo. México: UNAM, 1973. 182-97.
- Viñas, David. "Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana." *Más allá del boom. Literatura y mercado*. México: Marcha, 1981. 13-50.
- Wright Mills, C. "Izquierda, subdesarrollo y guerra fría." *Cuadernos Americanos*. 3 (may-jun 1960): 53-69.
- Yurkievich, Saúl. "Cuba: Política cultural. Reseña de una conferencia de prensa." *Libre. Revista de crítica literaria (1971-1972)*. facsim. (num 1-4). Madrid: El Equilibrista/Ediciones Turner, 1990. 620-22.